

LOS SIETE ENANITOS

Un intento –sin muchas esperanzas- de mayor consciencia individual.
Leer si no dan nada en la tele.

G. Vega

El objetivo claro

Cuanto más claro tengamos el objetivo... más posibilidades de lograrlo tendremos. Sin garantías, claro, pero indudablemente con más posibilidades. Y una forma de clarificarlo es teniéndolo expresado con palabras precisas conformando reflexiones que se ajusten a la realidad observada... y a nuestra intuición. Si las palabras son imprecisas o peor aún, inadecuadas, equivocadas, pueden perjudicar esa intuición haciéndonos más confuso el objetivo. Por eso conviene escribir nuestros objetivos (para este año, para nuestra vida) pues escribiendo nos obligamos a elegir palabras más precisas, que nunca están demás.

Y todos tenemos un objetivo común en el que nos jugamos mucho, en el que nos importa muchísimo tener las reflexiones más precisas posibles: reducir en lo posible el dolor emocional en todas sus variantes: ira, angustia, celos, abatimiento... aquellos sentimientos que nos ofuscan, que nos sacan de quicio, que nos llevan a actuar contra nuestros auténticos positivos intereses.

Que nos inducen, amparados en la confusión, a perder la claridad de un objetivo universal: disfrutar lo más plenamente posible lo que somos, lo que hacemos y lo que está en nuestras posibilidades restando en nosotros y a nuestro alrededor la mayor cantidad de dolor posible.

Y me pregunto: si no tenemos claro nuestros objetivos ¿qué tenemos claro?

I

LAS PALABRAS: TOSCAS HERRAMIENTAS

Uno habla, otro escucha..

Alguien escribe, “otro alguien” lee lo escrito... distinto significado según la intuición y experiencias de cada uno. Distinto significado seguramente, siempre, por lo menos en matices... y a veces en lo básico.

Caballo.

Escribí “caballo”... ¿qué imagen se presentó en su mente? Seguro que no un elefante ni un inflador de bicicleta... seguro que nos entendimos en lo básico... pero si usted es un fabricante de mortadela no entenderá exactamente lo mismo que un aficionado a las carreras hípicas... y si es usted un aficionado de éstos esa palabra le creará un diferente sentimiento según haya acabado de ganar o de perder una suma importante de dinero en las apuestas. O diferente si tiene usted relación con la heroína. Hay infinitas variantes de resonancias interiores, de niveles de comprensión ¡con cada palabra!... no es raro que muchas veces, estando de acuerdo en lo esencial, discutamos por un malentendido, por haberle dado diferente sentido a una misma palabra.

No es raro.

Lo asombroso es que muchas veces nos entendamos.

“Hambre” no es ni parecido a lo que siente en su estómago un señor que desayunó hace cuatro horas y se está relamiendo muy contento camino de un buen restaurante que para quien, por su miseria, no come desde hace cuatro días. Quien no encuentra óptimos caminos para evadir impuestos de su fortuna, usa para definir la situación la misma palabra que quien no encuentra comida: “Problema”. En demasiadas ocasiones utilizamos, por no tener otras más precisas, las mismas palabras para referirnos a cosas muy pero muy diferentes. Y si para que se nos entienda agregamos calificativos, adverbios... lo hacemos con más palabras, otras palabras que resonarán, unas más otras menos, con diferentes matices o algo más que matices, en el interior de cada interlocutor.

Las palabras son toscas, confusas, imprecisas representaciones de la realidad. Usamos la misma palabra “miedo” para referirnos a un sentimiento, a una reacción que nos sirve para actuar rápida y lúcida en defensa de nuestros intereses que para su opuesto, una sensación de confusión y parálisis que nos deja a merced del enemigo.

El hecho de que compartan nombre dos sentimientos antagónicos, diametralmente opuestos, el uno positivo y el otro negativo, uno más imprescindible que meramente necesario y el otro más dañino que meramente inútil, nos induce a pensar confusamente, a confundir un sentimiento (en el caso de este ejemplo) con su opuesto, dando confusamente por supuesto que es el mismo miedo con diferentes matices, confundiendo matices con esencia.

Con palabras imprecisas, necesariamente pensamos imprecisamente. No sólo podemos mal interpretar las palabras que oímos, no sólo otro puede mal interpretar lo que decimos... la posibilidad de confusión acerca de lo que representa exactamente una palabra no sólo está en la otra mente, sino en la nuestra... ¿Cómo pretendemos entonces que nos entiendan a la perfección? Y si pretendemos obrar en consecuencia de lo que hayamos pensado... ¿cómo pretendemos obrar certeramente si hemos pensado con palabras confusas, si hemos pensado confusamente?

Para complicar un poco las cosas, como si hiciera falta complicarlas, en los casos en que sí hay palabras más acertadas para diferenciar lo positivo de lo negativo... es imprecisa la mismísima realidad: **¿cual es el límite exacto que separa lo muy positivo de ser “ahorrador” del negativo ser “tacaño”?** ¿Existe siquiera un límite preciso entre esa dos actitudes que generan consecuencias tan opuestamente diferentes? Una familia con padres prudentes, ahorradores, vivirá con tranquilidad y aún con alegría... Lo opuesto será si son tacaños. Y un señor puede verse a sí mismo como positivo ahorrador, y como negativo tacaño puede ser considerado por su familia. Y discutirán con palabras imprecisas sobre la imprecisa frontera con pocas posibilidades de llegar a un acuerdo... porque ¡para mayor complicación! al enojarse por la discusión se sentirán ofuscados por el mismo enojo. La ira ciega.

Por falta de palabras precisas hablamos mucho para transmitir poca e imprecisa información; pensamos sin cesar para obtener pocas e imprecisas conclusiones... y más veces de las que nos conviene obramos en consecuencia confusamente en función de confusos pensamientos.

Leí alguna vez que está hecho el siguiente experimento: se observa a una solitaria hormiga que ha descubierto un terrón de azúcar sobre una mesa, junto a la tostadora. Se la observa cuando baja hasta encontrarse con otra. Por un segundo (y a veces menos) frotan sus respectivas antenas. Luego se captura y aísla a la primera (sospecho que “aísla” es un eufemismo por “se la mata vía alevoso pulgar”) y se espera... minutos después una larga fila de hormigas sube sin vacilar a la mesa desde el punto más cercano al azúcar y una vez arriba se dirigen rectamente al objetivo. La pregunta es ¿cuánta muy precisa y muy compleja información pueden transmitirse en un segundo las hormigas? Compárese con el tiempo que necesitamos nosotros para indicarle a una persona despistada dónde está la oficina de correos.

También leí que en la India la castas superiores tienen un lenguaje mucho más amplio y preciso que el nuestro, de modo que en el mismo tiempo que nosotros pueden intercambiar mucha más precisa información. El ejemplo del artículo leído se refería a la palabra “beso”... que por muy genérica no tiene en ese idioma traducción literal: existen sí unas cincuenta diferentes que expresan el beso distraído que se dan dos familiares al separarse rutinariamente por unas horas, otra para el primero que se dan dos enamorados y así.

Por cierto: quienes se han tomado el trabajo de traducir la Biblia a diferentes idiomas se han encontrado muchas veces con dificultades que dicen mucho sobre las características de los diferentes pueblos: dicen que en chino no existe una palabra para traducir literalmente la palabra “Dios” que incluye su cualidad de único creador. También parece ser que la palabra “desgracia” que para nosotros significa “mal sin paliativos, perpetuo motivo de aflicción”, se traduce en chino como “crisis necesaria”... y esa diferencia implica y condiciona una actitud muy pero muy diferente frente a un mismo suceso. En vietnamita no la hay para “imposible” (dicen, yo no apuesto... me parece imposible). Los esquimales no tienen palabras para “camello”, lo que suena lógico... pero tampoco para “esclavo”, ni para “guerra” o “batalla”, lo que resulta más sugestivo... y más aún si consideramos que es un pueblo que sólo come carne cruda, nada de tomates ni lechugas. (Por cierto: Hitler era vegetariano). Y no hay “lenguajes primitivos”: los poblados de indios más olvidados de la tierra, por muy aislados que hayan estado durante siglos, sí tienen palabras precisas para definir cosas que a nosotros nos parecen confusas: los mismos esquimales tienen más de treinta palabras para definir con exactitud diferentes grados de “blanco”... de modo que sabiéndolas ven como un paisaje coloreado lo que nosotros vemos como todo blanco. Y pueden decirse uno a otro dónde exactamente hay una morsa o un oso donde nosotros solo podríamos decir “por aquella dirección a unos diez kilómetros”. Y para sus sentimientos también tienen, nos dicen, un lenguaje más rico. Los ex caníbales de Papúa tienen (dicen algunos) tres lenguajes muy completos y totalmente diferentes: el del ceremonial religioso y tratos de gobierno, otro para la familia y las amistades y un tercero reservado sólo a los hombres.

Para traducir con propiedad las escrituras cuneiformes de la antigua Babilonia habría que recurrir al castellano de Cervantes o al inglés de Shakespeare o al griego de Homero pues el idioma que usamos hoy es mucho más limitado, es más impreciso.

:

Y toda esta larga parrafada viene a cuento de la palabra “dolor”.

Y toda lo que escribí viene a cuento de la palabra “dolor”.

Escribí dos veces lo mismo... y usted no sabe a que clase de dolor me refiero ¿Acaso al que produce una herida, una enfermedad... al dolor digamos... físico, al **dolor físico**? ¿O al **dolor emocional** que sienten los familiares por simpatía de ese que sufre un dolor físico... dolor tan distinto en su origen, tratamiento y consecuencia del dolor físico que es fuente de confusión el que comparten el nombre?

Los diferentes oficios tienen muchas palabras cuyo significado desconocemos los ajenos a él, pero que son vitales en cada profesión: si los marineros no tuvieran su “jerga del oficio” amplia y precisa, se arriesgarían al naufragio por una mala o tardía comprensión de una orden confusamente expresada. Lo que para un ajeno al mar es genéricamente “una vela”, para el marinero tiene un nombre propio. Y tiene nombre cada parte de una vela. Y es preciso que sea así, no es por llenarse la cabeza o la boca de palabrería vana.

Y marineros o no, todos tenemos un oficio común: tener a raya el dolor emocional, saber controlarlo en lo posible para que no nos perjudique más allá de lo inevitable de verdad inevitable, para que perjudiquemos lo menos posible con nuestro dolor emocional a quienes se vinculan con nosotros.

Y más de una vez nuestros propósitos positivos han naufragado por faltarnos un lenguaje del oficio de todos que es restar dolor en lo posible, a nosotros mismos, a quienes nos tratan, al mundo.

Precisamos una jerga del oficio de restar dolor, precisamos palabras que nos den información precisa con las que podamos entendernos, con otros o con nosotros mismos; palabras precisas con las que poder reflexionar con mayor ajuste a la realidad, con las que podamos pensar con más posibilidades de tener lo más claro posible el objetivo de restar dolor.

Repetiré que cuanto más claro el objetivo, mayor posibilidad de alcanzarlo tendremos, aún sin garantías.

II

EL DOLOR Y LOS DIOSES

Observo el fruto de un dios (o de unos dioses) creador: un universo magnífico que funciona con unas leyes sorprendente y sugestivamente elegantes por lo cortas y precisas, capaces de relacionarse armónicamente unas con otras. Observo que con unos pocos elementos básicos y unas pocas leyes hay una variedad infinita de formas y colores... la enorme mayoría de una apabullante belleza. Que los elementos casuales (indefinición del “tiempo de vida” de un determinado preciso átomo, por ejemplo) no rompen el orden, la forma, ya que los promedios estadísticos son una ley de hierro tan firme como las demás. Que en la naturaleza nada se pierde, todo se transforma, todo se aprovecha eficazmente.

Y observo que en este magnífico universo hay dolor. Y mucho.

Desde mi pobre punto de vista de ser humano puedo entender hasta cierto punto **la necesidad del mal, del dolor, como estímulo** de acción, de alerta de consciencia. **Que el mal no es mal desde un punto de vista más alto.** Un niño pequeño puede pensar que su padre es “malo” por haberlo castigado... cuando curioseaba en un enchufe de electricidad. Y también está aquella reductio ad absurdum que menciona Martin Gardner en su “Los porqué de un escriba filósofo”: si toda la humanidad tuviera todas sus necesidades cubiertas de regalo, sobraría el valor, la curiosidad, la voluntad, la inteligencia... todo lo que es positivo en un ser humano. No existirían ingenieros pues las casas no se derrumbarían; ni médicos pues los cuchillos cortarían el pan pero no dedos ni cuellos; ni santos pues no tendrían ocasión de manifestarse, ni etc. etc. Y no puede graduarse el nivel de mal pues es subjetivo: si en el mundo de hoy, tal como es, hay personas que sufren cuando se les corta el agua por unas horas... imagínese lo que podrían sufrir en un mundo con poco dolor.

Con estos argumentos leibnicianos entiendo a duras penas, muy discutiblemente, que este es un universo inmejorable... pero “inmejorable” no es lo mismo que “perfecto”. Ni Leibniz ni Julio Iglesias pueden convencerme de que el universo es perfecto. Además, si es inmejorable a mi discutible criterio no quiere decir que sea lo mismo para un dios o dioses superiores a mí. Y si el dios o dioses (tal vez haya uno o muchos: no lo sé ni me preocupa... por simplificar, lo pondré en singular de aquí en adelante... si me acuerdo) fuera realmente perfecto... su fruto, el universo, debería ser perfecto. Y como está claro que no lo es, para mí la inferencia lógica obligada es que el dios creador tiene muchas cualidades pero no es perfecto. Y esta conclusión no me inquieta: creo que para nosotros es mejor que así sea ¿qué pintaríamos nosotros en un universo perfecto? Seríamos moscas en la leche. En un universo fruto de un dios perfecto, muy probablemente no hubiéramos nacido. Tal vez con solo no haber existido Atila no existiríamos hoy usted y yo. Tal vez un dios perfecto no precisara en su plenitud que existiera este universo; tal vez este universo fue fruto del aburrimiento de un dios o de un amor hasta entonces insatisfecho y debamos agradecer (si apreciamos haber nacido) esa imperfección motivadora. En rigor, solo tenemos “talveces”, especulaciones, alternativas, reflexiones sin conclusiones a prueba de balas... y no está mal que así sea. “Tal vez” ese dios se tomó el trabajo de dejar estas ambigüedades para incentivarnos precisamente a la reflexión con la pretensión de que encontremos por nuestros medios y méritos una provisional capaz de motivarnos hacia una acción positiva. Tal vez.

De todas maneras, es un poco inútil adjetivar esa imperfección del universo y su dios creador como “buena” o “mala”... es así, es tan maravilloso como imperfecto y punto. Queda en nuestras manos seguir adelante lo mejor posible con los medios que se nos han impuesto, como el jugador de cartas debe jugar lo mejor posible con las que ha recibido sin entretenerse demasiado en su minuciosa valoración relativa.

Intuición

Sí, creo en un dios (o dioses) creador: portentoso e imperfecto. Creo que existe por razones que no convencerán a quien haya nacido sin la intuición de que existe. O, ya puestos: a quien haya nacido con la intuición de que no existe. Y esto vale para cualquier tema: un razonamiento, una idea expresada con palabras, será admitido como válido sólo por quien ya tenga una **intuición** (un saber sin palabras) al respecto. Las palabras se ajustarán con mayor o menor precisión a esa intuición como una llave en una cerradura. Si no es la llave de esa cerradura, ese razonamiento será rechazado con argumentos más o menos lógicos, o será olvidado como una curiosidad no importante. Si usted admite como cierto el párrafo que acabo de escribir es solo porque usted ya lo entendía aún sin palabras, porque ya lo intuía.

Palabras y consciencia

Hace un tiempo vienen a mi casa un fontanero y su ayudante. Este último deja su gran caja de herramientas sobre la mesa de la sala... y es reprendido por su jefe: “La caja de herramientas nunca se coloca sobre la mesa de los clientes, siempre debes dejarla en el suelo” y la respuesta fue “Sí... no estaba del todo tranquilo... algo así me parecía, pero...” El ayudante tenía la intuición de que no estaba bien eso... y **al recibir las palabras que expresaban lo que intuía, fue consciente**. En el futuro sabrá qué hacer (aunque no fue consciente de que ahora era más consciente. Hay infinitos niveles de consciencia.) Pero si no la hubiera tenido, si no hubiera tenido esa intuición, le hubieran sonado esas palabras a ridículas delicadezas de su jefe y tal vez le hubiera hecho caso una o dos veces por no discutir... pero se olvidaría de ellas, de esa recomendación, en cuanto estuviera sólo.

Y cuidado, por muchas palabras que se tengan apresando intuiciones... será más fácil ser consciente... pero no necesariamente: **las palabras ayudan a la consciencia... pero no son la consciencia**, como no es el remedio las palabras de su prospecto. Y unas palabras equivocadas pueden despistar a una intuición clara... Es mejor una clara intuición que una palabrería que la despiste, obvio.

Belleza

Para mí, la principal “prueba” (discutible por lo dicho, discutible para quien no tenga la misma intuición que yo) es **la gloriosa belleza del universo: no “me entra en la cabeza” (no encaja en el hueco de mi intuición) que pueda ser casual**. No puede ser casual, para mí –por mi naturaleza, por mi profesión, yo qué sé- que la inmensa mayoría de lo que vemos, de lo que existe (sea el firmamento o un trébol o los microbios vistos con un microscopio) sean de una tremenda, apabullante belleza. Tal vez un físico se sienta más impresionado por la precisión de las leyes del universo que por su belleza. Un zapatero que viaje se fijará más en los zapatos y menos en la arquitectura de los lugares visitados que un arquitecto.

Aldous Huxley sostiene una teoría que comparto (como posibilidad) en su libro “Fronteras de la percepción”. Escribe que tal vez el cerebro genera unos miligramos de productos químicos destinados a velar nuestra percepción, la percepción de la belleza del universo, pues si la viéramos siempre en todo su esplendor nos quedaríamos extasiados, anonadados, frente a lo primero que viéramos, sea el mar o una planta o lo que fuere por el estilo. Y que, por extasiados, descuidáramos la atención de lo que nos es urgente, descuidáramos las necesarias tareas de subsistencia pues no encontraríamos nada mejor que hacer que contemplar esas maravillas, maravillados, estupefactos y conmovidos pero olvidándonos de comer o de trabajar para comer. Que el LSD tal vez no añada algo sino que reste, que desactive esos necesarios velos de la magnificencia del universo.

(Una observación al respecto: también el horror necesita ser “velado” para que podamos seguir adelante.)

Pero tal vez no hagan falta esos miligramos de productos químicos para conseguir que nos distraigamos de la belleza fabulosa. Tal vez sea suficiente con la indiferencia que a veces crea la familiaridad, con la seguridad de que mañana seguirá estando ahí: Silvester Stallone llega a su casa donde está esperándole Brigitte Nielsen y dice “Hola, querida ¿dan algo en la tele?”. O en el mismo momento en que hay una puesta de sol que dejaría estupefacto a un ciego que acabara de recuperar la

vista preferimos escuchar un disco de Luisito Aguilé... o escribir o leer esto. Es tanta la belleza que podemos darnos el lujo de ignorarla.

...Y es tanto el horror que a veces es tarea de sobrevivencia el ignorarlo: el mismo hábito nos servirá en medio de una guerra, de una tragedia, para que nos parezcan “normales” sucesos que en otras condiciones nos aturdirían, hechos que si no tuviéramos ese mecanismo reductor de consciencia podrían llevarnos al suicidio. Como todas las fronteras interiores es impreciso el punto exacto, la división, el límite entre lo positivo de tal actitud como reductora de dolor y el negativo indiferente encanallamiento generador de más dolor. Saber de qué lado se está, es a veces un difícil trabajo... de consciencia.

Porque así como nuestra percepción no puede abarcar todo, así como trabaja enfocando áreas que a veces por la urgencia y a veces por la importancia exigen su atención, claro está que nuestra consciencia va en equilibrado paralelo. Por mucho que se quiera, no es posible cantar “Hosanna en las alturas” cada vez que abrimos el grifo y sale agua.

Para bien y para mal, cada vez que se habla de la belleza es preciso hablar del horror, como cuando se habla del día es preciso mencionar la noche.

Estilo

Además, es una belleza con estilo: definiendo “estilo” como “la suma o combinación de características que hacen reconocible la obra de un autor como inconfundiblemente de él aún sin ver la firma”, percibimos un todos un clarísimo “estilo natural” en su infinita fluida, cambiante diversidad, perfectamente distinguible de algo “artificial”. Y cuando vemos una flor de papel que nos hace dudar sobre su condición de natural o artificial, valoramos la habilidad del artesano que supo imitar el difícil estilo natural. Y el “natural” es un estilo sin trucos, capaz de expresarse coherentemente en una infinita variedad de temas, materiales, formas y colores. Cualquier mediocre artista puede lograr que se reconozcan sus cuadros como suyos aún sin ver la firma sin tener estilo, con el simple truco del oficio que consiste en repetir mil veces el mismo tema con mínimas variantes. Botero, patentando los gordos, es el caso más exitoso, más conocido, pero hay miles.

Otro “además” de la belleza es que siendo tan desmesurada... no es absoluta: tiene grados que aún prevaleciendo el máximo, llega en ocasiones a la fealdad: el camello, el hipopótamo, mi cuñada Elvirita. Y también esas gradaciones, el hecho de que haya cosas menos bellas, tiene de muy positivo que valoremos más lo más bello, que no seamos tan indiferentes. Y mucho ojo, que eso nos indica que la belleza no es imprescindible para que algo sea, que es un hecho que puede existir algo sin líneas y formas armónicas, que puede existir, comer y reproducirse un ser de color indefinido y nariz fea: no quiero abusar del ejemplo de Elvirita, no sea cosa que lea esto y me envenene la sopa, pero el asunto es que tengo sobrinos, que ha logrado reproducirse se ponga Darwin como se ponga, que ese es otro que bien baila y que tengo muy estudiado. Sí, podemos imaginar un universo viable sin colores y sin gracia, como el que postulaba Descartes. Lo extraordinario es que no siendo imprescindibles esos elementos configuradores de belleza, existan y con tal nivel. Son elementos superfluos como los mejores regalos.

Entonces concluyo que podría admitir unos pocos elementos bellos como obras de la casualidad... pero no la mayoría de lo que existe.

Antenas de hormigas y clavos oxidados

Otro conocido y discutible argumento en favor de la existencia de un dios (o dioses) creador es aquel que dice “Si alguien me muestra un clavo doblado y oxidado jurándome que es un objeto hecho por la naturaleza, que es algo “natural” y no “artificial”... no le creería. No le creería jamás por mucho que me explique que la naturaleza ha contado con el auxilio de millones de años, de rayos y de una suma astronómica de casualidades para crearlo... y si no pueden convencerme de que un objeto inerte y simplísimo como un clavo pueda ser obra de la casualidad sin dirección, sin un dios o un ser humano que la regule o que directamente lo fabrique... menos me convencerán de que puede surgir sin Dirección la antena de una hormiga, por poner un ejemplo”.

La antena de una hormiga es infinitamente más compleja que un miserable clavo: aún copiando, aún destinando miles de millones de dólares y lo más selecto de la inteligencia y del saber mundial, todo ello controlado por la mejor dirección, lo más probable es que nunca se pueda fabricar una humilde antenita de hormiga capaz de sustituir a la natural, capaz de cumplir las mismas funciones, capaz de transmitir información seleccionada al cerebritito de una hormiga, capaz de transmitir al cerebritito de otra lo que el de su portadora quiere transmitir y no otra cosa, capaz de crecer con el crecimiento de la hormiga, capaz de curarse, de repararse en caso de daño. Y si dentro de un millón de años me llamaran de un laboratorio para mostrarme una antenita artificial que fuera efectiva, les diría “Felicitaciones, muchachos: han demostrado que para hacer una antenita de un ser que despreciamos, del que hay millones y millones sin que le demos ningún valor... hace falta una inmensa inteligencia, voluntad, medios... y capacidad de copiar, lo que, según muchos de ustedes, existe así como por casualidad... Porque supongo que no la habrán hecho por casualidad ¿no? Y ya que los veo aburridos ¿por qué no fabrican un cerebritito de hormiga? Copien todo lo que quieran, gasten lo que haga falta y tómense tiempo.”

Claro que ese alguien que me mostró un clavo oxidado jurándome que era natural tiene un contra argumento para mi escepticismo pretendidamente lógico: puede con su lógica replicarme “Pero vamos a ver... es ilógico por tu parte asegurar que no puede existir un clavo natural, hecho por rayos, casualidad y tiempo... y sí crees que puede existir un dios o dioses nacidos de la nada o peor aún, existentes desde siempre... dioses infinitamente más complejos que un clavo”.

Y ni yo le habré demostrado nada a él ni él a mí, pues nuestras intuiciones no coinciden y toda la lógica del mundo es un puro bla bla en este caso. Y seguiremos cada cual por nuestro camino pensando uno del otro “Es increíble que no se convenza de algo tan evidentemente lógico”.

Nada se pierde, todo se transforma

En el orden de la naturaleza está esa característica: nada se pierde todo se transforma, todo se aprovecha... El ala de un mosquito muerto será alimento de hormigas o abono de plantas o sus átomos formarán parte de las pestañas de nuestra amada. Pero me parece inconsecuente que el logro más acabado de la naturaleza se disperse en la nada: los productos que más y mejores esfuerzos han costado son los intangibles pero no por ellos menos reales... el amor, una vocación para lo que sea, una capacidad para algo... Me parece más lógico que una vocación truncada por lo que sea se aproveche, se desarrolle, crezca, en una futura reencarnación. Por lógica. Aunque también alguien puede decirme con lógica que la belleza de Brigitte Bardot a los veinte años fue un logro que a la naturaleza le costó muchísimo alcanzar... y que no tuvo reparo en dejar perder

Ya veremos.

Y otro reparo es aquello de la lógica: sospecho que es una útil herramienta... pero incapaz de explicar todo, que hay cosas que son ilógicas y ahí están. Los casos que planteaba Zenón de Elea refiriéndose a su maestro Parménides: les decía a los griegos que el movimiento no existe pues es ilógico. Una flecha no llegará jamás al blanco pues antes de llegar debe recorrer la mitad del camino. “Pues la recorre y ya está”, le decía alguien del público. “Que no, pues antes de recorrer la mitad debe recorrer la mitad de la mitad, y así indefinidamente, como en el cuento de la buena pipa”. Y así es nomás, vea, mire: el movimiento es ilógico, y la forma de demostrarlo fue la de Diógenes, que le dijo “El movimiento se demuestra andando” y se fue. Dicen que ya de viejo Zenón se reía, afirmando que esas cosas las decía para eso, para reírse de Parménides y de quienes le seguían la corriente. Pero mi conclusión es: bienvenida la lógica... con precaución y hasta por ahí.

Jesús afirmó que Juan Bautista había sido el profeta Elías. Jesús y los apóstoles creían en la reencarnación. El profeta degollado había sido en una vida anterior el profeta degollador. Pero aún volviendo a nacer como Juan, murió sin desarrollar mil potenciales que seguramente tenía como cualquier ser humano... tal vez una vocación para la música, otra para la ternura, y quién sabe cual más. Según una leyenda, poco antes de morir ejecutado por los fanáticos religiosos de su época, Sócrates recibió la visita de un ser del Más Allá que le repetía “Estudia música, Sócrates, estudia música...” lo que fue entendido por los testigos como un castigo añadido... pero no sería así si es verdad lo que creía Jesús

al respecto. Y se me ocurre que aquel jardinero, esa señora, pueden ser Juan desarrollando potenciales que dejó sin desarrollar en otras vidas, como todos nosotros, pues una vida es tiempo insuficiente... y tal vez también lo sean un millón de ellas.

Por cierto: en la ocasión en que Jesús afirmó eso de la reencarnación de don Elías en el Bautista, se perdió –todo indica que a propósito- la ocasión de dejar las cosas claras, evitando miles de muertos futuros por herejía. Cuando le preguntan los apóstolos eso de que bueno, pero al final quién eres, pudo haber respondido “Soy el mismísimo Jehó”, o “soy un ser humano normal” o vaya uno a saber, una respuesta clara. Pero, como los gallegos, respondió con una pregunta evasiva: “¿Quién dice la gente que soy?”. Cuando habla claro, se contradice: “Ama a tus enemigos” y “Odia a tu familia”, y cuando no, habla para no ser entendido. Intentar que sea preciso, es como pretender atrapar una bolita de mercurio con las manos enguantadas.

Saint Exupery, el leibniciano, escribió en “Ciudadela” que **debemos distinguir entre lo “urgente” y lo “importante”**, que preguntar “¿qué es más importante: comer o ser mejores?” es una pregunta mal formulada, una pregunta sin sentido, pues comer es urgente y ser mejores es importante

Y por cierto... ser mejor implica “crecer”.

Una planta eso de “crecer” lo tiene fácil: hacia arriba y hacia los lados lo más posible... pero nosotros somos mucho más complejos. Y más de un Mozart habrá muerto siendo niño dejando ese potencial... ¿dónde? Me resulta más lógica (sin garantía) la explicación aquella que dan algunos que dicen saber: que antes de renacer los espíritus, nosotros, establecemos algunas condiciones, requisitos para dar un paso más en nuestro eterno aprendizaje; que acordamos las líneas maestras de nuestra futura vida, a veces en provecho propio y a veces en el de quienes nos rodearán... y que a veces aprobamos el curso y a veces debemos repetirlo aprendiendo de los errores, procurando transformar en positivo lo negativo. Todo esto encaja perfectamente en el hueco de mi intuición. Y será así o no.

Yo que sé.

Por si acaso, no me preocupó. Ya veremos. No hay apuro.

Pero no está nunca demás la reflexión y la observación.

Porque es preciso estar atento a que todos tenemos tendencia a creer en lo que creemos que nos interesa. Esto lo saben bien los de la burda estafa de “las estampitas” y similares. Si uno es muy celoso, a partir de una tontería tenderá a creer que su pareja lo engaña, y si no lo es, impulsado por su amor sin la necesaria consciencia capaz de evaluar serenamente los datos, tenderá a creer cualquier explicación por descabellada que sea. O sea: la consciencia, el juicio sereno en lo posible, convendría que nos ayudara a distinguir intuición de autoengaño. No es nada fácil.

No conviene enojarse con los dioses

Puede deducirse que el dios responsable de todo este tinglado no es “bueno” en el sentido usual de la palabra. Por ejemplo: pudiendo hacerlo no nos regala a cada uno un millón de dólares para que vivamos sin mayores esfuerzos. Sea por miedo a la inflación o porque sospecha que nos volveremos más estúpidos y angustiados aún, todo el día preocupados por nuestras acciones, por los impuestos y por el mayordomo que se toma nuestro whisky o por el sirviente que sospechamos nos roba la cubertería de plata,... y así, ofuscados por nuestra angustia, muchos más nos dediquemos a darle a la botella y produzcamos más accidentes aún. No. Raramente los dioses nos regalan cosas de esas... y cuidado con lo que pedimos: los griegos decían que los dioses castigan concediendo los deseos. Véase al rey Midas, por ejemplo. Lo que decía yo acerca de la conveniencia de tener muy claro el objetivo.

Cuando vemos a nuestros bebés acercarse a una toma de electricidad, les damos unas buenas palmadas en el culo repitiendo “E-so no se to-ca”. Visto desde la perspectiva del bebé, esas cariñosas necesarias palmadas pueden vivirse como un castigo terrible... y vernos a nosotros como seres malos, injustos... pero se lo pensará dos veces antes de acercarse a ese lugar. Y nosotros, los dioses del bebé, sabemos que no tiene sentido calificar a esas palmadas como buenas o malas, como leves o terribles según uno u otro punto de vista... sabemos que el adjetivo preciso es “necesarias”.

Pero cuando el bebé crece ya entiende; no hace falta pegarle (un poquito y en el culo) para que entienda que tal cosa es peligrosa. Ahora bien: muchos de nosotros no entendemos que tal cosa no nos

conviene ni oyendo que no nos conviene... ni recibiendo una paliza. Nos buscamos excusas para persistir en el error y preferimos seguir sufriendo con él... hasta que nos duele mucho y recién entonces tal vez reconozcamos que fuimos unos tontos cabezones... O tal vez nos ahorquemos.

Claro está que si los dioses fueran perfectos deberían haber arbitrado un sistema de aprendizaje en el que no fueran precisas esas palmadas. Las gacelas desarrollan su velocidad, su olfato y su estado de alerta (similar a la consciencia) “gracias” a los leones que las rondan. Y los leones desarrollan su velocidad, su olfato y su estado de alerta “gracias” a su hambre y a la velocidad, etc. de las gacelas. Es la explicación leibniziana de la existencia del mal, que no es tal desde un punto de vista más alto. Pero cualquiera se lo explica a un león hambriento o a una gacela desgarrada por las zarpas bajo el sol. Pueden decirnos con mucha lógica antidarwiniana que los elefantes, las ballenas, los monos... son bastante inteligentes con menos sobresaltos... pueden decirnos que sí, que muy bonito... pero que los dioses no son perfectos, digan lo que digan.

Pero aún reconociendo que no son perfectos no nos conviene enojarnos con ellos por varias razones: las que ya dije, eso de que tal vez estuviéramos de más en un universo perfecto y digo yo que debería ser suficiente razón. Otra es que son más grandes que nosotros, un poco bestias y un mucho imprevisibles. Tercera: que el enojo es un dolor emocional que nos ofusca, algo que “nos saca de quicio”, algo que nos impide medir con precisión nuestros pasos... que es algo que no nos conviene, que ya bastantes problemas tenemos como para sumarles el de nuestro enojo ofuscante. Independientemente de que seamos buenas o malas personas, nos conviene enojarnos lo menos posible con los dioses o con lo que sea... lo que no quiere decir que nos abstengamos de actuar en consecuencia de nuestros intereses auténticos, claro.

Un niño aburrido se acerca a otros que juegan divertidos en el jardín... y exige que se le impongan las reglas del juego, que lugares están “prohibidos” y cuales no... y usa su libertad para acercarse temeroso de ser descubierto a los lugares ahora peligrosos... con un temor que le es grato vencer. No nos gustaría que nos dieran los crucigramas ya resueltos. Tal vez para esos dioses medio salvajes los horrores que padecemos sean meras palmadas o meros crucigramas.

III

UTIL HISTORIA DE UN CASO DE HISTERIA

...sentí crecer la ira dentro de mí.
Kazuo Ishiguro, “Los inconsolables”

Observo llegar a un matrimonio a la recepción de unas villas que se alquilan por semanas. Han reservado la suya, y se enteran ahora de que por un error administrativo de la empresa que gestiona esos alquileres no tienen lugar esta noche, que hasta mañana a las diez de la mañana no pueden, a pesar de tener derecho, ocupar su villa. La solución que propone el recepcionista es que cenén y duerman esta noche en un hotel de cinco estrellas muy próximo con los gastos pagados. La mujer apenas tiene tiempo de asentir con un gesto cuando ya el hombre está gritando: pálido, desencajadas las facciones, con los puños cerrados y tartamudeando grita. Grita pidiendo la cabeza del responsable, del incompetente que ha arruinado sus vacaciones tan esperadas. Está sufriendo y mucho. Su dolor es emocional variante ira. **Como todo dolorido emocional, procura que la mayor cantidad de gente posible sufra tanto o más**

que él... como todo dolorido emocional... procura trabajosamente contagiar, contagiar lo más posible a los más posibles. Decimos en estos casos que el individuo “es presa de la ira”, que “está poseído por la ira”, que por tal cosa tiene su juicio obnubilado, que es la ira quien lo ha inducido a decir cosas que él no hubiera dicho sin ella. Cuando su mujer intenta calmarlo, calmarlo para que sufra menos, para que deje de intentar hacer sufrir al recepcionista, algo dentro de él le da los argumentos lógicos para responder airadamente a la mujer: por tal y tal cosa, está claro que ella es una persona débil, incapaz de reclamar con la necesaria energía sus legítimos derechos. Además lo ofende tratándolo de estúpido por hacerlo él. Además **no respeta su dolor**, no quiere valorar lo que para él significa un hecho tan grave (**todo dolor emocional exige ser respetado**). Ahora ya no le grita al recepcionista sino a su traidora cobarde conformista ofensiva mujer. En uno o dos minutos consigue que ella se enoje, consigue **contagiarla**. Ahora también ella sufre y procura que el recepcionista sienta simpatía por su causa, que él también sufra y que la defienda. El recepcionista, que ya ha vivido cien casos por el estilo, **no se deja contagiar el dolor emocional**: tiene la clara intuición aprehendida con las palabras de la experiencia, suficiente como para **ser consciente** de que nadie saldrá ganando si él también pierde la serenidad. Es consciente de que enojándose no resolverá mejor el problema, que no le restará dolor al matrimonio, al matrimonio **ofuscado por el dolor emocional** (todo dolor emocional implica un nivel de ofuscación, de confusión). Y se mantiene sereno. Pero, perro viejo, también sabe que **en ocasiones la serenidad ajena es interpretada por el dolorido emocional como traidora indiferencia**, como una falta de respeto al dolor. De modo que finge un poco de nerviosismo (sin gritar). Finge estar verdaderamente abrumado por lo sucedido... mientras hace la reserva en el hotel de cinco estrellas. El señor gritón, apenas un poco más calmado, sube a su coche dando portazos, gritándole aún a su mujer para que suba, y por fin arranca con una brutal acelerada. Con toda seguridad intentará contagiar también al personal del hotel como sea, ya contándole indignado su historia, ya tratándolo con descortesía. Eso, seguro... y **es probable que ofuscado por su dolor emocional genere dolor físico al provocar un accidente** con su ahora temeraria conducción.

Oigo: “Yo también he sido joven, pero ya no es lo mismo: yo respetaba a los mayores y ahora la juventud se ríe de nosotros”. Le pregunto si cree que ahora el mundo está mejor o peor que cuando él era joven. La pregunta es retórica, sé la respuesta (que yo matizaría) “Ni hablar, mucho peor”. Le pregunto si está de acuerdo o no en que el respeto es la consideración debida a quien hace las cosas bien. Sí, claro, está de acuerdo. Tercera pregunta: “Y si el mundo hoy está mucho peor ¿quién es el responsable, quién hizo las cosas mal, quién educó mal a esos jóvenes, quién no merece respeto: los jóvenes o nosotros, los viejos chotos?”. Tartamudea buscando argumentos. Remato: “Un mayor, un viejo, puede ser una persona que haga o haya hecho las cosas bien y por eso merece respeto... **pero no por el mero hecho de ser mayor** (o el padre, o la madre, o un maestro, o un policía, alguien con autoridad ganada a saber cómo): puede ser un “mayor” pedófilo, uno que se cagó en la ecología, un usurero, un machista, un mal padre... Y visto que la mayoría de los mayores hemos hecho desastres en tu opinión... creo que es razonable que los pendejos tengan una mala opinión de nosotros en general. Respetar a alguien por ser mayor, vistos los resultados y según tu opinión, es estúpido. Los pibes hoy son menos estúpidos de lo que éramos a su edad, eso es todo, digo yo y respetan a quienes tienen verificado que merecen respeto, no a cualquiera porque sí, como en tus tiempos.”

Le recomiendo a una coleguilla muy jovencita que me cuenta una situación antipática vivida con policías prepotentes:

Primero, verificar inmediatamente si conviene o no fingir que sí, que lo respetas, aunque por dentro lo desprecies: demostrarle a un policía ciego de coca que no lo respetas, me parece en general una suicida estupidez.

En otros casos (un profesor estúpido que exige respeto, por ejemplo) respuesta sugerida:

“Entiendo que **respeto es la consideración debida a quien hace las cosas bien** (sea el presidente o un carpintero). Y creo que quien exige respeto por su autoridad superior, por su capacidad de castigar... no está haciendo las cosas del todo bien. Por favor, corríjame si me equivoco.” Un mal profesor no tiene derecho al respeto por el mero hecho de ser profesor, ni un mal alumno puede exigir respeto por el mero hecho de ser un alumno. Otra cosa es la cortesía, las buenas formas que hacen más fluidas, menos conflictivas, las relaciones. Confundir tal cosa con respeto, es un error, fuente de confusiones como

todos.

Momias barnizadas

Y apuesto mi valioso reloj contra un disco de Luisito Aguilé a que en la cena del Gritón Útil (en un hotel de cinco estrellas) saldrán a relucir, con los gestos y voces más agrios posibles, viejísimas discusiones. Olvidadas **momias** secas y resecaas serán rescatadas de sus tumbas, serán barnizadas, estiradas y retorcidas para que parezcan seres vivos más grandes y terribles de lo que nunca fueron. Así, la historia del cuñado que se emborrachó una navidad y dijo tal tontería mil veces discutida volverá a ser sacada a luz, sentada en una silla del restaurante del hotel, en la misma mesa de ellos... y se intentará que cobre vida, que diga más tonterías de las que dijo en vida, que tome más copas de las que tomó, que cause más dolor del que causó. Después pedirán más sillas para más momias que con mucho trabajo serán también desenterradas y allí sentadas: la de el coqueteo o infidelidad de uno de ellos hace mil años y siete mil discusiones atrás, será particularmente efectiva.

Momentos

Los enanos saboteadores rugirán en el interior de sus mentes, satisfechos del resultado y procurando elevar las marcas de anteriores logros. Han logrado una vez más arruinar totalmente un momento, una noche destinada a ser una romántica anécdota. Y han dejado las semillas de dolor para que se arruinen otros momentos más adelante.

Los enanos saboteadores saben mejor que nadie que una vida está hecha de momentos, que los momentos son los ladrillos con que se construye una vida. Que para arruinarla es suficiente con arruinar momentos.

La balanza

Imaginemos una balanza con dos platos: pongamos en uno el dolor físico, el daño “real” que en este ejemplo es un mero trastorno; y en el otro plato el dolor emocional, el del Gritón, en el de su mujer y el de la gente del hotel a la que han llegado a contagiar. Lo desnivelado de la balanza, tanto dolor **estúpido, innecesario, superfluo** por una causa tan nimia, convierte a la escena en algo gracioso, en algo de lo que nos reiríamos viéndolo en una película.

El bosquejo de esta historia, de esta historieta, lo vemos y lo vivimos diez veces al día con diferentes personajes (muchas veces somos los protagonistas) y diferentes detalles pero igual en lo esencial: pequeño dolor físico, pequeño daño o trastorno real... y dolor emocional de mayor nivel, de mayor envergadura. A veces, de mucho más nivel.

Ofuscación, ceguera

Y podemos inferir también que cuanto mayor dolor emocional es mayor la ofuscación... precisamente en el momento en que más falta hace la mayor serenidad posible. La ofuscación es pérdida de un nivel de claridad de la mente, un descenso del nivel de consciencia, de capacidad crítica, de objetividad, de capacidad de raciocinio, de útil serenidad imprescindible para evaluar los daños con puntos de referencia

objetivos y pertinentes, de la serenidad necesaria para adoptar unas medidas capaces de reducir las consecuencias del daño ya sucedido, ya inevitable. Con esa confusión, con esa pérdida de serenidad, lo más probable es que se hagan peores las consecuencias, que no se ahorre dolor sino que se añada más aún. **El dolor emocional induce al afectado a obrar en contra de sus sanos intereses.**

El lema del dolor emocional parece ser “Para que vamos a simplificar si podemos complicar.”

El dolor emocional no ayuda al herido “real” ni a nadie. Todo lo complica, todo lo magnifica innecesariamente. Es algo absolutamente negativo; no sólo inútil sino dañino. Para sí mismo, para quienes se vinculen con él, para el mundo en mayor o menor grado.

Quien actúa entregado sin consciencia de todo esto a su dolor emocional, parece obedecer como un robot a las órdenes de un enemigo suyo instalado en su mente, como si tuviera en ella instalado un **enano enemigo** que se ha propuesto sabotear todo intento de hacer las cosas bien, que se ha propuesto aumentar el dolor que hay en el mundo. En la novela de L. P. Hartley “El alquilado”, un personaje dice “Todos tenemos dentro algo que nos induce a sufrir ¿verdad?”.

A veces es posible -y a veces no- reducir, aminorar las consecuencias negativas de un daño real, de un trastorno, de un dolor con sentimientos positivos. A veces es insuficiente el amor, el respeto, la alegría, la serenidad, la consciencia, la valentía, la voluntad. Pero una cosa es segura: jamás jamás ayudarán a reducir dolor la ira, la angustia, el rencor, los celos, la envidia... Cualquiera de las variantes del dolor emocional que parecen surgidas de un enano saboteador que hemos permitido desarrollar en nuestro interior. Es seguro que sólo traerá el dolor emocional, los enanos que imaginariamente lo encarnan, más dolor, más confusión, más discusiones inútiles, más tristeza... más dolor.

Y así, sacando conclusiones de la historieta aquella, vamos dando densidad a algunas palabras que son la jerga de este oficio de restar dolor. Ya “ofuscación” tiene una mayor resonancia en nosotros; ya la tiene “intuición”, ya tenemos palabras con la que entendernos cuando hablamos de “dolor”.

Real

“Real” es la palabra más conflictiva de la filosofía y esto que escribo no es un tratado filosófico (aunque es imposible estar totalmente fuera de la filosofía, hagamos lo que hagamos) de modo que sin muchas discusiones convengamos en que se me permita aquí usarla en el sentido de “palpable”, de “físico”. Sé que un castillo en el aire, un castillo imaginado, también tiene un nivel de ser “real”: todos los castillos “reales”, de piedras y ladrillos, han nacido del “real” castillo primero imaginado por un individuo. El castillo en el aire es la piedra fundamental de todos los castillos del mundo. El refrán que induce a no hacer castillos en el aire, si hubiera sido acatado por todos, hubiera impedido la existencia de todos los castillos “reales” del mundo. Parece un refrán destinado a impedirnos la creación de algo que nos interesa. Parece el refrán de uno de esos enanos envidiosos. (Schopenhauer fundamentaba que la inmaterial voluntad primero creaba castillos en el aire y de éstos surgían los de piedra)

Así, la palabreja es real fuente de confusión por ser la misma que se usa en muy diversas facetas... de realidad.

El dolor emocional tiene también el grado de realidad de una voluntad, que no por impalpable ni medible ni pesable influye menos en la... realidad real, en la realidad física. Un dolorido emocional puede causar muy palpables accidentes, un real infarto, puede herir físicamente a alguien o a sí mismo. Pero para evitar confusiones, que ya tenemos demasiadas, convengamos en que usaré aquí “real” en el sentido dicho, en el de lo medible y pesable... aunque lo ideal es que algún poeta invente una palabra más precisa, una con la que podamos diferenciar conceptos y entender y entendernos con menos confusión.

El segundo problema

Y otra conclusión: el señor Gritón, por enojarse, tuvo entonces **dos problemas**: uno “real”, el trastorno real... y otro su propio dolor emocional: un segundo problema añadido inútilmente. Nadie lo obligó a sufrir ese segundo problema... se lo fabricó él mismo trabajosamente.

Podemos felicitarlo: le salió muy efectivo. Aunque pensándolo bien... mucho mérito no tiene, pues está claro que si uno busca oro puede encontrarlo o no, pero si busca problemas ya los tiene desde el inicio, pues buscar problemas ya es un problema en sí mismo. Digo yo.

Descartes

La base de la filosofía de Kant es la existencia “a priori”, indiscutible, de un tiempo y un espacio que existen de por sí y separados. Error, ya lo sabemos. La base de Descartes, lo a priori, es aquello de “Pienso, luego existo”... Peeero... Me vino un pensamiento a la cabeza: ¿de dónde saca la seguridad que los pensamientos que retumban en nuestra cabeza proceden de un Yo? ¿Cuántas veces “nos vienen” pensamientos, recuerdos, musiquitas idiotas sin que el Yo las invite? Se me ocurre que debió haber concluido “Algo piensa en mi cabeza, luego existo”.

¿Qué es lo que piensa? No sé: creo que en parte nuestra naturaleza, el cómo somos. Combinado con nuestras circunstancias, y todo teñido por nuestros sentimientos. Está dicho que “Nuestros sentimientos son los padres del pensamiento”. Primero sentimos y luego pensamos para tener la ilusión de que esos pensamientos son resultado lógico de la razón gobernada por un hipotético Yo. Muy confuso el asunto: nos conviene procurar esclarecerlo en lo posible, considerando la posibilidad de error, de autoengaños, pues será un confuso yo autoengañoso intentando estudiarse. Garantías no hay. Y con un siquiatra digo yo que menos aún.

Por cierto: hay una enfermedad que quita los sentimientos: quienes la padecen no son necesariamente malos, los sicópatas de las películas. Pueden concluir razonando que les conviene proceder bien, ahorrarse cárcel y cosas así. No está mal. Pero por muy buena e inteligente voluntad que tengan está demostrado que viven peor que los que tienen sentimientos, está demostrado que se equivocan seriamente más aún que los no enfermos. La razón sola (como pretendía el cucaracho de Kant) es fuente de error, tal como escribió Goya: “La razón produce monstruos”.

IV

DOLOR EMOCIONAL DE ENTRENAMIENTO

Todo el mundo ha tenido, tiene y tendrá miles y miles de oportunidades de entrenarse en sufrir y hacer sufrir emocionalmente menos. Miles y miles de oportunidades de entrenarse en restar dolor. **Lo que menos necesitamos es provocar oportunidades de entrenamiento resta-dolor.** Para bien o para mal, esa oportunidades vienen en bandadas. Nuestro conocido don Gritón pudo utilizar la contrariedad, el trastorno de sus planes, para ello, para observarse a sí mismo, para ser un poco más consciente de sus propias reacciones con el claro objetivo de restar dolor. Ruedas que se pinchan, llaves que se pierden, retrasos, negocios que no salen, jefes o subordinados o clientes estúpidos, etc. etc. etc. Son circunstancias que pueden provocar dolor emocional (variante “chiste”)... **o no.** Según nuestro grado de consciencia.

Podemos utilizar esas miles de circunstancias como baratas oportunidades de entrenamiento, entrenamiento que nos será muy útil cuando vengan (y vendrán) otras más duras, otras que de chiste no tendrán nada.

Si de algo no podemos quejarnos es por falta de oportunidades de entrenamiento en una vida normal. Tal vez (es dudoso... y peligroso) necesite provocarlas para no perder la consciencia, para no abandonarse a la pereza, quien viva sin ningún problema de subsistencia, como viven las gacelas enjauladas sin leones que las persigan y con la comida segura... Tal vez a esos monjes que tienen la vida asegurada les convenga ayunar de vez en cuando para entrenar también su voluntad. Pero por mucho que ayunen, será poco más que una dieta de adelgazamiento frente al hambre de los que no saben cuando volverán a comer. Esos ayunantes nunca podrán entender vivencialmente, por experiencia compartida, aquel chiste de El Roto en que un pobre desgraciado caminando dificultosamente en medio de un páramo castigado por una feroz tormenta de nieve y viento piensa “¿Cuándo llegará el verano para pasar tan sólo

hambre?”. Pero en fin, cada cual se divierte como puede y supongo que estará bien. Sigo con lo que importa: con tantas oportunidades de entrenamiento puede pensarse que el propósito de los dioses es ese: entrenarnos; que este universo es una buena escuela en la que **podemos (y porque nos conviene... debemos)** aprender a restar dolor.

No parece que sea el propósito de los dioses provocarnos dolor inútil, como tampoco parece ser el propósito de los leones hacer sufrir emocionalmente a la gacela madre de la cría capturada. Creer que un dios o unos dioses son tan idiotas como para disfrutar con un dolor innecesario, añadido sin beneficio al inevitable, es, a mi discutible criterio, una estúpida herejía que sólo puede generar estúpido innecesario dolor.

Los dioses, como los leones, tendrán poca piedad, serán imperfectos... pero no creo que sean estúpidos. Por lógica (discutible) y por respeto a ellos, prefiero suponer que gozan viéndonos crecer, viendo como resolvemos los duros crucigramas que nos proponen. Que disfrutan viendo aumentar paso a paso y aún con retrocesos nuestra todavía frágil consciencia.

Consciencia

La consciencia (que no es exactamente lo mismo que la conciencia moral) es la herramienta con que podemos restar dolor: si el Gritón del Hotel (que nos está resultando bastante útil, pobre, si supiera...) hubiera desarrollado un poco más su consciencia con las miles de oportunidades que tuvo, pudo haberse dado cuenta de que era estúpido armar semejante escándalo, que era estúpido provocarse a sí mismo y a los demás tanto dolor por una tontería. Podemos asegurar a que se pasó una vida desperdiçando oportunidades de entrenarse... a que desperdició una vida. No le debemos ningún respeto a su estúpido dolor, pero sí a su persona, a él, que lo sufre mucho de verdad sin darse cuenta de que es un estúpido y dañino dolor. Propongo que lo llamemos en adelante, de una forma más simpática y un poco en broma, el Gritón Útil... transformando, como el mago del tarot, lo negativo en positivo; creciendo, como las plantas, sobre un estiércol que es abono, transformando el barro en vida.

Escribió Neruda “Levántate... debes construir tu vida con barro y luz”.

El Gritón Útil, con la ofuscación de su estúpido dolor emocional (el dolor emocional -lo repetiré siempre es ofuscante y estúpido) está enojadísimo. Y grita. Si en ese momento le preguntáramos qué está haciendo, tal vez recién entonces se mire a sí mismo y sea consciente de lo que está haciendo. Hasta que no le preguntamos, estaba enojado y gritando “naturalmente”, sin consciencia, como podría estar enojado un animal. Sólo nosotros, los humanos, podemos a veces saber que sabemos, un nivel enormemente más fino y eficaz de conocimiento... sólo nosotros tenemos palabras para fijar una intuición: Dolores, una amiga, dice después de haber hecho algo significativo “Lo hice así porque lo sentí así, porque tuve la intuición de que debía hacerlo así” y después reflexiona sobre el suceso para fijarlo como conocimiento estructurado, para ser más consciente aún.

Podemos vivir sin ese grado de consciencia. Miles de millones de plantas y animales... y algunos seres humanos, viven sin necesidad de ella. Pero no quiere decir esto que la consciencia sea superflua: también podríamos vivir todos con un solo brazo... o con la mitad de inteligencia. Todos tenemos un cuñado-ejemplo. Podemos imaginar un universo viable feo, soso, sin colores, sin variedad, poblado por seres poco inteligentes y poco conscientes. Podemos vivir sin un millón de dólares en el banco, lo juro sobre la Biblia, juro que es posible... pero créanme que un millón de dólares no es algo del todo inútil. La consciencia, por si se olvidaron de lo que hablaba, es algo por el estilo.

¿Cómo se desarrolla la consciencia?

Hay libros y libros muy buenos sobre este tema, dando eficaces ejercicios de concentración y voluntad. En la vida cotidiana, la forma más usual es ¡ay! por las malas. Y no siempre: no hay garantías. “Por las malas” es cuando se siente en la nuca el aliento del león, cuando nos caemos de la moto y somos conscientes de que hasta entonces íbamos distraídos. Cuando nos toca vivir algo sobre lo que habíamos oído hablar sin darle mayor importancia.

Por eso lo ideal es entrenarse para ser más consciente sin necesidad de caernos de la moto, sin necesidad de que lo pasemos mal. No pidamos sufrimientos para crecer, que demasiados vendrán sin que lo pidamos, digo yo. No adoptemos el otro refrán de los enanos sabotadores, aquel de “Cuanto peor, mejor”. Porque esto de que “se aprende por las malas” es algo que debe ser tomado con pinzas y examinado con lupa: el gran mal que fue por milenios la esclavitud generó muy poca consciencia de que era una aberración... Durante miles de años casi a todo el mundo le pareció algo justo, natural e inevitable: fue un mal horroroso prácticamente incapaz de crear consciencia. Recordemos que la esclavitud fue abolida por ser competencia del pujante maquinismo, tal como predijo Aristóteles: “Serán las máquinas y no las leyes las que acaben con la esclavitud”. Cuando el barato trabajo de los esclavos fue competencia para el maquinismo inglés y para el industrializado norte de EEUU, se acabó la esclavitud. En algunos países árabes fue abolida hace pocos años... la nominal, no la de hecho... Que sigue vigente en todo el mundo, con mayor o menor virulencia.

Pero a veces sí podemos constatar que una desgracia ha sido, como dicen que dicen los chinos, una crisis necesaria. A veces queda en nuestras manos transformar en positivo un signo que se nos presentó como negativo. En ocasiones sí se desarrolla la consciencia a partir de un suceso “malo”... a veces, con un poco de voluntad, podemos sacar un saldo positivo de un suceso negativo.

Basta con que nos corten el agua por unas horas para que seamos conscientes del valor de ella, para que abramos el grifo con más consciencia y para que cuando salga otra vez disfrutemos más de ella... más conscientes del valor del agua. Si nos la cortan por un día entero, nos acercaremos al entender vivencial de los agricultores que la padecen, entender que hasta entonces era un vago entender literario pues sí, sabíamos que había sequía... pero... era algo que nos parecía ajeno, lejano. “Gracias” al “mal”, al corte de agua, seremos más conscientes de lo mucho que nos vincula con lo que nos parecía ajeno: esos agricultores desconocidos, las plantas de nuestro entorno serán entendidas mejor... habrá crecido un poco nuestra consciencia de que es un error suponer que acabamos en nuestra piel, nos acercaremos al entender que somos parte de algo, que los “otros” también, en cierta importante forma, también son nosotros. En algunos el corte de agua será consciencia, en otros un avivamiento de la intuición como un soplo sobre las brasas cenicientas (y en otros un enojo contra la vida injusta).

Y esa intuición y esa consciencia pueden también volver a apagarse cuando vuelva el agua y se vuelva al método “natural” de su uso pasados unos días... y los “otros”, si nos descuidamos, volverán a ser lejanos olvidados mientras nos enjabonamos bajo la ducha.

Una cosa es el mero “entender literario” que no es motor de acción positiva y otra la consciencia. El “entender literario” tal vez llegue a ser consciencia. Por lo pronto es peor que nada, es como una semilla esperando las condiciones adecuadas.

Cuando pasa “algo malo” no sólo pueden crecer la intuición y la consciencia sino... nuestro mal carácter, nuestra envidia del que tiene reservas de agua, una angustia que nos hará aumentar el sufrimiento sin resolvernos el problema. Está dicho que en las guerras, en las catástrofes, crece lo mejor y lo peor del ser humano. Digo yo que si nos descuidamos crecen los enanos sabotadores de nuestras mentes, que **“algo malo” es su comida favorita**. Se sienten protagonistas, ven llegada la condición de crecimiento, toman el mando... y al problema de la falta de agua añaden un segundo problema: el de las discusiones, el de la pre-ocupación sin acción positiva... y al daño real que es la falta de agua añaden uno innecesario, un dolor superfluo.

Lo que pretendo, sin reclamar patente de inventor, es aumentar con palabras más precisas nuestra consciencia fundada en la intuición capaz de reducir este segundo problema que no depende de que llueva, de agentes exteriores, sino de nosotros mismos.

Si la sequía, el mal, hace crecer lo peor de nosotros, si dejamos crecer los enanos, si nos entregamos sin consciencia, “naturalmente”, al dolor emocional, nos comportaremos poco más o menos como el Gritón Útil: sufriendo y contagiando sufrimiento, molestando a nuestras relaciones con quejas que nada resolverán, barnizando momias que deberían reposar en paz por los siglos de los siglos. Como él, **habremos desaprovechado una oportunidad de entrenarnos** en el oficio obligado (porque podemos y

porque nos conviene) de restar dolor. Habremos desaprovechado una oportunidad de ser un poco mejores personas, de crecer un poco a cambio (estúpido negocio) de sufrir más de lo que la situación exigía.

Quienes actúan así, entregados a lo “natural”, al “natural” enojo o a la “natural” angustia ante una ¿desgracia? ¿crisis necesaria? Tal vez desarrollen una “natural” consciencia... pero como una planta “natural”... sin el cuidado de un atento jardinero, es más probable que se frustre, que se extinga. Nos conviene desarrollar una consciencia más elevada que la natural, una consciencia consciente de sí misma, férreamente sujeta con palabras claras... y usarlas en su momento con propiedad, lo mejor posible. Alguien (ya diré quién) dijo “Ahora, porque yo estoy hablando, les resulta fácil a ustedes ser más conscientes... pero sepan que vuestras mentes son como tierra seca y mis palabras lluvia... ahora germinan vuestras intuiciones, ya son tallos de consciencia... pero yo no puedo estar todo el tiempo hablándoles: si no se ocupan ustedes de regar esos frágiles tallos, muchos se perderán. El trabajo de regarlos es el esfuerzo voluntario por crecer, por ser mejores... y el premio es sufrir menos y hacer sufrir menos. No es poco.”

Lo “natural” está entregado al viento de los acontecimientos. Que pueden sernos o no favorables. Y la consciencia elevada es también un logro de la naturaleza, tal vez su máxima expresión reservada para nosotros, los seres humanos. Despreciarla, no usarla, no entrenarla, no es un pecado sino una estupidez. Porque eso es despreciar una herramienta que podemos usar para lo que más nos interesa: sufrir y hacer sufrir lo menos posible... y disfrutar y hacer disfrutar lo más posible.

Que no es poco.

Para nosotros crecer no es un camino lineal: crecemos... y nos achicamos al menor descuido. Si antes dije que todos, por las buenas o por las malas terminaremos por aprender algo, en ésta o en una próxima vida, no es tan así... mientras por pereza nos neguemos a ser voluntariamente conscientes. Mientras tanto, seguiremos sufriendo sin que nadie nos obligue, sin que podamos echarle la culpa a los dioses que si nos han dado un problema en su imperfección, también nos han puesto un porcentaje de solución a nuestro alcance.

Pensar de lo que acabo de escribir “Tiene razón”... y no actuar en consecuencia es integrar una mera información, es un mero entender literario... insuficiente, preparado para ser olvidado al viento de los acontecimientos. Una llovizna, ni siquiera lluvia. Estar atento, entrenarse... entrenarse (sin sufrir pues sería una absurda inconsecuencia) es responsabilidad de cada uno... de cada uno será el mérito de las victorias siempre parciales y la responsabilidad de los fracasos, afortunadamente también siempre parciales.

Dolor necesario

Si distraídos apoyamos la mano en algo muy caliente, el dolor será la alarma necesaria que nos hará retirar rápidamente la mano antes de sufrir daños más graves. El dolor nos dirá que los zapatos que acabamos de comprar serán muy elegantes pero más chicos de lo que necesitamos. Si queremos autoconvencernos de que nos van bien por no reconocer que gastamos nuestro dinero tontamente o por presumir... seguiremos sufriendo y terminaremos con ampollas.

Si nuestro matrimonio va mal, el dolor nos avisará... si preferimos no tomar decisiones, cambiar la causa: hábitos negativos nuestros o de nuestra pareja... o divorciarnos si no vemos otra solución, sólo por no reconocer que nos hemos equivocado o que no somos capaces o por inercia o por lo que sea... seguiremos recibiendo el aviso necesario... y daños mayores.

Felicidad, seguridad, orden

Tres cosas que son el resultado armónico de lo que está bien hecho. No conviene correr tras ellas, ni tratar de imponerlas, ni siquiera pre-ocuparse: surgirán en proporción directa al dolor que restemos y a lo

que curtamos... y piense que normalmente se encuentra más felicidad abandonando algo que es nuestro (un mal hábito, un dolor emocional) y dando (alegría, amor, ayuda) que recibiendo.

Si no creamos felicidad, seguridad y orden en nuestro interior, difícilmente lo obtendremos del exterior. Renunciando a la exigencia de una seguridad... nos sentiremos y seremos más seguros.

Asumamos las cosas como son: no existe una seguridad ni una felicidad ni un orden absoluto. Y está bien que así sea.

El tiempo ¿cura todas las heridas?

“A veces sí, a veces no”

Julio Iglesias

Cuando nos herimos, cuando enfermamos, no esperamos la solución sólo del tiempo: usamos nuestra voluntad y nuestra consciencia en procura de agua oxigenada, de un médico, de antibióticos. El método de entregar una herida o una enfermedad a la curación por el tiempo y la naturaleza es el que no tienen más opción que usar los animales, las plantas. Nosotros tenemos herramientas superiores que sería estúpido despreciar.

Efectivamente, un hueso roto, una herida, pueden tal vez curarse sin cuidados conscientes... pero tardarán más, harán sufrir más y habrá más peligro de infecciones. Y de igual modo una herida emocional, un dolor emocional, tardará más y curará peor entregada al método natural, a aquello de “El tiempo cura todas las heridas”. Este refrán es estúpido, nos incita a no desarrollar nuestra consciencia para controlar los daños. Parece un refrán creado por unos enanos saboteadores de nuestra salud mental que desde nuestro interior nos incitan a prolongar nuestro dolor... enanos que pretenden morir de viejos alimentados lo más y mejor posible con nuestro dolor evitable.

Nuestros enanos y los enanos de los demás nos quieren ver débiles: nuestra fortaleza, nuestra salud, dejan en evidencia más claramente las debilidades ajenas y hacen más difícil el sabotaje de los enanos propios.

Digo yo, me parece archilógico que **podemos (y porque nos conviene debemos)** curarnos lo antes y lo mejor posible usando las posibilidades que están a nuestro alcance. Dejar una herida emocional al cuidado exclusivo del tiempo es estúpidamente suicida.

Si estando angustiados alguien nos propone hacer un esfuerzo voluntario para analizar serenamente los daños reales, para evaluarlos según puntos de referencia lo más objetivos posibles y actuar en consecuencia para sufrir emocionalmente lo menos posible, podemos sentir una voz en nuestro interior o de otra persona diciendo “¡Pero si sufrir es humano! ¡Es natural! ¡El tiempo cura todas las heridas!”... reflexionemos un instante, seamos conscientes de que acatando este consejo no restaremos un miligramo de dolor ni a nosotros ni a nadie.

Que es como si con un hueso roto nos dijeran que es humano sufrir, que el tiempo cura todas las heridas, que no hagamos nada por curarnos, que seamos perezosos sufrientes, que no desarrollemos nuestra consciencia, que no crezcamos, que no hagamos nada por ser mejores, que desaprovechemos una gran oportunidad de crecer,... que no procuremos lo que está a nuestro alcance: transformar (en todo o en parte) un suceso negativo en algo positivo. Que asumamos como inevitable absoluta desgracia lo que podría ser una crisis necesaria.

Al oír ese consejo, seamos conscientes de que acatándolo no restaremos dolor... y sólo por esta conclusión sabremos que no nos conviene, sabremos que parece venir de boca de un enano saboteador, de un enano que se presenta como amigo y que va en contra de nuestros auténticos intereses. Esto es algo que todos podemos entender bien, por vivencias compartidas.

Entender... entender... uff... para entender algo un poco mejor me doy cuenta de que es preciso también darle mayor densidad a la palabra “entender”...

Entender

Por poco que se hayan fijado, ya se habrán percatado de que quien esto escribe, yo, no es-soy ninguna lumbrera, ningún profundo pensador a la manera de Léibniz, Schopenhauer, Papini,... lo siento, ya me gustaría. Pero nací con una inteligencia normalita. Nadie mejor que yo sabe lo bueno que sería tener una mayor, y mayor capacidad de concentración, de síntesis y análisis; que hubiera sido capaz de agrupar estas reflexiones en capítulos más organizados... pero, señores... paciencia. Esto que escribo ya me hubiera gustado leerlo, mal escrito y todo, a mis doce, quince, veinte, treinta años. Me hubiera ahorrado y hubiera ahorrado al mundo no mucho, pero sí más de un estúpido dolor. Sería hoy un poco más consciente de lo poco que soy.

De modo que bien o mal escrito, profundo o no, estoy seguro de que es por lo menos un poco útil esto.. que es más de lo que se puede decir de muchos libros que he leído. Y me parece razón suficiente para seguir escribiendo... y no sé si suficiente para que ustedes sigan leyendo. Como decía don Antón Pirulero, “Cada cual atiende su juego”.

Al prospecto que indica como usar una herramienta no se le exige belleza literaria... aunque sería deseable. Lo siento. Procuren entender mis pobres palabras.

Hay una forma de entender, la forma de “entender-de-verdad”, que se da cuando se comparten las vivencias al milímetro y con similar grado de intuición o de consciencia, cosa infrecuente. Alguna vez hemos dicho o nos han dicho “Tú no puedes entender lo que digo porque no has vivido lo que yo he vivido”. Por aquello de la jerga del oficio, llamemos a esta forma de entender “**Entender vivencial.**” Quien pasa o ha pasado hambre de verdad entenderá vivencialmente, entenderá de verdad, aquel chiste de El Roto. Quienes entienden vivencialmente son los buenos entendedores, a los que pocas palabras bastan.

El **Entender Literario** es (propongo que sea para entendernos, por lo menos) el que tienen no una experiencia vivida sino información sobre ella... información más o menos ajustada a la realidad; información más o menos ajustada a la realidad que ha sido mejor o peor asimilada, entendida.

Y también propongo para este minidiccionario básico **Entender Literario Simpático**, que es cuando ponemos un poco o un mucho de voluntad, de buena voluntad, de sensibilidad, de intentar “ponernos en su lugar” para tratar de entender como si hubiéramos compartido esa experiencia de la que nos informan; un voluntario esfuerzo para acercarnos a la forma más profunda de conocimiento sin pasar por la vivencia. Y si este esfuerzo lo hacemos conscientemente, sabiendo lo que estamos haciendo y porqué, nos acercaremos un paso más al ideal... sería con un **Entender literario simpático Consciente**.

Y dentro de cada una de las diversas formas de entender, hay diversos, muy muy diversos, infinitamente diversos grados, de niveles.

No sé si me entienden.

Y sugiero que entiendan literaria, simpática y conscientemente que la consciencia no sólo resta dolor, sino que también nos permite disfrutar mucho más lo disfrutable, así como las gacelas usan para disfrutar en carreras por puro gusto la agilidad que han desarrollado para huir de los leones.

Curtir

Dolores lee lo anterior y me dice “No me convence la palabra “disfrutar”... yo usaría “curtir”. Y yo, como el ayudante aquel que dejó la caja de herramientas sobre la mesa digo “Claaaaro... a mí tampoco me parecía la más apropiada... pero...” (“Claro” es la palabra que usamos al oír unas palabras que encajan con nuestra intuición, las que clarifican nuestra oscura intuición.)

Yo vivía en la Isla del Gobernador, cerca de Río de Janeiro. Una mañana, caminando por la playa, me acerco a un amigo pescador que está en cuclillas mirando el mar. Está, sí, en cuclillas mirando el mar, eso se ve, pero ¿está mirándolo sin verlo, abstraído en sus pensamientos? ¿Está distraído esperando a alguien? ¿O está estudiando las condiciones del mar pensando si vale la pena o no salir en su barca a pescar?

Lo saludo y me dice “Aquí estoy... curtiendo la mar”.

Y con ese verbo, “curtir”, me indica muy precisamente lo que está haciendo.

“Curtir” es una palabra no oficial, aún no está en el diccionario... cuando debería estar en los de todos los idiomas porque, como las de los brahmanes hindúes engloba otras con mayor precisión. Significa que el pescador estaba no solo mirando el mar, no solo disfrutando de la contemplación del mar... sino **saboreando placentera y conscientemente** al máximo lo que estaba haciendo, viviendo ese presente con plenitud... Y por hacerlo así, con la consciencia alerta a lo más posible de su acto, disfrutaba mucho más.

Se puede disfrutar tomando una cerveza con los amigos... pero es mucho mejor para todos curtir una cerveza con los amigos... conscientes del valor de ese momento, de la temperatura perfecta de esa precisa cerveza, de los mil matices que constituyen un momento grato, que podría ser vivido distraídamente, saboreándolo menos de lo que es posible, desperdiciando una posibilidad de alegría, de plenitud, de compartir algo bueno en el mejor nivel posible.

Se puede beber una cerveza distraído o apurado, sin pensar mucho en lo que se está haciendo, sin ser consciente, sin apreciar... sin curtir.

Ahora estoy curtiendo lo que escribo y como lo escribo. Conviene no desperdiciar las mil ocasiones cotidianas o no de curtir que se nos presentan. Los dioses no solo arrojan desgracias... si no somos capaces de valorar los mil momentos que aún dentro de las tragedias nos dan la posibilidad de curtir... es nuestra responsabilidad. Peor para nosotros por distraídos.

Divagando un poco, solo por curtir, por saborear esto que escribo... me gustaría conocer al que inventó esa palabra que alguna vez fue un castillo en el aire, una inmaterial realidad en la mente de un único y preciso individuo.

Otra divagación: “mar” es el único sustantivo que es legítimamente masculino y femenino en español. Quienes tienen una relación profunda con el mar, lo usan como femenino: “la mar”... en boca de quienes no tienen ese nivel de relación, quedaría cursi. No sé... si yo fuera más inteligente sacaría algunas conclusiones interesantes de esta observación. Fin de las divagaciones... por ahora.

Terminé de escribir lo anterior y se me ocurrió lustrarme los zapatos que estaban impresentables... y lustrándolos me doy cuenta de que estoy curtiendo la limpieza de mis zapatos, sintiendo el perfume de la cera, el tacto del paño, el hecho de estar haciendo algo que me place... y un montón de factores que sería demasiada prolijidad consignar.

Sin ser masoquista, se puede curtir hasta el caminar bajo la lluvia en procura de la reparación de una goma pinchada. Se puede curtir con infinitos niveles de consciencia, de curtición, esa caminata impuesta por los dioses o por la casualidad, consciente de que es una anécdota. Transformando en positivo lo que parecía algo negativo. El Gritón Util tuvo la oportunidad de curtir la cena y dormitorio gratis en un hotel de cinco estrellas. Desaprovechar las oportunidades de curtir, de saborear una circunstancia, un momento, como un catador de vino puede saborear con plenitud uno excepcional, es restar alegría al mundo, alegría a nuestro alcance, alegría que es nuestra.

Negarse a curtir con lo que no causa dolor es sufrir a propósito. Curtir es un producto de nuestra consciencia... que crece cuanto más y mejor curtamos, como son más ágiles las gacelas cuanto más y mejor jueguen entrenando así sus músculos sin sufrir.

Curtir no es un bobo embrutecedor mal consuelo sino tensar nuestra consciencia que también usaremos para restar mal, para restar dolor con una acción más lúcida y consecuente en proporción al nivel de consciencia alcanzado.

Aquel pescador no tenía dientes: se los había arrancado, años antes, la policía. Con una tenaza. Usando una guía de teléfonos como anestesia: al tiempo que le arrancaban un diente le golpeaban entre risas la cabeza con la guía de teléfonos gritando “¡Anestesia!”. Y si estaba allí en la playa era porque le había prestado su barca a su cuñado que tenía no sé cuantos hijitos. Y mientras esperaba su vuelta no estaba sufriendo por sus dientes perdidos ni por un odio inútil a esos policías ni sintiéndose “bueno” por haber hecho algo que hizo con gusto, sino que estaba haciendo lo mejor que podía hacer en sus circunstancias: curtir el mar, la belleza siempre cambiante del mismo, la alegría de estar vivo y allí y el gusto de contarme historias de Iemanjá, la diosa del mar que a veces le negaba la pesca, su alimento del día, pero nunca la contemplación y el tacto y el gusto a sal de su maravilloso cambiante poderoso cuerpo.

No pensaba en el siniestro refrán de enanos “Hemos nacido para sufrir” ni estaba sintiéndose “bueno”, santo, por haber prestado su barca, no sentía eso como un “sacrificio” que había hecho sino como un gusto que se había dado. Curtiendo hasta el sol en su espalda, se sentía más serenamente alegre, reflexivamente alegre. Que muchísimos con menos problemas reales que él.

Aprendí más de aquel pescador analfabeto que de muchos libros. Tuve la suerte de poder curtir su amistad.

Y aprendí de él, entre otras cosas, que no tiene sentido que nos sacrifiquemos o esforcemos por ser “buenos” o “espirituales”. Que seremos positivos en la medida en que curtamos el restar dolor, o restando dolor y curtiendo.

Y fue el primero que me habló de los enanos.

V

BLANCANIEVES Y LOS SIETE ENANITOS

Para trabajar con el subconsciente es preferible utilizar pocas y muy claras palabras, como si fuera un poco tonto. Y más eficaz que las palabras son las imágenes, más eficaces cuanto más nítidas. Y para modificar el rumbo de mis pensamientos cuando no me convencían, jugaba a tener en el cerebro unas perillas de radio: una para aumentar o disminuir el volumen y otra para cambiar de emisora. Pero se me hacía confuso por el hecho de que mi mente usaba mi cerebro (como una emisora un aparato de radio) no como una radio, precisamente, sino como algo con voluntad propia... yo “cambiaba” de emisora, apartaba tales pensamientos... y poco después me los encontraba rondando dentro de mí, sin mi permiso, sin que yo hubiera sintonizado esa supuesta emisora.

Variantes

Claro que hay mil buenas formas de identificar con claridad nuestros sentimientos, nuestras inclinaciones: la sicología tiene un montón de clasificaciones: pícnicos, sanguíneos, linfáticos y qué se yo cuántos más.

La astrología otros tantos bien o mal “aspectados” de modo que un señor Piscis, positivamente prudente, sensible y reflexivo, puede ser pusilánime, autocompasivo y verse enredado en sus cavilaciones. Y un positivo alegre y valiente Aries puede ser, mal aspectado, un fanfarrón temerario.

El tarot, según salgan o no invertidos sus arquetipos, lo mismo. Un arcano mayor del tarot, El Mago, representa entre otras cosas, a quien quiere y puede transformar en positivo lo negativo.

Henri Matisse decía que su propósito era convertir en dulce lo amargo.

Una amiga mía tiene otra variante válida: dice que “la vida es como hacer una sopa que en algún momento deberás tomar... puede ser muy divertido echarle porquerías, pero...”

Otro (y la adopté) usa “las pastillas de la paciencia”: cuando debe ocuparse de algo antipático dice “¡Un momento! Antes debo tomar una pastilla de la paciencia.” Finge buscar en sus bolsillos, encontrar un imaginario frasco, extraer una y tragarla. Pone cara de éxtasis, respira profundamente y por fin abre los ojos, se frota las manos y concluye con “Ahora sí... veamos ese asunto”. Asunto que enfocará con la máxima serenidad, consciente concentración... y buen humor.

Aquello de “contar hasta tres” antes de contestar airado es perfecto.

“Quien canta sus males espanta” es un magnífico refrán. Cantar, bien o mal, pero con consciente diversión, curtiendo, no deja asidero a las plantas parásitas (otra imagen) de los pensamientos negativos. Cantar, bien o mal, es una buena forma de empezar el día o una tarea espinosa. Quien crea que es una forma poco seria, preferirá iniciarla frunciendo el ceño en honor a su enano Sacrificado. Los enanitos de Blancanieves bajaban a la mina cantando “Aijóu, aijóu”... Buena canción, proclamo.

Otra variante es ver la vida como un juego de naipes en que el objetivo no es ganar a todos los demás sino jugar lo mejor posible con la mayor serena eficacia y alegría las cartas que se han recibido, ya sea al nacer o en circunstancias posteriores.

Nos dicen que hay una trampa para cazar monos que consiste en una caja con paredes alambradas dentro de la que se ven bananas o algo así, y con un agujero por el que entre una mano abierta pero no lo suficientemente grande para que pase un puño. Dicen que muchos monos meten la mano, sujetan lo que sea... y no pueden quitarla de la caja ¡a menos que suelten su botín! y que son muchos de ellos tan estúpidos que se dejarán atrapar antes de soltarlo, antes de abrir la mano, dejar caer la banana, abrir la mano, retirarla y huir. Si vemos que buena parte de los seres humanos son tan estúpidos como para seguir atrapados por el dolor antes que renunciar a una estúpida actitud... no podemos criticar la estupidez de esos monos. Por lo menos, es seguro que una banana es un bien más tangible que una vanidad, o una envidia, etc.

Y supongo que habrá mil imágenes más tan buenas como la de los enanos, o mejores.

Origen de la imagen de los enanos

Pero a mí me gustaba aunque no del todo la imagen de la radio... hasta que una tarde en el mar, volviendo al puerto, oigo hablar al nordestino de lo que se divertía controlando “a los malditos enanos”... le pregunto de qué habla y se ríe “¿De qué va a ser? ¡De los enanos que si los dejamos nos llenan la cabeza de estupideces, de los enanos que dicen estupideces dentro de nuestras cabezas!”

Y esas palabras encontraron, como una precisa llave, el hueco exacto de mi intuición. Dije otra vez “Claaaro” pues me pareció una forma mucho más eficaz, más “clara”, precisamente, de visualizar situaciones mentales: los enanos, a diferencia de un aparato de radio, son algo vivo, con voluntad de ser, de crecer...

Claro está que son un recurso imaginario, no vamos a contagiarnos una locura, no vamos a empezar a ver enanos por todos lados como si este universo fuera el de los Pitufos. Pero creo que es bastante práctico. Simplemente es útil y no requiere ningún saber especial de psicología o de astrología el visualizar nuestro enojo, por ejemplo, como un enano con cara de enojado en nuestro interior dictándonos frases destinadas a aumentar nuestro dolor y el ajeno... Un enano que se alimenta con el dolor, que se esfuerza en provocarlo, en provocar el mayor dolor posible en los más posibles, **utilizando nuestra voz mental y creándonos confusión como únicos trucos**, haciéndonos creer que su voz es la nuestra, que sus indicaciones y órdenes nos serán útiles cuando siempre siempre van en contra de nuestros auténticos intereses, cuando siempre siempre nos harán sufrir innecesariamente. O haremos sufrir innecesariamente.

Y el único truco que precisamos para tenerlo bajo control es la consciencia: darnos cuenta, cuanto antes y cuanto más claro mejor, que esos pensamientos gratuitamente ofensivos, destinados a provocar dolor inútil, a arruinar un momento que podría ser grato... son pensamientos surgidos de nuestro enano del mal carácter, de nuestro enano Mala Leche, saboteador de nuestros intereses.

Gurdjieff decía que no estamos gobernados por seres humanos sino por emociones negativas que habitan en seres humanos. La prensa del 2 de marzo 2002 publica las conversaciones de Nixon en las que propone arrojar bombas atómicas en Vietnam, agregando “No me importan nada los muertos civiles”. Claro que si estamos gobernados por gente así... es porque, con matices individuales, somos todos un poco o un mucho así: deberíamos pensar que Nixon tuvo muchos votos... como los tuvo Bush, que, como Clinton, mantuvo el embargo sobre Irak, plenamente consciente de que causa la muerte de cuatro mil niños mensualmente, año tras año, por falta de comida y medicinas. Que dentro de veinte años nos enteremos que Clinton y Bush hayan afirmado. “No me importa nada la cantidad de niños que mueran” no será una novedad. Bueno... y de la invasión por aquello de las armas de destrucción masivas, ni hablemos.

Claro que, si estamos gobernados por gente así... es porque algo así, en mayor o menor medida individualmente, somos todos nosotros.

Digresión: recuerdo que hace unos días leí un artículo (lamento no recordar el nombre del autor) en El Mundo de Madrid donde se decía que algunas profesiones no necesitan exámenes porque no pueden

causar graves daños: un artista, un pintor de paredes, un carpintero, no necesitan probar su capacidad en un examen. Pero sí un cirujano, un conductor de vehículos, un ingeniero. Y la pregunta es “¿Acaso no pueden producir grandes daños los políticos?”... aunque claro está que la ley que los obligaría a someterse a un examen deberían ponerla ellos. Me pregunto cuántos ministros serían capaces de aprobar lo que se exige para ser ordenanza en un ministerio.

Respeto.

Algunos sentimientos que se alimentan del dolor, a los que nos ayudaría identificar como de enanos interiores: ira, rencor, envidia, afán de venganza, angustia, pre-ocupación, avaricia, miedo paralizante, inflexibilidad, codicia, vanidad, soberbia... y alguno más en el que ahora no caigo.

Para crear dolor, su alimento, utilizando nuestra inteligencia revisan nuestro archivo, nuestros recuerdos, en busca de argumentos que nos dictarán con nuestra voz mental que, si nos descuidamos, confundiremos con la nuestra. Y hablaremos y actuaremos en consecuencia... de sus fines. Si somos más inteligentes que quienes nos rodean, los argumentos de los enanos pueden confundirnos no sólo a nosotros sino que impondrán su lógica a esos que nos oyen y los convencerán de que está bien lo que en realidad está mal: Hitler convenció a millones, millones que creían estar procediendo bien, seguros de que el dolor que causaban tendría un saldo positivo, que evitaría un dolor mayor. Y cualquiera de nosotros, a escala doméstica, puede convencer a nuestras relaciones -en nombre de nuestros enanos- de que tal acción no provocará dolor y, si lo provoca, que no será inútil o que es imprescindible... Si la lógica de nuestros enanos ha logrado convencernos a nosotros, tan inteligentes como somos ¿no van a convencer a otros?

La prueba del nueve para distinguir una voz mental como auténticamente nuestra o de ellos es poner en una balanza imaginaria el dolor resultante y el evitado, el ahorrado, en caso de admitir lo oído. Pero no siempre, por muy conscientes que seamos, podremos estar seguros ¿sería demasiado fácil! Nos dormiríamos como las gacelas enjauladas, a salvo de los leones... pero más tontas. Tal vez sea esa la función de los enanos interiores aunque ellos no lo sepan: obligarnos a estar atentos, a desarrollar nuestra consciencia. Si no existieran, nuestra vida sería muchísimo más fácil... pero tal vez nos aburriríamos, como aburren los juegos que no requieren atención.

Esto de vivir es un juego que exige atención: un descuido lo pagaremos con dolor y un acierto con alegría. Y nos aburriría jugar a la ruleta sin apostar. Sería demasiado fácil que entendiendo literariamente esto de “el dolor emocional es inútil” fuera suficiente para erradicarlo. Leyendo el prospecto de una receta no se cura nadie. No es suficiente con pensar “así es, tiene razón”. Ese es sólo el primer paso de un largo y accidentado viaje... con la meta en el infinito.

Modificar un hábito, controlar una inclinación, es posible a veces sólo hasta cierto punto. Y normalmente no es algo fácil... lo que no quiere decir, ni mucho menos, que sea algo imposible, por lo menos en un grado relativamente, razonablemente, satisfactorio. Si nuestra meta es la perfección... es probable que suframos por atender al enano Perfeccionista.

Refranes

Y algunos argumentos enaniles, destinados a hacernos perder, han calado en la sociedad, son reconocidos como buenos, están bien vistos: “La letra con sangre entra” es directamente criminal, es un refrán incitador al delito. El maestro que pega a sus alumnos amparado en este argumento se cree bueno y cree necesario el dolor que provoca... y parte de la sociedad está de acuerdo con él.

“Quien bien te quiere te hará sufrir”.

“El tiempo cura todas las heridas”.

“Más vale malo conocido que peor por conocer” nos desanima en la búsqueda de soluciones, nos induce a la pereza más que a una consciente resignación ante lo inevitable.

“Del dicho al hecho hay un largo trecho”... es un refrán fronterizo entre lo positivo y lo negativo... sí, es verdad... y también es verdad lo que dicen los chinos “Un viaje de mil millas empieza con un paso”. Puede aplicarse a eso de que no es tan fácil cambiar nuestros hábitos. “Mal de otros, consuelo de tontos” es un refrán que nos incita a no valorar, a no relativizar objetivamente el daño que hemos sufrido; nos induce a instalarnos en el dolor sin buscar consuelo lógico y con elementos de comparación reales como

si esta actitud suicida fuera inteligente. Es un refrán incitador al suicidio imbecil, a valorar nuestro dolor como algo único, sin puntos de referencia.

Pero su grandioso triunfo, el terrorífico gran triunfo de los enanos saboteadores ha sido, es conseguir que los respetemos. Por absurdo, suicida, criminal, estúpido que parezca, nos han inducido a gritar más de una vez que los respetemos... y han conseguido que a muchos les parezca una exigencia válida. **Y respetados, crecen.** Si respetáramos a los traficantes de heroína por serlo, si respetáramos a los violadores por ser violadores, lógicamente habría más traficantes y violadores y más fácil sería su trabajo.

Respeto es la especial consideración que se ha ganado el autor de una obra bien hecha.

Si nos encontramos esposados frente a Hitler, o a Videla o a tres sujetos corpulentos y con obvias malas intenciones, nos conviene **fingir** respeto para no aumentar su ira y con ella el daño que nos causarán... Nos convendrá tener mucho **auténtico cuidado**, prestar mucha atención espoleados por un miedo positivo generador precisamente de alerta... Pero no respeto.

Una persona dolorida merece, por ser persona, nuestro respeto y una especial atención en procura de aliviar su dolor. Como una persona enganchada a la heroína merece nuestro respeto por ser persona y una especial atención destinada a ayudarlo a salir, si quiere, de su drogadicción. El respeto es para la persona, no para la heroína, no para la drogadicción, no para el dolor inútil. Un cáncer exige la mayor atención, no el mayor respeto.

Es fundamental en este oficio compartido de restar dolor, tener un lenguaje muy preciso, lo más preciso posible. Una confusión puede ser causa de un naufragio. Y la confusión es el caldo de cultivo de los enanos. Confundir “atención, cuidadosa atención” con “respeto” es peligrosísimo. Y éste es el gran triunfo de los enanos creadores del dolor emocional: conseguir que se los respete. Que los respetemos directamente a ellos por ser ellos, por ser dolor emocional; no respeto a la persona dolorida por ser persona, sino expreso respeto al dolor emocional. Y no el necesario cuidado sino un respeto que no ahorrará dolor ni a esa persona ni a nadie sino que lo aumentará.

Si usted no tiene la intuición de que hay algo malo en ese respeto al dolor emocional, si no intuye que aumenta innecesariamente el dolor en el mundo... esto que escribo le parecerá, precisamente, una falta de respeto. Y se ofenderá conmigo o se aburrirá: si ese es su caso, en atención a su tiempo le sugiero que deje de leer aquí mismo y lo siento pero dudo que la editorial le devuelva su dinero. Cosas del capitalismo, así es la vida, que usted lo pase bien, adiós, chau pibe.

Ahora doy por hecho que quedamos los que compartimos la intuición citada con algún que otro espía de la facción de los enanos. Bien, tengamos paciencia con ellos. Nos servirán de sparrings, de entrenamiento.

Asumir clara y conscientemente que respetar el siempre dañino dolor emocional es lo peor que podemos hacer (por mucha aceptación social que tenga el respetarlo) es el primer necesario paso. Equivocarse por un milímetro en este paso nos llevará a caminar fuera de la senda y a equivocarnos por kilómetros en la lejanísima meta... Ni un paso más si esto no queda claro y asumido.

Los enanos utilizan a su portador invirtiendo los papeles del clásico ventrílocuo: aquí el enano sin voz ni inteligencia propia hace decir y aún gritar a su muñeco humano “¡Respeten mi dolor!”. Y han logrado que nos inclinemos respetuosamente, que bajemos respetuosamente los ojos, que bajemos respetuosamente la voz... no ante la persona que sufre sino ante lo peor que esa persona tiene en ese momento. Han conseguido que respetemos lo que más hace sufrir innecesariamente a esa persona y con lo que ella más procurará contagiar su sufrimiento.

Quien se niegue a dejarse contagiar, quien se niegue a sufrir pudiendo evitarlo, será visto socialmente como un irrespetuoso, como un ser frío, inhumano... porque los enanos ya han logrado imponer también aquello de “Sufrir es humano”, “Hemos nacido para sufrir” y “El sufrimiento es grato a Dios”. Quien no sufre emocionalmente, quien sufre poco emocionalmente, es visto por una sociedad en la que los argumentos de enanos ha calado a fondo, como un ser inhumano, frío e insensible, como un extraterrestre... cuando está, en mayor o menor grado, al alcance de todos. Con unos pocos refranes bien difundidos y el grito de “¡Respeten mi dolor!” asumidos por muchos como verdades absolutas, el dolor crece como una plaga de ratas a las que diéramos de comer como si fueran seres dignos de nuestro respeto.

Respetar a los enanos es inflarlos de una nefasta vanidad, es darles una patente 007, una licencia para matar, para causar el mayor dolor posible... que es su objetivo. Es permitirles asumir el mando de la situación, que ante una tragedia es lo peor que podemos hacer, pues es cuando más serenidad precisamos. Es entronizarlos en nuestra mente, regalarles nuestra voz y un megáfono para que extiendan el dolor en el mundo. Así gritaremos con mal disimulado perverso orgullo “¡Yo tengo derecho a tal y tal cosa porque mi dolor es más grande que el tuyo!” cuando ningún suceso, por trágico que sea, autoriza a nadie a contagiar dolor, a aumentar las ratas, el dolor en el mundo.

Ese dañino respeto al dolor emocional va como un torpedo bajo la línea de flotación de nuestros auténticos intereses. Y los dioses podrán imponernos el dolor de un terremoto, de una sequía, un accidente o una enfermedad... pero del dolor emocional, del tamaño, libertad y dominio de nuestros enanos somos nosotros los responsables. Para poder reclamar como nuestra la alegría de la victoria, debemos asumir como nuestra la responsabilidad del fracaso, del dolor emocional que nos hayamos dejado contagiar.

Humor

Los enanos usan nuestra inteligencia y nuestros conocimientos, pero no entienden el humor. No tienen ni un gramo de sentido del humor. Esta cualidad los desconcierta, les irrita o los desinfla.

Porque el humor de verdad es una expresión de la consciencia.

El humor emanado de la consciencia capaz de ver lo absurdo de proceder contra sí mismo provoca risa. La risa que es motor de acción positiva y eficaz para sufrir emocionalmente menos, como sería el caso si el Gritón Útil por un instante fuera capaz de verse a sí mismo como si fuera un personaje de película: si pudiera verse de esa forma objetiva, sin la confusión inherente al dolor emocional, se reiría de sí mismo, de como pudo ser tan tonto como para dejarse embaucar por un enano de la ira con argumentos tan burdos. Y sólo con esa risa su enano perdería poder de influencia sobre él. Se achicaría.

Si el buen humor consciente viene desde fuera de la persona dominada por ese enano, si le hacemos una broma al Gritón Útil destinada a hacerle ver, a darle consciencia de lo ridículo de su proceder para que sufra un poco menos, para que deje de intentar contagiar dolor, encontrarán sus enanos ¡a mayor velocidad que la luz! argumentos muy serios para convencerlo de que somos bromistas irrespetuosos, desaprensivos indiferentes a su legítimo e inevitable dolor.

Esto quiere decir: cuidado con los enanos grandes. No se bromea con Hitler.

Pero “cuidado” deben tener los de fuera: el portador sí puede (y porque le conviene, debe) reírse de sí mismo, más cuanto mayor es su enano.

Sólo si el enano no es muy grande, si nuestra ofuscación no es mucha, si en algún lugar tenemos encendida una tenue pero perceptible llamita de intuición de que la actitud que estamos adoptando no nos conviene o la de que quien nos hace esa broma nos conoce y nos quiere bien, de que es imposible que quiera perjudicarnos, humillarnos, sólo en estos casos encajarán las palabras oídas como ajustadas a la realidad, como destinadas a darnos consciencia... y solo en estos casos nos reiremos de nosotros mismos.

Desde fuera, reírse del dolor ajeno en procura de mayor consciencia es una herramienta que debe usarse con la máxima prudencia pues puede ser utilizada la amable burla como argumento que refuerce el dominio del irritado enano sobre su pobre portador.

Desde dentro, no hay límites. Es mejor que sobre y no que falte.

Por eso debe ir junto al “restar dolor” aquello de “curtir”. No se puede restar dolor negándose al buen humor y al disfrute consciente de lo que está a nuestro alcance.

Distinguiendo buen humor de frivolidad, y seriedad de amargura o pomposidad.

La ocupación de restar dolor es muy seria, es tal vez la más seria que se nos ha confiado... y exige el mayor buen humor posible. No es una dura exigencia. Es más bien una grata herramienta.

Equilibrio

Quien **adopta** un dolor emocional (“adopta” es en este caso una palabra más precisa que “tiene”... “tiene” implica un matiz de inevitabilidad que no corresponde)... de modo que: quien **adopta** un dolor emocional **tiene** inevitablemente dos problemas: el daño real y su dolor emocional.

Quien se entrene en controlarlo tendrá doble ventaja: sufrir menos y ser más consciente.

Y para que esa consciencia sea tal y no un andamiaje de palabras, deberá crecer con el mayor **equilibrio** posible. Porque conozco a algunos magos que con una disciplina tipo samurai han desarrollado mucho un camino de consciencia... Créanme si quieren, pero el caso es que con ella pueden ver sus propios sueños conscientes de que están soñando, con más consciencia de la que tenemos nosotros cuando vemos sortos, como hipnotizados, una película. Y este grado de consciencia, concentrado en un punto, en un tema específico, es muy útil. Pero han dedicado años de esfuerzos por controlar a sus enanos de la pereza, de la ira... para potenciar al de su vanidad, al de la soberbia. Y generan dolor creyéndose dioses. Se creen que los que no recorrimos su difícil camino somos todos perezosos dormidos que en nuestra estupidez nos negamos a adorarlos. Y sufren y hacen sufrir, habiendo transformado también sus enanitos buenos consejero en enanos manipuladores.

La fuerza de voluntad en sí misma no es algo bueno ni malo, hasta que no sepamos a qué se aplica. Es como el número Cero, que solo tiene valor después de otro número. Es más útil un poco de voluntad bien orientada que mucha mal.

(Ojo: dije claramente “algunos” magos. Me refiero a esos vanidosos que adoptan posturas y ropajes de misterio y que sueltan palabras crípticas para que digamos “¡Oh...!”. A esos doloridos contagiantes incapaces de reírse de sí mismos que prefieren ignorar que en la práctica su gran nivel de consciencia es poca cosa frente al infinito potencial y que les convendría ser un poco más humildes aunque sea por sufrir menos. Y ya más humildes, menos teatreros, menos manipuladores, reducirían su vanidad, tendrían una consciencia más equilibrada y eficaz para cumplir con su razón de ser esencial: reducir dolor en lo posible y curtir en lo posible.)

En resumen: en esto del crecimiento de la consciencia vale también lo que decía no sé si Lao Tse o Perón: “Todo en su medida y armoniosamente”.

Y sabiendo que afortunadamente el equilibrio perfecto no existe. Ese equilibrio perfecto sería resultado de un maníaco perfeccionista... muy desequilibrado. El equilibrio perfecto es el triunfo de la entropía, donde ya nada cambiará. Un lago necesita afluentes, movimiento, pequeños desequilibrios, para que no se pudra el agua.

Una persona muy equilibrada corre el riesgo de, en ocasiones, permanecer dañinamente inmóvil, indiferente.

Hablando del infinito potencial: hay un libro difícil de encontrar, “El Hacedor de estrellas” de Olaff Stapledon. Una novela aparentemente de ciencia ficción en la que nos narra como un ser humano fue desarrollando su consciencia hasta llegar a ser lo que a nosotros nos parecería un gran dios del universo. Me quedé estupefacto cuando lo leí. Me encantaría conocer a don Olaff si es que aún vive (si murió tendré paciencia ¡todo llega!) pues de esto que escribo sabe un trillón de veces más que yo. Y me gustaría saber porqué no lo escribió tan claro como pudo en lugar de en parábolas. Que ya se sabe lo que pasa con las parábolas: que cada cual las interpreta arrimando la brasa a su sardina... O se entienden como meros cuentos.

Blancanieves y los siete enanitos

Está dicho que los cuentos clásicos son precisamente clásicos, eternos, porque encierran muchas claves de consciencia. El de Blancanieves es muy sugestivo: cada uno de los enanitos es un arquetipo de carácter, que en sí mismo no es ni positivo ni negativo... si alguno de ellos fuera el jefe, sería negativo... y serán positivos en la medida en que actúen equilibrándose mutuamente, en que las decisiones se tomen

tras reflexivo consciente diálogo. Luego, actuarán en conjunto, como un todo. Y su misión principal será despertar, volver a la consciencia a la princesa dormida... conseguir que sea consciente.

Conseguir que seamos conscientes es, lo sepan ellos o no, la misión de nuestros enanos interiores. Como es la de los leones, lo sepan ellos o no, hacer de las gacelas un animal siempre alerta.

Hay en el cuento un enanito que es el prototipo del gruñón. Un gruñón pequeño y necesario, pues más de una vez nos conviene gruñir, mostrar los dientes. Pero no es más grande que los demás, no es el jefe. Su opinión es tan valorada como la de cualquiera de los otros. Si se le permitiera crecer, ser el jefe, las acciones resultarían marcadas por la agresividad. Y en pequeño tamaño, equilibrado por los otros, es positivo, ahorrador de dolor. Será negativo en cuanto crezca.... ¿A partir de qué milímetro, cuál es el límite? No hay límites exactos. Para bien y para mal, así es.

Otro es el enanito Competitivo (que creciendo, sin control, será el enano Envidioso). Competitivo se fija en lo que hacen los demás y piensa “Si él puede hacerlo, yo también puedo... y tal vez mejor”. Es positivo, impulsa a la acción positiva. Pero nuestro interior Competitivo quiere crecer, como todos los seres vivos. Le parece lógico, cree tener derecho. No se resigna con su tamaño. Ignora que es el apropiado tanto para él mismo como para su portador. Es como si un perejil quisiera medir lo mismo que un roble, cuando está bien que se mantenga en su perejiliano tamaño. Competitivo, como todos los enanitos, no tiene consciencia propia, depende de la nuestra... y si tenemos poca o confusa, crecerá: pasará el impreciso límite hasta ser claramente negativo, hasta ser Envidioso. Y la responsabilidad no es de él sino de nosotros, sus portadores, sus dueños que hemos permitido transformarlo en rey por no tomarnos el trabajo de aumentar nuestra consciencia.

Acerca de Competitivo leo en “Miguel Angel” del gran Papini “En estos sentimientos del florentino y del veneciano es difícil distinguir dónde terminan la justa emulación y la justa estima del propio valer y dónde empiezan los celos e incluso la envidia. Desgraciadamente, estos sentimientos son humanos y muy vigorosos en los artistas.”

La función de esas diferentes facetas de nuestro carácter, de esos enanos, es aportar puntos de vista diversos y necesarios. Su tendencia a crecer y hacer sufrir nos sirve para mantener la consciencia alerta. Para que desarrollemos nuestra consciencia con el incentivo de sufrir menos y curtir más.

Pero si hoy dejamos que sea Envidioso quien nos gobierne, y mañana Culpable, y la semana que viene Autocompasivo... sería como un barco que navegara al mando de diferentes capitanes... y todos con una meta diferente a la que nos conviene. Por eso nos debe interesar el desarrollo de una consciencia capaz de ponerlos en su lugar de grumetes o asesores nuestros.

Pero la consciencia desarrollada para controlar el crecimiento de un enano impulsa a éste a buscar argumentos más sutiles... con lo que nos hace el favor de seguir incitándonos a estar alertas... a desarrollar más aún nuestra consciencia, a no dormirnos en los laureles, a no perder la consciencia conquistada. **Porque la consciencia es como el viento, que es tal cuando se mueve.**

Estos son algunos de los más burdos argumentos de nuestros enanos: “Yo soy así, no tengo remedio... nada puedo hacer... que los demás me aguanten como soy” argumento fomentador de la tentadora pereza, exaltador de las cadenas voluntarias, de la venda puesta por nosotros mismos en nuestros ojos y que nos ahorra el esfuerzo por ser mejores, que nos da licencia para llorar o enojarnos estúpidamente pues “no podemos evitarlo”. “Es mi carácter, mi naturaleza”, “No quiero cambiar ese aspecto negativo mío pues perdería parte de mi personalidad”, “No tengo tiempo para ocuparme en modificar esa característica mía aunque sé que no me conviene... tengo cosas más urgentes que atender”, cuando claro está que no se pretende convertir a un despilfarrador inconsciente en un ahorrador sino en un ser generoso según su esencial naturaleza.

Cuando con una mayor consciencia nuestra ya no les funcionan estos argumentos, buscarán otros más elaborados para seguir generando dolor. Y si los tenemos visualizados como enanos, llegarán a disfrazarse de enanitos, para seguir confundiéndonos, convenciéndonos de que está bien lo que con un análisis consciente sabríamos que está mal. Y así nosotros, convencidos con finos argumentos lógicos que crearemos nuestros, dormidos que soñaremos estar despiertos, propagaremos más dolor.

Por genética o por circunstancias o por nuestro signo astrológico o por reencarnación o por una combinación de esos factores o por lo que sea, es un hecho que todos tenemos unos enanos con más tendencia a crecer que otros. Y sabiéndolo, **nos conviene alejarnos de las imprecisas fronteras** sin esperar a que llegue el dolor, “las malas”, para hacerlo. Nos conviene actuar antes, por información literaria simpática y consciente. Nos conviene ser pre-visores.

Una bolita rodando cuesta abajo va gritando muy feliz “¡Estoy haciendo lo que se me da la gana!” Quiero decir que en caso de duda, en caso de que nos parezca que nuestra actitud no es la buena, de que sospechemos de que estamos siguiendo los dictados de algún enano interior saboteador, lo que propongo es que actuemos tipo “Bolita-cuesta arriba”: un esfuerzo un poco contra nuestra naturaleza.

Digo yo.

Yo que sé.

(Perdonen: releí los párrafos anteriores y me dio la impresión de que me puse en plan dogmático... No me hagan demasiado caso. Tomen todo esto como elementos de reflexión y hagan lo que les parezca, lo que la intuición les dicte... que es lo que harán de todos modos, diga yo lo que diga, claro.

Pre-visor, Pre-ocupado, Culpable y Clementine

Conducimos por una carretera... unos centenares de metros más adelante, vemos un vehículo a punto de incorporarse a ella. Viendo antes de que suceda la posibilidad de un accidente, obraremos en consecuencia: reducir la velocidad y hacer señas con las luces, por ejemplo. Si estamos apostando fortunas en el casino y vemos venir hacia nosotros, muy serio, a un muy serio acreedor, podemos apostar a que tendremos una conversación muy antipática, anticipando nuestra vista un futuro más seguro que probable. Y antes de que llegue ese futuro ya habremos decidido si huir, si pagar o contarle al acreedor una historieta. Y si fuéramos ciegos y recibiéramos información de esa naturaleza (“Ahí viene Fulano”) sería algo similar: al ciego le estamos adelantando datos de su futuro. “Pre- visión”... ver- antes, ver un futuro probable o seguro antes de que sea presente. Y es positivo obrar para que ese futuro pre-visto nos resulte lo más favorable posible o lo menos gravoso posible. Eso es ser previsor.

Y ser previsor implica un grado de responsabilidad... si nada nos importa, si vemos antes un futuro posible y no nos importan sus consecuencias, no haremos nada para modificarlo, seremos estúpidamente imprevisores. Una persona previsora ahorrará dolor.

Pre- ocuparse... es otra historia... es una vuelta de tuerca de la pre-visión... es cuando se ha pasado el difuso límite de lo positivo a lo negativo. Ocuparse es una cosa que puede ser positiva... pero ocuparse antes del momento preciso para ocuparse es obviamente, por definición, una pérdida de energías. **Ocuparse sí, pre-ocuparse no.** Porque una persona pre-ocupada añade dolor. Y con sólo saber que se está añadiendo dolor es dato suficiente para distinguir que es un argumento mentiroso de los enanos el que dice estar obrando en nombre de la previsión.

La persona negativativamente preocupada, cree ser una positiva previsora.

Pero atención que aquí viene algo serio: si por lo que fuera sucede “algo malo” en el área de una persona con el enanito positivo Previsor crecido hasta ser el negativo Preocupado, implicando en su crecimiento el correspondiente exagerado sentimiento de responsabilidad... este enano pasará una segunda frontera... y será el terrible enano Culpable. Uno de los que más dolor producen sino el que más.

Culpable martillará sin cesar, día y noche, con un único burdo pero efectivo argumento si no tenemos consciencia: “**Y si...**”

Obviamente, si usted se siente culpable por haber untado con miel a su abuela paralítica y luego sentarla en un hormiguero para cobrar su herencia, es positivo que se sienta un pelín culpable, remordido. Ese remordimiento justificado lo incentivará a reparar en parte el daño causado, a donar parte de la fortuna heredada a la Sociedad protectora de Hormigas, yo qué sé. No hablo de su caso sino del de

aquellos que se sienten angustiados por las consecuencias de un humano error o descuido, que se sienten culpables sin haber hecho mal conscientemente.

El pasado no se puede modificar. Si se puede algunas de sus consecuencias. Pero como un perro enloquecido que mordiera estúpidamente una piedra sin cesar, olvidándose de comer, olvidándose de dormir, descuidando a sus cachorros, despreciando la alegría, Culpable martillará “Y si hubiera hecho tal cosa en lugar de tal otra... ese algo malo no hubiera pasado... algo malo que pasó por mi culpa, por no haber hecho tal cosa en lugar de tal otra”. Y con el mismo burdo principio propondrá un millón de variantes que no modificarán el pasado, que no ayudarán a nadie en absoluto nunca jamás, que solo añadirán toneladas de dolor inútil al dolor real, al daño real, al inevitable de verdad. Ríos de lágrimas que no consuelan, ríos de lágrimas en el altar del enano más siniestro que no se cansa de exigir más, que no se da jamás por satisfecho, que quiere ver a todas las relaciones del portador contagiadas de su dañino dolor, que exigirá el mayor respeto, que se negará al consuelo aferrándose a sus refranes idiotas, que creará la mayor confusión cuando más necesaria que nunca es la serenidad, que se negará a festejar un cumpleaños cuando más necesaria que nunca es la alegría.

Culpable es Pre-ocupado (ex-Previsor) a la décima potencia. Pero siendo tan fuerte, tan dañino... tiene un punto flaco, muy flaco: con la mínima consciencia es muy evidente, es muy fácil identificarlo como algo dañino sin paliativos. Y no es capaz de buscar argumentos más sutiles para engañarnos, para hacernos sufrir desde otro ángulo. Su único argumento es ese, barajar una y otra vez las fantasmales inútiles cartas de un pasado inmodificable; y su única herramienta es la confusión.

Boris Vian, en su libro “El arrancacorazones” describe un caso hasta gracioso por lo exageradamente grande del enano Pre-ocupado (casi sería un gigante) de Clementine, madre de tres niños. Pero los que deben vivir con alguien así, saben que de gracioso nada, monada.

“Que intranquila estoy, se dijo Clementine acodada en su ventana... No sé dónde están los niños... En este momento pueden haber caído al pozo, haber comido una fruta envenenada, haberseles clavado una flecha en el ojo si un niño juega en el camino con un arco, haber cogido la tuberculosis si un bacilo de Koch se pone de través, haber perdido el conocimiento al oler flores demasiado fragantes, les ha podido picar un escorpión, han podido caerse de un árbol y romperse una pierna, han comido demasiado de prisa y jugando en el agua pueden haberse ahogado, han bajado el acantilado, han tropezado y se han roto el cuello, se han arañado con un alambre viejo y han contraído el tétanos, irán al fondo del jardín, darán vuelta una piedra y debajo habrá una pequeña larva amarilla que metamorfoseará en aquel mismo instante, volará hacia el pueblo, se meterá en el establo de un toro malo y lo picará cerca del morro; y el toro sale de su establo, lo destroza todo, ya toma el camino en dirección a casa, está como loco y deja mechones de pelo negro al engancharse en los setos; justo delante de la casa embiste con la cabeza baja contra una pesada carreta tirada por un viejo caballo medio ciego. La carreta se desmembra por efecto del choque y un fragmento de metal es proyectado por los aires a una altura prodigiosa; quizá sea un tornillo, un perno, una tuerca, un herraje del varal, un gancho de tracción, un remache de las ruedas sólidamente construidas, luego averiadas y reparadas mediante tablillas de fresno talladas a mano, y el pedazo de hierro sube silbando hacia el cielo azul. Pasa por encima de la verja del jardín ¡Dios mío! cae, cae y al caer roza el ala de una hormiga voladora y se la arranca, y la hormiga, sin poder controlar la estabilidad?...etc. durante páginas y páginas.

Clementine está totalmente en manos del enano Pre-ocupado.

Los enanos crean innecesario estúpido dolor... usando, como todos, nuestra inteligencia, nuestros conocimientos. Sus argumentos no sirven para nada bueno... pero son tan inteligentes como seamos sus portadores. Las infinitas alternativas que plantea Pre-ocupado en la cabeza de Clementine son inútiles pero lógicas (¡cuidado con la famosa Lógica!). A Clementine todo esto que escribo le hubiera sonado a aburrido cuento chino, a criminal incitación a descuidar a sus niños. No tiene ella ni un ápice de intuición que podamos compartir al respecto. Mis palabras no le “entrarán”. Siempre encontrará argumentos lógicos para fundamentar su inquietud, su angustia, su dolor y las acciones que desde ese dolor surgirán: terminará, coherentemente con su lógica, por encerrar a sus niños en una jaula. Y menos mal que no se le da por beber, pues la combinación Gran Enano (cualquiera que sea) con el alcoholismo o algo por el estilo, multiplica todos los efectos negativos.

Y todos sabemos que a un niño (y a cualquiera) le puede suceder cualquier cosa entre infinitas posibilidades, sí... y que enjaularlo evitaría, sí, muchas de esas posibles desgracias... pero nuestra intuición nos dice con claridad que vivir en una segura jaula por muy dorada que sea es un dorado horror. Hasta ser un adulto, dicen que el buda vivió en esas “maravillosas” condiciones. Y escapó en cuanto fue consciente. Es preferible, por el bien del niño, por ahorrar dolor al mundo, por curtir las risas de los niños jugando... arriesgarse a dejarlo un poco solos a veces, ocuparnos de nuestras cosas mientras juega, permitirnos una, dos y más distracciones, que esa es la forma en la que podrán crecer sin una asfixiante presión... Y claro que le puede pasar algo malo y ojalá ojalá que no. Pero asumir riesgos controlados solo hasta cierto punto, hasta cierto incierto punto, forma parte de esto que llamamos vivir.

Si a los niños de Cementine les hubiera pasado algo malo, lo más seguro es que su gran Pre-ocupado ahora potenciado a gran Culpable, la hubiera inducido al suicidio. Hubiera rechazado con enérgicos argumentos lógicos todo intento de reducir su dolor. Claro que es un caso extremo, patológico, un caso que requiere la ayuda de un buen médico capaz de acertar con los medicamentos precisos... y nada de esperar a que el tiempo la cure. Las alternativas positivas siempre incluyen lo que es obligado por la realidad observada tan objetivamente como es posible: **asumir riesgos, equivocaciones, distracciones**. Si sucede algo malo que ojalá ojalá no, ya se verá que parte del daño se puede paliar. Sabiendo que ni siendo maniáticos se pueden suprimir los infinitos riesgos con los que debemos convivir.

Culpable exagerará lo más posible nuestros humanos fallos, retorciendo argumentos y sucesos para que nos sintamos lo peor posible. Jamás incluirá entre las fantasmales cartas que baraja una positiva. Nunca planteará “Y si no hubiera sucedido lo malo que sucedió... tal vez, es otra posibilidad como cualquiera, hubiera podido suceder algo peor.” “Quizá lo malo que sucedió fue, aún siendo tan malo, lo menos malo que pudo suceder”.

Los vendedores de seguros a veces usan el truco ese: exagerar nuestra responsabilidad, nuestra positiva capacidad de ser previsores para llevarnos hacia el nivel de la preocupación angustiosa y del miedo a ser culpables... del que, dicen ellos, nos salvarán firmando aquí y aquí (y pagando, claro). De modo similar, algunas religiones, o algunos administradores del dinero que una religión percibe, procuran recaudar un poco más con el truco de hacer sentir lo más culpable posibles a sus feligreses convenciendo a muchos de que deben cumplir órdenes, mandamientos... imposibles de cumplir. Cuanto más culpables se sientan... más dolor. Cuanto más dolor, mejor obedecerán a quienes les prometan alivio del dolor, a quienes parecen saber todo acerca de la culpabilidad y de la administración condicionada del perdón. De ese modo, quien se sienta muy culpable por haberse divorciado, averiguará cuánto pagó al Vaticano Julio Iglesias o Carolina de Mónaco para anular su matrimonio, y procurará juntar ese dinero. O jurará dejarlo en herencia como pago aplazado. Quien no esté dispuesto a pagar, puede recibir una carta de su obispo recriminándolo por ser mal ejemplo, una carta que intentará crear dolor en el destinatario. Aunque lo normal, lo más frecuente es que mucha gente, sintiéndose culpable, de algo de dinero a su iglesia para los pobres... dinero que recibirán éstos... menos los gastos, claro.

No admita imposiciones de culpabilidad ni de responsabilidad sin cuestionar con serenidad si efectivamente le corresponden.

Historia del carpintero mutilado

Imaginemos un carpintero que pierde dos o tres dedos en una máquina: hay un gran dolor real, físico, y un daño real permanente (los dedos no volverán a crecer, la capacidad de trabajo se verá disminuida, a algunas personas esta mano mutilada le producirá mala impresión, etc.).

Supongamos que está casado y que tiene hijos pequeños. Para no alargar mucho esto dejemos de lado otras específicas circunstancias.

Situémoslo en un bar, ceñudo, hosco, abstraído, mirando su cerveza sin verla, sin curtirla. Su mano vendada le duele, pero él no está atento a ese dolor... él está dándole de comer a su enano de la autocompasión, enredado en sus cavilaciones... piensa que su mujer lo mirará con un poco de asco, que

sus hijos le perderán el respeto, que sus compañeros de trabajo no volverán a darle los encargos más delicados, que los amigos le rehuirán, que los envidiosos se alegrarán.

(Se mire por donde se mire, la pérdida de un brazo o unos dedos no tiene nada de gracioso sea uno carpintero, pianista o pulpo. Esto no es como lo del Gritón Util. Como se dice en “El florido pensil”, no es para cantar “Que suer-tee me rom-píí un bra-zooo”.)

Pide otra cerveza. Un conocido se acerca a saludarlo interesándose por el accidente e intenta consolarlo recordando a un pariente que perdió un brazo y logró salir adelante. El carpintero rechaza los puntos de referencia, el consuelo basado en la objetividad y no se conmueve por el brazo perdido: “Mal de otros consuelo de tontos”, masculla con ojos vidriosos. Siente que pretenden minimizar su gran tragedia, que no se dan cuenta de todas las implicaciones futuras que él sí prevé. Siente que no respetan su dolor, que quieren privarlo de su muy legítimo derecho a la amargura, que es ahora su mejor amiga, la que mejor lo comprende. No quiere ser consolado. “Nos soy un niño” piensa. “Que no me vengan con cuentos”. Tiene ganas de mandar al carajo al conocido consolador lleno de dedos inútiles, manos completas que él percibe ahora como una afrenta. (El enano de la envidia y del odio empiezan a crecer. **El odio, siempre destructivo y autodestructivo, es como una droga que da una falsa sensación de fortaleza**, por eso hay débiles que se aferran a él).

Piensa que la vida es injusta, sin sentido, que le ha arrebatado algo suyo a cambio de nada. Y permite esa vida, ese destino imbécil, que millones de inútiles conserven sus inútiles dedos.

(Los enanos de la autocompasión, de la envidia y el rencor crecen juntos. Ya crecerán, en fatal obligada alianza a falta de consciencia, los de la ira y el de la culpabilidad. Un suceso malo, un accidente, son caldo de cultivo para ellos... Y también para la consciencia... a veces.)

No lo confesará jamás, es su secreto más íntimo... pero está seguro de que ese accidente fue por culpa de él, por una inexcusable distracción. Piensa que los demás, aún sin decírselo, lo saben y a sus espaldas se lo reprochan. Al mismo tiempo, en la confusión que los enanos provocan en su interior, le echa la culpa al destino y a él mismo. Una voz martilla en su cráneo: la que repite los inútlews “Y si...”, “Y si hubiera hecho tal cosa en lugar de tal otra...” No se cansa de estudiar esas alternativas que nunca sucedieron y que nunca sucederán. Repasa la película del accidente que el enano le proyecta una y otra vez. Presta la mayor atención a esa voz sintiendo que expresa algo lógico e importante, que es algo que merece ser seriamente estudiado aunque le duela mucho y no solucione nada.

Y de alguna manera se siente orgulloso de ser capaz de sufrir tanto con silenciosa dignidad. Aún sin dedos, aún sintiéndose culpable, se siente superior a muchos en algo: en el conocimiento del verdadero dolor y en su capacidad de soportarlo. Y no se atreve a pensarlo con claridad pero intuye que no le importaría tanto haber perdido la mano entera. El sería capaz de soportarlo... se enterarían de quién es.

Ya está preparado para gritar “¡Respeten mi dolor!” cuando alguien haga una broma aún bienintencionada respecto a los dedos. Y cuando alguien le venga con un problema que a él le parecerá nimio comparado con el suyo, gritará “¡Pero yo perdí mis dedos y por eso tengo derecho a tal y tal cosa!”. (Como si una tragedia vivida otorgara una patente 007 James Bond que autorice, cuanto más grande la tragedia más 007, a amargarle la vida a los demás, a exigirles tal y tal amargo comportamiento... A añadir al mundo inútil dolor y encima exigir respeto para ese dolor.)

Llega a su casa y ve a sus hijitos jugar y a su mujer sonriéndoles. La escena lo indigna. Su enano de la ira asoma por sus ojos. No respetan su dolor, él quisiera ver a todo el mundo llorando sin cesar, y si no a todo el mundo ¡por lo menos a su familia! ¿Qué menos? Familia irresponsable, incapaz de preocuparse por el futuro incierto.

Familia de insensibles al que su dolor no conmueve, a la que todo le da igual. Familia capaz de reír, de ser feliz en un momento hecho para sufrir.

Y con cualquier excusa les da una paliza a los niños. Su mujer sabe que él siempre fue un padre cariñoso, que “él no es así”, que si les pega es inducido por el dolor, dolor que cree, como muchos, lógico-natural-humano-inevitable-respetable. Y con esa errónea concepción procura aminorar la paliza que reciben sus hijos. Y se lleva parte de los golpes.

El carpintero ahora ve a su familia como quería: todos llorando. Un gruñido a medias entre la satisfacción y un mayor sentimiento de culpa es cubierto por el ruido del portazo que da al salir hacia el bar otra vez.

(Ha arruinado un momento feliz, un momento de paz que él precisaba más que nadie. Ha actuado en contra de sus intereses. Ha aumentado innecesariamente su dolor y el de quienes lo rodean. Ya se pondrán metas más altas sus enanos: arruinar no sólo momentos sino vidas enteras. Sumergirlas en el dolor, contagiar a los más posibles, hacer crecer a los enanos ajenos. Para ello buscarán puntos débiles, retorcerán argumentos lógicos, encontrarán excusas, barnizarán momias. Lo que sea. Como todo lo que está vivo su voluntad es seguir siendo: sueñan con ser un incendio forestal sin colores y sin luz, solo destrucción, humo sucio y cenizas.)

Si en ese momento el carpintero leyera esto... probablemente algo en su interior diría “Si a éste desaprensivo que pretende ridiculizar mi dolor le hubiera pasado lo que a mí me pasó, no diría tantas estupideces... no tengo tiempo para leer tonterías”. Pero si a pesar de todo siguiera leyendo, podría reconocer, desenmascarar, las voces más obvias de sus enanos. Pero si carece de la intuición suficiente, ellos encontrarán el modo de camuflarse: aprenderán a ser más sutiles, a elaborar mejor sus argumentos lógicos para expandir niebla, ofuscación, inconsciencia y olvido de todos los razonamientos que van contra ellos. Sin un jubiloso consciente esfuerzo destinado a crear nuevos hábitos... todo es olvidable palabrerío. **Si fuera tan fácil ser conscientes, no creceríamos jamás.**

Por fin el carpintero logra contagiar a su mujer: ahora ella también llora sin que le pegue. Y llora frente a su madre, “¡Antes no era así! ¡El accidente lo ha vuelto malo!” le dice. La suegra del carpintero, una buena mujer, contagiada por el dolor emocional de su hija, también llora. Y llorando volverá a su casa para contagiar a su marido.

(Los enanos han convencido a la sociedad de que es propio, justo, deseable, bueno e inevitable que el dolor se contagie. La buena gente, es la que se entrega voluntariamente, convencida de que oponer resistencia al dolor emocional es propio de “malos insensibles”. Y así, como una enfermedad contagiosa que afecta principalmente a los mejores, va extendiéndose el dolor inútil en el mundo.)

El carpintero, ya totalmente poseído por sus enanos, esclavo de ellos, ve que sus amigos le rehúyen. (Eso reforzará los argumentos lógicos de sus enanos de la paranoia, de la autocompasión, de la ira, del rencor, de los celos... y más le rehuirán los antiguos amigos, no sabiendo cómo consolarlo, como quitarle su dolor. Le huyen para no contagiarse, para no sentirse mal sólo con ver la cara tensa y angustiada del carpintero que se niega al consuelo.)

De peor humor aún, ahora le pega habitualmente a su mujer y a sus hijos. **(El dolor emocional genera también dolor físico, real.)** Pero lo que más le duele a ella y a los niños es el dolor emocional que reina ahora en sus vidas. Los vecinos oyen los gritos y los golpes. A veces intervienen y a veces no. En mayor o menor grado les afecta la situación... y sufren. Ese sufrir provoca discusiones en los matrimonios... y alguna mujer se lleva un golpe.

(El contagio se extiende... una plaga de ratas que se multiplica entre aullidos. Los enanos pregonan en las esquinas de su imperio “¡Hemos nacido para sufrir!”)

Muchísimos momentos listos para ser disfrutados se pudren: muchas cenas se enfrían en los platos. Cocinadas maquinalmente, sin la sal del gusto por hacerlas, parecen de utilería.

La suegra, harta de llorar, dolorida y por lo tanto confusa, ha permitido crecer a su enano de la ira y le arma un escándalo al carpintero. (Los enanos rugen pidiendo más guerra.)

Los hijos, acuciados por el miedo al dolor físico de las palizas de su padre ahora habitualmente borracho y por el dolor emocional de ver a su madre maltratada, han desarrollado su percepción y huyen al oír los pasos vacilantes de él. El hombre, ofuscado, cree que es suyo el pensamiento “Tal como previne, mis hijos me han perdido el respeto.”

Y supongamos que se ahorca.

Y ahora introduzcamos una variante: con todas las experiencias que ha vivido la ahora viuda, pudo haberse derrumbado. Pero, por lo que sea, resultó fortalecida. En medio del horror aprendió a valorar los fugaces momentos de paz. Aprendió a festejar los cumpleaños de sus hijos con doble esfuerzo de amor,

aprendió a reírse a carcajadas cuando había motivos... y a buscar, a provocar los motivos. Aprendió a no sentirse culpable. A no dejarse contagiar por la amargura, a no aumentar el enojo de él fingiendo, sin gritar, respetar un poco su dolor, disimulando un poco su paz, no por cinismo sino para que él no lo malinterprete como provocación.

Ahorró así dolor a sus hijos y a sus padres, que viéndola de mejor humor, aún sin entender mucho, dejaron de llorar aunque no de preocuparse.

Claro está que es más fácil decir que hacer... Está claro en los versos del poeta venezolano Ernesto Bauder:

“Aquel niño siempre decía
que le daba lo mismo vivir que morir,
pero el día en que de verdad murió
se sentó en su camita y lloró,
lloró y lloró.”

La viuda lloró en el entierro. Lloró porque nunca dejó de quererlo. Lloró por los momentos estúpidamente arruinados, por la vida del hombre estúpidamente arruinada. Por el tiempo que pasó no sólo sin dar frutos sino dando frutos podridos. Lloró porque como todas las mujeres saben, las lágrimas son anestesia, descargas de dolor; que es preferible llorar y estar bien después y no enojarse para quedar resentido como hacen los hombres. Sabe que llorar le hará bien y que mañana estará mejor dispuesta, más serena y eficaz para preparar el desayuno de sus hijos y buscar trabajo. Y entre sus lágrimas de tristeza caen otras de alivio: sabe que la causa de su dolor ha muerto. Y que ese suicidio fue un último intento de amargarla, de crearle un sentimiento de culpabilidad que rechaza: sabe que hizo todo lo razonablemente posible para rescatar al hombre de su inútil dolor. No se exige a sí misma más que buena voluntad. Si se equivocó en algo, no fue por falta de ella. Porque ha cesado la causa arruina-momentos, está alegre entre sus lágrimas, pero evita sonreír para que los parientes no malinterpreten su sonrisa y sufran más aún.

La desgracia ha sido para ella una crisis necesaria. Ha salido fortalecida, más de lo que nunca sospechó que pudiera llegar a ser. Ahora es una persona más fuerte, más animosa, independiente, consciente. Es más sensible ¡sin dejarse contagiar! al dolor ajeno, más capaz de restar dolor al mundo. De contagiar alegría. No se quejará por tonterías. Sabe que vienen tiempos duros, problemas grandes y pequeños. Y que a veces las cosas le saldrán bien y otras no. Pero la desgracia le ha dado un punto de referencia... Y ya no sabría decir si le vino bien o mal.

Conviene no apresurarse a etiquetar mecánicamente un suceso como “bueno” o “malo”: inclusive una derrota puede sernos más útil que una victoria; una pérdida más útil que un hallazgo. En el momento de la derrota o de la pérdida no podemos juzgar con datos suficientes ni con la serenidad necesaria. Posterguemos el juicio, la etiqueta, con un más ajustado a la realidad “ya veremos”.

De todas maneras ¿qué es usualmente lo más doloroso de una derrota? Respuesta: nuestro dolor emocional. Y ese dolor no está en los hechos, no está en la derrota sino en nuestro interior. Y somos quienes debemos decidir cuánto sufriremos por él. Los dioses tal vez nos hayan impuesto la derrota, la pérdida, pero no nuestro dolor inútil. Tal vez esa pérdida, lo sepamos o no, fue por nuestro bien. Tal vez perdiendo nuestra fortuna en un juicio nos salvamos de morir en el coche que pensábamos comprar. Y nuestro dolor seguro que es por nuestro mal.

Para terminar: claro que no todo fue tan fácil. Claro que hubo después días y noches (sobre todo noches) en que todos los pensamientos positivos sonaron a hueca palabrería y el consuelo pareció un espejismo. Noches en que lo único que parecía auténtico era el dolor. Largas noches en que creía estar hablando consigo misma cuando se estaba defendiendo de los enanos, de sus “Y si hubiera hecho tal cosa...”

Pero supongamos que esta parte de la historia interminable tuvo final feliz, que llegó a controlar a sus enanos, que con una mayor consciencia llegó a ser dueña de su circo... y que pudo restar dolor y curtir en lo posible.

Colorín Coloráu, este cuento s’acabáu.

VI

NO ODIAS A TUS ENEMIGOS

Don Corleone le dice a su exaltado sobrino:
“No odies a tus enemigos... no sabrás valorarlos”.
El Padrino III

La gaviota, en su inconsciencia, puede pedirle a un genio de la lámpara que elimine el aire, pensando que es lo que frena su vuelo.

Las gacelas pueden pedirle que elimine a los leones... sin saber que ellas son seres alertas y ágiles gracias a sus enemigos.

Alguno de nosotros puede pedirle que no crezcan nuestros enanitos, que no tiendan a deformarse nuestras características emocionales... sin saber que nunca crecería nuestra consciencia entonces, sin saber que lo más probable es que nos volviéramos bichos estúpidos.

Porque es así: lo negativo también es necesario para que crezcamos. Le guste al Diabolo o no, nos es útil. No sería más feliz ni mejor jugador un ajedrecista si tuviera garantizado sólo adversarios inferiores. Para que algo se mueva es preciso una acción y una reacción, eso del Yin y el Yang.

El sobrino de Don Corleone odiaba a sus enemigos... y odiar es un dolor emocional. Sufría odiando, estaba ofuscado por su dolor, procuraba contagiarlo, procuraba causar el mayor daño posible, mucho más del estrictamente imprescindible para el logro de sus objetivos. Añadía al mundo un dolor superfluo. Don Corleone, mafioso de profesión, negativo de profesión, tenía un objetivo claro: ser lo más poderoso posible para ser lo más respetado posible. Y lo buscaba procurando (dentro de su muy subjetivo y particular margen) causar el mínimo dolor posible ya que no restar. Con serenidad, sin ofuscación. Y así resultaba más eficaz.

No se dejaba contagiar por la nerviosa preocupación, angustia o rabia de otros. Porque hay **personas-espejo**: basta con que deban tratar con una persona enojada para que se enojen, o con una angustiada para que se angustien, y así por el estilo.

Odiar es actividad de enanos, es un dolor emocional. Odiar al odio es inconsecuente. Odiar a la angustia, a la envidia, es sumar dolor al mundo. No nos conviene odiar ni a nuestro peor enemigo. Es más: con nuestro peor enemigo nos conviene mantenernos más serenos que con nadie... odiarlo menos que a nadie.

Y nuestros enemigos pueden sernos más útiles que nuestros amigos en el camino de entrenar nuestra consciencia: sus ataques nos dan una oportunidad de oro para analizar serenamente los enanos de ellos... y los nuestros, nuestros sentimientos al respecto. Nos conviene agradecerles (interiormente, para que no piensen que nos burlamos de ellos) la oportunidad de crecer que nos dan, oportunidad que nos viene magníficamente y que no pueden darnos nuestros amigos.

Además, aunque nos la expresen con mal tono y exagerando, más de una vez nos mostrarán con franqueza un defecto nuestro al que no habíamos prestado atención, uno que nos hacía doler sin que pudiéramos identificarlo. Queriendo o no, será otro favor que nos conviene agradecer interiormente.

Verno Howard relata un buen ejemplo de como nos puede ser útil el enemigo: antes de una batalla un general chino observó que tenía pocas flechas. Envío entonces hacia el enemigo unas barcasas con soldados de paja y unos pocos remeros... que volvieron con los “soldados” llenos de valiosas flechas.

Si las gacelas fueran conscientes, agradecerían a los leones el que las inciten a ser seres más ágiles. Y “agradecer” no tiene nada que ver con rendirse sino con perder miedo ofuscante, dolor emocional inútil que nos hace más vulnerables.

Un buen velero es capaz de navegar con viento en contra con sólo cambiar un poco el rumbo... Menos desviación cuanto mejor velero sea.

Sus enemigos pueden ser una amarga medicina necesaria. Procure entenderlos sin convertirse en su imagen espejada. Entendiéndolos mejor, los odiará menos aún... y menos daño podrán hacerle, pues más fuerte y sabio será usted.

Pues un análisis de emociones negativas, propias o ajenas, debe hacerse con la mayor serenidad, la mayor objetividad posible. En ocasiones, antes de rechazar sin más una emoción negativa, conviene estudiarla: “Estoy preocupado, angustiado, inquieto, desanimado... qué curioso... ¿cómo es ésto? Aprovecharé para estudiar estos sentimientos...” Observe si sus manos están agarrotadas, si su cuello está tenso, como sus hombros... obsérvese desapasionadamente. Claro está que el principio de Heisenberg, ese de que la observación modifica lo observado, funcionará también aquí, que por observarse se diluirá su angustia. Pero algo positivo habrá obtenido de un suceso que se le presentó como negativo.

Un jefe, un compañero de trabajo, un cliente, una persona a la que no puedo esquivar me tiene amargado con lo que me dice, un día tras otro. Veamos... primero le dedico una sonrisa y un agradecimiento (interior) por la magnífica oportunidad de crecimiento que me da. Secretamente lo nombro “gurú del año”. Y reflexiono “¿Porqué me duele tanto lo que me dice?” Una respuesta lógica es “Porque se lo permito, porque no me tomo el poco trabajo de controlar mi enojo o mi frustración, porque actúo como un espejo... La verdad, me duele por boludo... y menos mal que me ataca, así me doy cuenta, soy más consciente... el dolor no está en su actitud, no proviene de él, sino de lo que yo permito que me afecte... Yo soy el responsable de mi dolor, no este buen señor (poseído tal vez por su enano envidioso) ni los dioses ni un destino inexorable... Ahora analicemos mi dolor... veamos... ¡vaya! Se me ha ido gran parte de él... veremos si tengo una mejor oportunidad de estudiarlo cuando me dé otra oportunidad mi gurú del año... creo recordar que me sofoco, que me pongo rojo, que escondo las manos, que me ofusco... Qué curioso... Bueno, ya veremos. Afortunadamente, no faltarán oportunidades de investigación científica. La próxima vez, me concentraré en investigar la ofuscación que me permito.”

No nos duele lo que nos digan ni lo que digan de nosotros... nos duele lo que nosotros permitimos por descuido que nos duela. Si somos conscientes, somos responsables de nuestro propio dolor y es trampa echarle la culpa a otros. Una responsabilidad proporcional al grado de consciencia.

Ver como algo repugnante a nuestros propios enanos enemigos... nos causará más dolor. Nos conviene valorarlos con serenidad, igual que a los ajenos... y con humor.

Como decía Inodoro Pereyra “Don Cipriano es como el gorgojo: será malo pero es nuestro”. Y con respecto a los de los demás: ya el sólo hecho de hablar de los enanos de Hitler y no de Hitler mismo, resta un poco de odio a la persona-Hitler. (Y que no se enoje el fantasma de Hitler por usarlo de ejemplo ¡le estoy dando la oportunidad de ser útil!)

Somos responsables del tamaño de nuestros enanos, y nada ganaremos enojándonos con nosotros mismos. Si fallamos... píldoras de la paciencia y a reparar lo que se pueda con buena voluntad. Y si es grave, mucha mayor buena voluntad. No se trata de ser autoindulgente sino de hacer lo que sea preciso sin pereza pero sin odio.

Odiar a un desgraciado que causa mucho daño (un asesino, un violador, etc.) no ayuda a sus víctimas. Se trata de encerrarlo lo antes posible en un lugar en que no pueda causar daño y dejarlo allí hasta que estemos razonablemente convencidos de que ya no es un peligro. Si lo odiamos, con seguridad lo humillaremos, le haremos daño nosotros a él... Nos portaremos un poco como él, como un espejo deformado de él... y es más difícil que algún día sea una mejor persona. Y es seguro que nosotros no lo hemos sido. Por egoísmo positivo aunque sea, nos conviene no odiar. Los “otros” también, en cierta no

despreciable forma, son “yo”. Todos somos un poco responsables unos de otros y a todos nos conviene, seamos santos o mafiosos, restar dolor en el mundo.

No se puede amar por decreto, por cumplir una ley. No se puede “amar a Dios sobre todas las cosas” ni al prójimo y menos al enemigo por decreto. Aquello tan fuerte de “ama a tus enemigos” podemos tomarlo como una increíblemente lúcida indicación. Una indicación señalando un camino que tarde o temprano admitiremos que nos conviene recorrer para tal vez un día llegar a la meta. Amar es mucho más divertido que simplemente no odiar. Amar implica curtiición. Tal vez avanzando y retrocediendo, vida tras vida, un día nos encontremos amando a un enemigo... si es que en ese futuro todavía tenemos la suerte de tener enemigos.

No odiar a nuestros enemigos o aunque sea imantarnos conscientemente en la voluntad de no odiarlos o jostamos de rebajas! de odiarlos lo menos posible, es un logro que a la naturaleza, a la consciencia o a lo que sea, le ha costado mucho llegar. Tal vez millones de años y fracasos. Ese hoy –escaso y ocasional- odiar lo menos posible al enemigo es como una débil llamita de la que somos responsables, es una chispa que dejaremos como herencia con la esperanza de que un día llegue a ser un fuego que quemé mucho de lo malo del universo.

Tenemos derecho a estar orgullosos por ese pequeño vacilante paso hacia la lejana meta. Si hasta un mafioso de película es capaz de ahorrar un poco de dolor, no podemos ser menos.

Y cada tantas páginas creo que debo poner el sello “Eh... que no soy ningún sabio. Ojo que en lo que escribo hay más de una inconsecuencia y más de tres equivocaciones, algo que no es como digo o por lo menos no tan como lo digo.” Pero no me importa mucho equivocarme: ustedes ya son mayorcitos y sabrán discernir. Las conclusiones finales son responsabilidad suya, a mí ni me miren. En compensación inevitable, si a usted las cosas le salen mejor por sus conclusiones... el mérito será suyo.

No hay garantías

Un grado más o menos normal de optimismo nos da fuerzas para seguir adelante.

Uno similar de pesimismo nos advierte de los riesgos.

Si hubiera demasiada diferencia entre uno y otro, la vida se vería más rosa o más negra de lo que es... y nos equivocaríamos más fácilmente. Sería como si Optimista o Pesimista fuera el jefe de los enanitos de Blancanieves. Y todos sufrirían por las equivocaciones.

Según lo que observamos, la realidad es una aleación inestable de dos elementos: uno es el independiente de nosotros, los sucesos que demasiado apresuradamente calificamos como “buenos” o “malos” según nuestra primera impresión pues no podemos prever su influencia a mayor plazo; y otro es la influencia que tiene nuestra actitud en la configuración de esa realidad, en nuestro presente.

Se trata entonces de potenciar el segundo, lo que está en nuestras manos: podemos (y porque nos conviene, debemos) ocuparnos en encaminar nuestra actitud de modo tal que influya positivamente, según metas conscientes, lo más posible.

Como siempre, lo primero es tener el objetivo lo más claro posible. Y genéricamente, se me ocurre que el único del que no podemos dudar de su validez es aquel de restar dolor en lo posible y curtir en lo posible. Sabiendo que la concentración en la consecución de un objetivo aumenta el porcentaje de posibilidades de lograrlo.

Y por no dispersar esa concentración, conviene poner un deportivo interés en objetivos inmediatos de incierto futuro: podemos, nos conviene, etc., hacer lo razonablemente posible para tener un trabajo mejor, para que nuestra relación afectiva siga bien o mejore, evitar posibilidad de accidentes, comprar de vez en cuando un billete de lotería y divertirnos pensando qué haríamos en caso de ganar. Ninguno de estos objetivos es una broma, es importante ocuparse con buena voluntad de ellos... pero nunca estaremos seguros de que a largo plazo nos convengan a nosotros o a los demás el que los alcancemos. **Una cosa es estar interesados y otra atados.** Porque podemos angustiarnos si el futuro no se presenta como nos propusimos o volvernos tontos vanidosos si nos sacamos la lotería o con un trabajo mejor. O podemos sufrir un grave accidente viajando muy contentos en segunda luna de miel. O puede pasarnos

algo peor aún si evitamos un pequeño accidente. No lo sabemos. En ese campo infinitamente amplio que es nuestro futuro no tenemos garantías.

No se trata entonces de que nos tornemos indiferentes fatalistas, pues nuestra indiferencia puede hacernos perder un mejor trabajo que ¿quién sabe, por qué no? conlleve sólo cosas buenas. Se trata simplemente de ser conscientes de que no hay garantías... y permanecer serena y alegremente alertas.

Hay un cuento de Kurt Vonnegut Jr., no recuerdo el título: un señor muere y va al cielo, donde descubre que todo es igual que en la tierra salvo que tiene garantías de que todo saldrá como pretende. Así, todos los lujos, mujeres, fama, torneos deportivos,... hasta que, transcurridos diez años o diez mil, ya no sabe qué inventar. Y se aburre... y descubre que todos sus vecinos se han cuestionado también el suicidio imposible... descubre que está en el infierno. Descubre que las garantías son un horror.

Necesitamos, para que nuestra vida tenga sentido, que no haya garantías, que ignoremos el futuro, que haya nudos de fuerza diversos, que tal zona sea peligrosa para que podamos elegir si adentrarnos con precaución o evitarla.

Esto no es filosofía

Unas pocas ideas sin una estructura (y aún deshilvanadas y ya dichas de una u otra forma) no son una filosofía. Pero creo que no debemos exigir absoluta coherencia filosófica a quien nos advierte de que está a punto de salir nuestro tren. Hace más de dos mil años (y con datos observados por gente anterior) Epicuro hablaba de que todo es azar producto de lo que hoy llamamos indefinición cuántica. Sin microscopios, con sólo su cerebritito, afirmaba que el aleatorio camino de los átomos determinaba la realidad. Y concluía que de dioses nada, monada (sin cuestionarse de dónde salieron los átomos ni porqué tanto azar configuraba maravillas y más maravillas). Y con estas conclusiones respondía a la pregunta perejiliana “¿Cómo vivir?” diciendo que obviamente yendo hacia el placer y huyendo del dolor. Y digo yo que para ese viaje no eran precisas tales alforjas, pues eso lo sabe hasta el gato de la portera. Pero el matiz que añadía me parece válido: que el placer se encuentra en el equilibrio y en la práctica de las virtudes, pues no hay placer en el empacho, en la resaca, ni en pegarle con un palo a la madre. Y la tesis de don Epi me parece en líneas generales bastante bien, aunque a veces nos convenga enfrentarnos al dolor y no siempre huir.

Y en la antítesis encuentro elementos de reflexión también válidos: el estoico Zenón, una especie de Buda griego, decía que ir hacia el placer entraña el riesgo de la desilusión por elegir un mal camino... Un pelín cobardica eso de no arriesgarse a comprar billetes de lotería por no desilusionarse... pero su propuesta (que mucha gente magnífica de su tiempo abrazó) de avanzar hacia un consciente control de las emociones me parece bien: seguro que resta dolor.

Pero está claro que eso que me parece bien son elementos sueltos, desgajados de una estructura que por una u otra razón no me termina de convencer.

(“Peor es nada”, murmura Lucila F. mirando de reojo a su marido.)

Encuentro elementos muy dignos de reflexión en las antitéticas filosofías de Léibniz y Schopenhauer. Y cuando intento sintetizarlas en un todo coherente, en una filosofía de verdad... me duele la cabeza o dan algo bueno en la tele. Como siempre, haz lo que yo digo y no lo que yo hago. Digo.

La coherencia, la perfección, la verdad absoluta, para bien y para mal... no es lo mío.

Peeero... usted, el gato de la portera y hasta el último perejil sabemos bien que se puede vivir sin verdades absolutas.

A este tema le dedico un libro, “Un poquito de filosofía”, y creo pertinente incluir aquí algunos párrafos del mismo, mostrando dos posturas enfrentadas en cuanto al sentido del dolor sobre la tierra, la de Leibniz y la de Schopenhauer.

VII

VERDADES ABSOLUTAS NO, GRACIAS

“No creo en verdades absolutas. Es más, temo que tales creencias bloquean la búsqueda de una mejor comprensión del mundo. Siempre que creemos haber llegado a respuestas definitivas, se detiene el progreso, la ciencia y el mejor entendimiento.”
“La meta” de E. M. Goldratt

“El mundo de los felices es distinto del de los infelices”
L. Wittgenstein

“Las líneas maestras del Universo, de la realidad, están estructuradas de tal forma que siempre dejan un margen de duda. Digo yo, me parece, no sé.”
Ley de Vega

“Es vitalmente preciso que surja una filosofía no dogmática ni escéptica, que no sólo dé pistas para la comprensión de algún aspecto de la realidad, sino que induzca a una acción claramente positiva.”
Alfonso Sastre

Advertencia: se puede caer fácilmente en el error de tomar como verdad absoluta... que no hay verdades absolutas. Entonces diré: creo que sí existe una o más de una, y me parece válido investigar y pensar al respecto... asumiendo, tras muchas desgraciadas experiencias a lo largo de los milenios, que sólo llegaremos, en el mejor de los casos, a creer tener más o menos claro alguna que otra parte de esa o esas. Con todas esas dudas, es prudente no actuar decisivamente, como si fuéramos poseedores de la verdad, si esa acción causará dolor. Si nuestra proyectada acción no causa dolor... pues adelante: acertada o no, nada tenemos que perder, ni nosotros ni nadie. Y, si algo bueno saldrá de esa proyectada acción, doblemente adelante.

Si Moisés, Hitler y gente con poder hubieran tomado unos recaudos más o menos por el estilo, no hubieran generado tanto dolor en nombre de sus convicciones. Claro está que en términos prácticos es inútil postular esto pues, como escribe F. Schuon en “Lógica y trascendencia” (una frase que me gustó mucho): “Un ser cuadrado admitirá antes un error cuadrado que una verdad redonda”. O sea: cada cual intenta hacer lo que se le da la gana (o aquello para lo que nació predispuesto, vaya uno a saber)... le digamos lo que le digamos.

Picasso, dicen que dijo “Si la verdad fuera una, habría mil formas de expresarla”. Y digo yo que de ahí vienen problemas, seguro: considerando el caso de aquellas muchas personas que se creen en posesión de una verdad única por revelación directa de Dios o de un dios, muchas veces no tienen en cuenta esta frase de Picasso, y menos aún, claro, mi apostilla. Porque el asunto es que, por mucha Revelación Con Mayúsculas que pudiera ser, no es lo escrito una Verdad Absoluta, sino, mucho más

modestamente, una de las mil formas en que podría expresarse. Y de ahí vienen los problemas, que después cada uno interpreta lo que se le canta y así nos va.

Leibniz

Leibniz allá por los años milseiscientos y pico razonó, concluyó y fundamentó que la base de la realidad no es algo material.

Y como si fuera poco, como oferta de la casa, inventó (independiente y simultáneamente con ¡Newton!) el cálculo infinitesimal, que engloba al integral y el diferencial, entonces revolución en las matemáticas y hoy piedras fundamentales de la ciencia. Inventó el cálculo integral para dar pruebas de una afirmación filosófica: cuando un alumno lo interroga de esta forma “Usted afirma que todo forma parte de un continuo, que las contradicciones son aparentes, que no hay saltos entre diversas realidades... ¿qué nexo gradual hay entre una circunferencia y una línea recta, o entre un punto y una circunferencia?” Y él respondió “¿Qué es una línea recta sino una circunferencia de radio infinito? ¿Y qué es un punto sino una circunferencia de radio infinitamente pequeño?” Y para demostrar que no era sólo un hábil juego de palabras... inventó el cálculo diferencial. Y luego el integral para mostrar como un punto cualquiera tiene un camino potencial inscripto (y no me queda claro qué lugar queda para el famoso libre albedrío).

Después, para construir una máquina de calcular más rápida, inventó el lenguaje matemático binario, el que todavía usan los ordenadores. Hoy, con ellos, pudiendo “matematizar”, se ha integrado al análisis científico un enorme campo hasta ahora despreciado, abandonado en manos de artistas y gente así: las construcciones fractales, que son las que siendo ordenadas incluyen un controlado porcentaje de elementos casuales. Así, dando instrucciones a un ordenador para que dibuje repitiendo tal estructura básica pero dejando un pequeño margen de ella en números al azar, surgirán dibujos ordenados pero con pequeñas variantes que harán imposible que sea uno exactamente igual a otro. Viendo un fragmento de esos dibujos, podemos imaginar el resto... pero nunca exactamente. Por fin la ciencia se digna reconocer lo que siempre afirmaron los artistas y los poetas, auxiliados sólo por Leibniz: que el perfil de una cadena de montañas, de una playa, de un árbol, de todo lo que es natural, tiene un orden muy preciso. Que lo que parecía caos a los ojos de los cartesianos era un orden para una sensibilidad más fina, para un punto de vista más alto. Leibniz había señalado que todo lo que nos parece confusión iremos reconociéndolo, a medida que crezcamos, como un orden. Y si cuesta admitirlo, es por la ceguera que impusieron los que promovieron la filosofía de Kant como verdad absoluta.

Leibniz escribió **“Estoy convencido de que el compuesto básico, indivisible, de la realidad física, no es el átomo pues, por ser material, solo es indivisible hoy por falta de medios técnicos. Llegará el día en que pueda ser dividido, ignoro con qué consecuencias.”**

Al buenazo cascarrabias de Schopenhauer, que fue cualquier cosa menos estúpido, alguien debió avisarle que no se fiara mucho de Kant, pues fue Schopenhauer quien escribió “Si no fuera, como todo el mundo sabe “a priori”, sin necesidad de demostración, que el tiempo y el espacio son independientes entre sí e independientes a su vez de las cosas, toda la magnífica teoría de Kant y la mía, continuidad de aquella, se vendría abajo y tendría razón Leibniz con sus monsergas”.

Y hoy sabemos que es un hecho que una masa afecta al tiempo en el que se mueve, que el tiempo no discurre igual en el enorme Júpiter que en la Tierra, que ni siquiera es homogéneo en un planeta dado pues varía según la distancia al núcleo. Y que es relativo según las velocidades de las masas, y que las masas varían según las velocidades, y que... y que se equivocó don Kant de aquí a Afganistán.

¡Ay! ¡Qué risa!

Leibniz admite las bases de Descartes: Dios y yo-pensante-existente. Pero no admite como límite el geometrismo palpable, medible y pesable. Piensa (en palabras de García Morente) “que hay muchas cosas que no son confusas, sino que le parecen confusas a Descartes: el movimiento, por ejemplo”... (o sea, ojo al parche, que Leibniz reconoce el valor de lo precisado por el generalmente despreciado Heráclito) e, investigando esto, los mecanismos matemáticos del movimiento, descubre la fórmula de la energía cinética (masa por su velocidad al cuadrado... con otros parámetros, igual a la

fórmula base de la teoría de la relatividad). Y afirma que la materia es energía concentrada, energía sin masa pero real, no como un fenómeno psicológico... lo que hoy confirma la cuántica.

A las unidades ahora sí indivisibles de energía sin masa (¿a lo que hoy llamamos “Cuantos de energía”? ¿las cuerdas de la teoría M?) les da el nombre de “mónadas” e infiere sus características. No hay una mónada igual a otra, como no hay un trébol o un grano de arena iguales. Tienen una jerarquía de posibilidades ya preestablecidas como el caso de los puntos que tienen su próximo recorrido ya definido (hoy también diríamos “cada una con su potencial genético”) con billones de trillones de gradaciones de consciencia diferentes, desde la cero de una piedra hasta la absoluta de Dios y es una jerarquía que les permite actuar incidiendo unas en otras armónicamente, en una armonía dinámica, interactiva, en el que el todo influye sobre las partes y viceversa... tiempo y espacio incluidos; donde no hay opuestos sino necesarias diversas configuraciones del mismo coherente principio.

Lo que vemos como desordenado, como no-armónico, es un fallo de nuestra percepción abrumada por la variedad, por la necesaria riqueza con que se expresa el continuo heraclitiano, que puede confundir nuestra razón o nuestros sentidos.

Pero cuanto más sepamos, más ordenado descubriremos que es el Universo y lo que contiene. No hay contradicción entre orden y desorden ni entre bien y mal. El mal es un bien incomprendido por falta de perspectiva. No es que esté mal, como en el ejemplo del revés del tapiz, sino que lo vemos mal por ignorar las buenas consecuencias que se derivarán de lo que creemos mal. Así, en un ejemplo del leibnicense Saint Exupery (en “Ciudadela”), una semilla puede llorar al sentir que deja de ser, que deja de ser semilla, lo que ella quiere seguir siendo... y rechazando en su ignorancia que se está transformando en necesaria harina o en necesario árbol.

Y el Universo, por incluir materia, incluye límites que pueden percibirse como mal... así, la semilla quejosa ya convertida en árbol puede quejarse por ser un árbol pequeño, cuando querría ser inmenso, ocupar todo el espacio... y no sabe que para eso están los gases y lo sepa o no, le guste o no, lllore o se alegre, es un árbol de tal tamaño, eso es lo que hay y está bien que así sea. Dice Saint Ex que muchos de nosotros somos semillas ridículamente lloronas.

Un personaje de la novela de Eduardo de Mendoza, “El laberinto de las aceitunas”, dice lo que Fichte afirmó con menos gracia (aquello de que la realización pasa por dominar los obstáculos): “Pienso -dice el personaje- que si todos fuéramos pudientes y no tuviéramos que currelar para ganarnos los garbanzos, no habría futbolistas ni toreros ni cupletistas ni putas ni chorizos y la vida sería muy gris y este planeta muy triste plaza.”

Hay por tanto en los límites y por los límites, una cantidad de imperfección, pero es la mínima posible, la mínima encaminada a hacer la mayor cantidad de bien posible. Para Leibniz, este es el mejor universo posible... lo que ni mucho menos significa “perfecto”.

Y que atrás de esa materia, constituyéndola, hay elementos cada vez más tenues, más inmatereales. Schopenhauer se declaraba kantiano... y (con buenos fundamentos) aseguraba que era la voluntad el motor básico de lo vivo... pero resulta que la voluntad es inmaterial. Claro está que esa no materia incide de muchas formas en la materia (Schope daría un salto si se enterara del experimento de Scrodinger). Pero todos los sólidos castillos del mundo (y hasta los de arena, y hasta las gomas de borrar, y los pernos de sujeción, y los raviolos... y todo) fueron primero una inmaterial idea rondando por la inmaterial mente de alguien... Mente inmaterial que necesita aquí un material cerebro para vincularse a lo material. Un músico tiene una inmaterial inspiración, las notas resuenan nítidas en su cabeza y, si quiere que otra persona la oiga, si quiere que dentro de las orejas de otra persona repiquen sus materiales huesitos del oído, necesitará utilizar un sólido piano. Estoy en el silencio de la madrugada escribiendo en mi casa. Pero si encendiera la radio podría oír, según sintonizara una u otra frecuencia, una gran cantidad de sonidos emitidos por allá lejos, sonidos que están aquí y que ahora no oigo. Y si tuviera una radio de esas de radio aficionado, oiría otras ondas que aquí hay... Pero la radio no es esos sonidos. La radio (como el cerebro) es el necesario material instrumento para que mi material oído perciba las menos materiales ondas... ondas que fueron originadas por la voluntad de comunicar de aquel músico que tuvo una inmaterial inspiración.

Leibniz dedicó libros enteros al subconsciente (que luego patentaría Segismundito Freud) pues precisaba demostrar que la percepción tiene infinitas gradaciones, en apoyo a su teoría de las mónadas, esas unidades de energía (hoy las llamaríamos “Cuantos de energía”, paquetes de energía), esas

entidades invisibles y sin masa... pero que existen e interactúan, dialécticamente, tanto entre ellas como con la realidad física: tanto con la voluntad como con los átomos. Nada de titiriteros ni glándulas pineales. Mónadas todas diferentes entre sí, con todos los grados de capacidad de percepción, voluntad, energía, inteligencia, etc.

Y no caótica sino muy muy ordenadamente, en un orden preestablecido por la Mónada Mayor, Dios, quien en su orden incluyó un controlado porcentaje de casualidad (y hoy sabemos que hasta de “ilogicidad”) destinado a causar ordenada variedad obedeciendo a leyes universales engarzadas fina y gradualmente unas en otras.

Entonces ahora, según estas conclusiones que serán acertadas o no, en todo o en parte, yo qué sé, sí podemos reconocer nuestra semejanza con ese dios leibniciano, extremo de un continuo, El en una punta y mi cuñada en la otra. Somos diferentes como es diferente el perejil de nosotros, como es diferente cada hojita de perejil de otra hojita de perejil, pero tenemos mucho en común, somos en parte semejantes, y no tendría sentido que fuéramos exactamente iguales... y afectamos a nuestro semejante perejil al cortarlo fino, y nos afecta al darle gusto a los mejillones... Y somos afectados por esas Mónadas Mayores con semejanzas respecto a nosotros y al perejil, y las afectamos (el perejil y nosotros) a Ellas (y Ellas sabrán cómo). Incidimos mutuamente unos en otros.... Y claro está que si somos capaces de incidir en ellas y aun en la mayor, en Ella, pues... hasta la Mónada Mayor cambia, no es parmenídica sino heraclitiana como nosotros, como el Universo. Nada de un dios inmutable, hecho de una vez para siempre, sino un dios que es capaz de aprender, de mejorar, de ser más consciente aun. Y ojito, que estos últimos renglones son una inferencia mía, que no lo escribió así Leibniz.

Lentamente en los años 90 del siglo XX, acelerando con fuerza ahora, se esta desarrollando la “**Teoría M**” o Teoría de las Cuerdas (es gracioso: nadie sabe qué significa esa “M”, de dónde salió tal nombre; algunos, medio en broma medio en serio, piensan que significa “Magia”). La cosa es así, por lo poco que sé: Newton descubre fundamentos esenciales de la fuerza de gravedad. Siglos después, Einstein indica que esa fuerza no es un hecho aislado, sino que es la relación lógica con la curvatura del espacio tiempo que produce una masa: el espacio tiempo es, en un ejemplo, una superficie elástica, como si fuera una extensa goma; un objeto apoyado en ella, la hunde un poco, más cuanto más pesado sea: Y los objetos menores que rueden sobre esa goma, seguirán el camino que ese hundimiento determine. O sea: que la fuerza de gravedad y el espacio-tiempo se han unificado conceptualmente. También se han unido los conceptos originalmente separados de magnetismo y electricidad, que hoy llamamos más apropiadamente fuerzas electromagnéticas.

La ciencia física va confirmando, a pesar de la reticencia de los muchos kantianos, que las mil variantes de la realidad se van demostrando como la expresión de un único fecundo pensamiento, simple y elegante, bello y armonioso; que lo que aparenta ser casual y caótico se va demostrando razonable, que, tal como vaticinara Leibniz, las verdades de hecho van demostrándose como de razón.

Pero desde hace más de cincuenta años hay algo que se resiste (o se resistía) a tal proceso de armonización: los hechos de la teoría de la relatividad y los hechos de la cuántica: la enorme diferencia del modo ordenado y predecible en el que discurren los astros totalmente opuesto al modo ¿caótico? con que se comportan las partículas subatómicas con las que ellos están compuestos. Einstein al principio se negó a admitir que hubiera algo cierto en lo que los físicos de lo subatómico le mostraban: “Dios no juega a los dados”, dijo. Una vez que se convenció que sí, aceptó tal cosa como un desafío, y se propuso

demostrar que había una racionalidad en aquello que parecía caos, que existía un nexo armonizador entre esos dos mundos al parecer con dos lenguajes diferentes. Y que ese nexo debía ser posible expresarlo con unas pocas ecuaciones simples y bellas, elegantes, como toda expresión matemática que representa algo que es real.

Pero murió sin conseguirlo. Y decenios después aparece esta Teoría M que sí lo hace: unas ecuaciones con esos requisitos que describen este universo de múltiples cosas y tiempo como la ordenada y armoniosa consecuencia del vibrar de sutiles, casi fantasmales, cuerdas de energía, con diferentes grados de energía. Del mismo modo que la cuerda de un violín puede producir múltiples sonidos, y las de un contrabajo otros. Estas móviles cuerdas indetectables por lo ¿inmaterial? de su ser, desarrollan en ocasiones superficies, membranas (y, por ejemplo, sugieren que el contacto entre dos inmensas membranas de supercuerdas produjo el Big Bang). ¿Qué pruebas hay de que esta teoría se ajuste a la realidad, considerando que no hay forma de ver, tocar o medir una cuerda de estas? Ninguna... salvo la belleza, la elegancia de las ecuaciones. Y cómo de ellas surge una explicación de armonía para lo que parecía enfrentado.

Los kantianos están que chinchán, viendo perder sus terrosos y apolillados bastiones, y juran que esto no es ciencia, que si no se puede medir, tocar, pesar, estamos hablando de algo que no existe, que no es física sino filosofía con apoyo matemático. Para peor, la teoría M describe la existencia de un universo con ¡once dimensiones! Que si hace unos años alguien postulara una cuarta o quinta dimensión ya sería tildado de loco o cienciaficcioneiro y ahora hay cada vez más científicos que hablan de tal cosa como si tal cosa. Y tal vez dentro de mil años, vaya uno a saber, surjan en la mente de algún individuo ecuaciones para curiosear cual es aún más inmaterial leibniciano fundamento-base de las cuerdas.

Por hablar sin pruebas, salvo la discutible racionalidad, tengo una alternativa de explicación para esa misteriosa “M”: “M” de “Mónada”.

De modo que, resumiendo, Parménides y su influenciado Platón hablaban de dos... yo qué sé cómo llamarlos... dos...dos planos de existencia, por decir algo: uno magnífico, real, allá lejos, lejísimo, y otro ilusorio aquí, con la “ilusión” como bisagra según el primero y con la “metaxis”, según Platón. Aristóteles trae lo real aquí, dejando también como real lo del dios ordenador en el Más Allá... sin que yo me entere del nexo. Descartes, un poco lo mismo, influenciado por los tres mencionados, pero limitando el campo de lo real aquí, con la glándula pineal de unión. Kant, en la línea de estos cuatro, achica aun más lo de aquí y abandona en la nada lo de allí, lo del Más Allá. Leibniz reconoce como igualmente válidos el Más Allá y el Aquí... pero no en dos planos con dudosas bisagras sino como un heraclitiano continuo, donde las partes inciden entre sí y afectan al todo y el todo a las partes.

Sí, me inclino respetuosamente ante la portentosa inteligencia y filosofía de Leibniz, mi intuición me dice que algo así como él plantea podría ser este universo, que esa es la mejor explicación para el mal, para el dolor... peero...

Pero las cuentas leibnicianas no me terminan de cuadrar por mucho cálculo diferencial que utilice: ese “mínimo” dolor, mal, ese mínimo mal inevitable para producir la máxima cantidad de bien... me parece un “mínimo demasiado”. Por mucho que esas mónadas mayores participen de nuestra aristotélica substancia, la enorme, colosal (pero no infinita) diferencia de sabiduría y poder... me hacen difícil aceptar que no hayan encontrado mejor método para impulsar nuestro crecimiento que los grados de dolor que percibimos. El caso es que nadie puede justificadamente acusar a Leibniz de “optimista”, de negarse a ver lo malo y su grado de acción. El no habla de un mundo perfecto ni aquí ni allí, postula “El mejor posible”, eso es todo, y que cada cual vea la botella medio llena o medio vacía.

Pero, en fin, vaya uno a saber.

Schopenhauer

Los profesores de filosofía, como todo el mundo, son bastante lúcidos con respecto al pasado y, muy ayudados por las críticas de los filósofos a sus antecesores, pueden decirnos en qué se equivocó básicamente cada uno de ellos. Y con Heráclito, Leibniz y Schopenhauer pasa algo raro: al primero lo mencionan todos con mucho respeto... para declarar con solemnidad que fue superado por Parménides el Grande... sin que nos enteremos bien porqué, cuando todo nos dice que tenía razón Heráclito. Acerca de Leibniz, más o menos lo mismo: gran respeto, explican lo de las mónadas y todo eso... y parten al siguiente sin decir qué filósofo lo rebatió y cómo. Y a Schopenhauer, pobre, lo tratan como a un filosofete de cuarta categoría sin extenderse mucho en lo que sostenía. Yo no soy ningún erudito como para prestigiarlo con un título, pero sí me doy cuenta de que sus observaciones, sino su filosofía como algo integral, son muy agudas y difíciles de rebatir... y hablan directamente de algo que nos importa mucho: el dolor. Además, escribe de una forma que podemos entender hasta los bobos como yo (mientras no se ponga a transcribir citas en griego o arameo que los traductores a su vez transcriben tal cual).

Era un viejo (nació viejo, creo) solterón y cascarrabias, inteligente y también valiente y honesto. Vivía bien: de rentas o algo así, pero su visión del mundo era terrible. Cada cual ve lo que nació sabiendo y poco más. El mundo de los felices es distinto del de los infelices. Sólo veía horror, vacío, caos y desesperación en el universo... pero como todo el mundo, encontraba argumentos lógicos para justificar su visión. Todos podemos decidir si vemos la botella medio vacía o medio llena. Pero es un lúcido cascarrabias, no un amargado. Escribe sobre el mal como una gacela escribiría sobre los leones un tratado destinado no a contagiar miedo, dolor, sino para dominarlo en lo posible con el conocimiento... con la consciencia.

Para él, eso de “el mejor de los mundos posible”, “el mínimo de dolor para conseguir el máximo de bien” eran unas patochadas. Afirmaba que lo que existe es el mal, el dolor, el horror. Y que lo que llamamos “bien” es una tregua o un horror menor que el usual al que nos hemos habituado. Que el mal puede existir sin el bien pero no el bien sin el mal. Hay una viñeta de Forges en la que vemos a dos prisioneros en una mazmorra, colgados de los pulgares y desnudos. Por sus largas barbas blancas suponemos que están así desde hace años. Con los dedos de un pie y mucho esfuerzo, uno le rasca la espalda a otro que está diciendo “Un poco más arriba... a la izquierda... ¡ahí, ahí! ¡Ah... ésto es el Paraíso!” Schopenhauer puro. Que podemos comer distraídos y aun alegres, pero que quien ha muerto para servirnos de alimento (así sea un perezoso) ha participado del máximo horror. Que ningún dios de amor puede ser causante de la felonía que es el universo poblado de espantoso silencio y de inútil materia muerta a la deriva o recorriendo por eones el mismo obligado camino, cuando no está poblado de pobres seres vivos condenados a comerse unos a otros. Que la bella amapola, el poderoso rinoceronte, el arrogante ser humano, el esplendor del sol y el colosal universo tienen un común denominador: serán polvo, alimento de la entropía, absoluto olvido, pavoroso silencio,... nada. Que la nada es lo esencial. Y da mil minuciosas precisas observaciones... Joder con el viejo. Sus tesis son la antítesis de las de Leibniz... y podría aferrarme como a un clavo ardiendo a su adhesión a los errores kantianos para rebatirlo leibnicianamente, demostrarle que la base de su teoría se cae, pues la voluntad no es medible ni pesable, que el tiempo y el espacio no son elementos separados sino que forman parte del continuo... pero no me interesa ganar una discusión intelectual, ni sentirme en posesión de una verdad absoluta, sino

entender un poco mejor el universo en que vivo... y no sé dónde se equivoca en lo esencial... si es que se equivoca.

Eso que decía Hegel, lo de que habiendo dos tesis enfrentadas con igual fuerza probatoria, debe tenderse a una síntesis.

Y no soy capaz.

Claro que tampoco es dramático no serlo. Eso de que se puede vivir sin una verdad absoluta, ya saben. Pero hoy tenemos muchos más datos verificados como para darle una vuelta de tuerca a las observaciones del viejo. Su afirmación muy fundada sobre que es la voluntad inconsciente (“Sobre la voluntad en la naturaleza”) el motor de todo lo vivo no ha sido, que yo sepa, ni continuada ni rebatida.

Sigmundito Freud, otro que bien baila

No se puede hablar de sexo sin mencionar al que patentó su condición de “liberador”, el kantiano don Freud.

Parece que va contra los enanos eternos, que llama a las cosas por su nombre, que su propósito es aumentar la consciencia... pero en realidad va en auxilio de todos esos enanos con nuevos retorcidos argumentos: siempre, siempre pero siempre que habla de sexo lo hará asociándolo con lo peor que pueda imaginar el enfermo mas enfermo. Siempre asocia sexo con algo que nos repugna.

Nunca jamás lo asocia con una normal alegría, con un placer vitalmente positivo, como es muchísimas veces: algo sano, alegre y fresco. Para convencernos de que es algo asqueroso fuerza los razonamientos lógicos hasta la pura demencia. Con su basura, los eternos enanos eclesiásticos tienen ahora argumentos “científicos” para convencernos de que el sexo con alegría, fuera de su objetivo de procrear, es obra de Satanás.... pero el caso es que el clítoris es un órgano exclusivamente creado (por la naturaleza, por Dios, por Vishnú, por quien usted crea) para el placer sexual. Y no es un órgano así chiquito: lo que vemos (lo que tocamos, mejor dicho) es la punta del iceberg, pues continúa interiormente con un tamaño similar a los útiles testículos del hombre. Y si lo que sea que lo haya creado hubiera pretendido que ese placer fuera exclusivamente en función de la procreación, con un “simple” juego de hormonas se activaría únicamente en los días en que la mujer es fértil... y se las hubiera ingeniado para que los deditos no hicieran efecto. Y para que dejara de funcionar, cumplida ya la útil función de incentivar a la procreación, tras la menopausia. La importancia del clítoris, su función de dar placer haya o no posibilidad de procreación, es la prueba muy pero que muy palpable de que la naturaleza (o lo que sea...) alienta el placer en sí mismo, se ponga Freud y los religiosos como se pongan. Hay países en que se extirpa ese clítoris... y países donde se intenta que no se use, donde se intenta asociar la cosa del sexo fuera de su objetivo de procrear como algo sucio, perverso, Y Freud colabora con esta antinatural obra.

El clítoris no es algo imprescindible en la lucha por la supervivencia. Es un regalo, como es un regalo el superfluo canto de un jilguero, que bien podría arreglárselas con un graznido de cuervo. Hay flores negras... y así podrían ser todas, tranquilamente, y cumplir su función eficazmente. El despliegue de colores y matices de las flores es algo superfluo, como debe ser un buen regalo. Esas cosas no cumplen ninguna función esencial... salvo aquello, otra vez, “No solo de pan vive el hombre”. Y no solo de semillas y gusanos viven los pájaros. Y no solo de tierra y lluvia viven las plantas, y... Y está claro, para quien quiera verlo, obvio, que estos billones de elementos de placer, estos billones de regalos, dicen algo en favor de Quienquiera que los haya creado, pues podría haberse ahorrado el esfuerzo y dejar en la naturaleza solo lo práctico... y el horror que detallaba Schopenhauer.

Pero ese placer querido por Quienquiera y por ejemplo concretado en el clítoris, es un elemento que aleja a la gente del área de quienes pretenden nuestra sumisión, de quienes pretenden vernos doloridos para vendernos su curación (hay un buen libro de Federico Andahazi , “El anatomista”).

Obispos, pastores protestantes, rabinos, ayatholas, Freud... todos unidos contra esa obra, ese propósito de regalar placer creado por el dios en que creen o no. Todos luchando juntos para vernos atormentados... y que así les roguemos, pagando, claro, que nos consuelen.

En Edipo Rey no hay ni una línea, ni una palabra que sugiera que Edipo, ni consciente ni inconscientemente, aspire a follar con su madre. No mira con ojos lúbricos ni a su madre adoptiva ni a mujeres mayores que él. Si por fin se casa con su madre es por una rocambolesca sucesión de acontecimientos, sin que él sospechara en lo más mínimo que Yocasta era eso, su madre. Y cuando se entera no sonrío satisfecho, con la sonrisa del gato que se comió al canario sino que ¡se arranca los ojos! con lo que a mí, por lo menos, me convenció de que la idea del incesto no le causaba un placer especial.

Para entender esta obra al revés de como está claramente escrita hay que tener dentro enanos enfermos, enormes, ser un enfermo enano integral.

¿Cuál es la característica que es el común denominador absoluto entre madres e hijos? La mayor edad de la madre ¿no?

Y en esto del sexo hay un montón de combinaciones usuales: chico-chica, chico-chico, chica-chica, chico-chica-chica, chica-chico-chico, chico-chica-chico, etc. etc. etc... pero puede apostar usted su valioso reloj contra un clavo oxidado que si un amigo divorciado se vuelve a casar... en un 99 por ciento de los casos será **con una mujer más joven que él**. El polo opuesto a lo que resultaría del famoso complejo. Los machos de todas las especies buscan pareja entre hembras en el tope de capacidad reproductiva. Eso es lo natural. Es la única constante absoluta en todo lo que se refiere a sexo. La única. Y va diametralmente en contra de toda la famosa teoría de Freud. Los monos no tienen muchos problemas de represión, ni de raros mandamientos ni de nada: si se les da la gana cascársela ahora, no le dan más vueltas en la cabeza... Y no se los ha visto corriendo detrás de sus santas madres con ojos libidinosos. Que haya más de uno por ahí con un circo muy particular, es una cosa. Que sea, como afirma este enano, lo más usual desear follarse a la madre... va contra la evidencia. Por mucho que se retuerzan argumentos.

¿Dije “la única”? Tal vez haya otra constante: nunca oí hablar de una muchacha enamorada de un viejo pobre. Y menos si ella, además de joven es guapa. Y si ella es joven, guapa y rica... vamos, vamos. Ni hablar. Imposible. Y esta segunda constante es la versión femenina de la primera.

La naturaleza impone su ley. Está todo preordenado aún con infinita variedad. Ningún animal, sea gato, mono o lombriz, busca (pudiendo elegir) pareja en la generación anterior, madre incluida o no.

Claro que para convencer a muchos contra toda evidencia ¡y cobrando! de que no solo Edipo soñaba con follarse a la madre sino que es el sueño de todos (¿”Cree el ladrón que son todos de su condición”?) hay que tener una gran inteligencia... y si no es tan grande, por lo menos debe ser mayor que la de los convencidos. Yo no digo que además de enano retorcido fuera tonto.

La cocaína según dicen da muchos argumentos brillantes, lógicos y agudos... pero totalmente desconectados de la realidad. No sé. De esto sí que sabía él.

Con una buena raya, Sig es capaz de forzar los argumentos hasta incluir trece veces en una página la palabra “sexo”, hablando...¿de una casa de putas? ¿de una orgía?... No: ¡de un bebé!

El pensamiento de este hombre ha influido en muchos seres humanos... aumentando innecesariamente el dolor en el mundo, creando más dolor del que dicen curar. Transcribo parte de un artículo (crítico) de la revista Conocer de agosto 1987, referente a una por él así influida: “Melanie Klein, especialista en la infancia y a quienes algunos veneran tanto como al propio Freud, hace del siquismo de un bebé el siguiente análisis: ...El sadismo alcanza su punto culminante durante la fase que arranca con el deseo sádico-oral de devorar el seno de la madre o a la propia madre y que termina con el advenimiento del estado anal. Durante este período, el objetivo principal del sujeto es apropiarse de los contenidos del cuerpo de la madre y destruirlos con todas las armas de que dispone el sadismo. Lo que el niño espera encontrar dentro es el pene del padre, excrementos y niños, elementos todos ellos asimilables a sustancias comestibles... los excrementos se transforman en fantasmas, en armas peligrosas; orinar equivale a descuartizar, quemar a ahogar, mientras que las materias fecales son asimiladas a proyectiles.” No sé usted, pero a una persona que piense de esa forma, no la dejaría al cuidado de mis hijos ni cinco minutos, la puta que la parió, que bestia, no me lo puedo creer. Esa es la influencia de Freud en estado puro, a esto me refiero.

Y quien quiera creerle a esta gente verá el tema con los mismos, con exactamente los mismos ojos que el más recalcitrante integrista religioso: como algo intrínsecamente, absolutamente perverso.

Exactamente igual que las jerarquías religiosas, crea el mayor sentimiento de culpa posible, el mayor dolor emocional posible... para aumentar su propia vanidad, su soberbia, su ansia de poder, de fama, de dinero, de manipulación. Exactamente igual que los envidiados competidores religiosos, Freud y sus sacristanes se otorgan el poder de curar el dolor que exaltan, exactamente igual que ellos, exigen un sacrificio... monetario.

Sig y sus discípulos no le cobran hasta a sus hijos por su perdón-curación por interés en el dinero ajeno ¡no! ¿Cómo se les ocurre? Ellos les cobran hasta a los hijos de puro buenos profesionales que son, pues han patentado el asombroso descubrimiento de que ese sacrificio que es pagar, es la prueba palpable (y tan palpable) de que el cliente colabora con la curación-perdón, de que está verdaderamente arrepentido de sus pecados.

(Las iglesias y los de Sig no hablan de “clientes” que queda feo sino que eufemísticamente se refieren a ellos como “fieles” y “pacientes”.) Las disputas entre ambos es por la clientela. Las iglesias tienen a su favor que el confesionario es mucho más barato, salvo que usted insista en dejarles su herencia. Los de Sig tienen a su favor que el diván es más cómodo y elegante. Ya se sabe, la comodidad hay que pagarla.

Ese argumento de que el cliente debe pagar aunque sea el mejor amigo ¡y cuanto más pague mejor para él! pues es condición indispensable, imprescindible para la curación es verdaderamente brillante. Hay que inclinarse ante su autor, don Sig. Ahí mostró su genialidad. Ni la penicilina dio tanta guita, parné, mosca, money, como ese invento-argumento.

Lástima que los de Alcohólicos Anónimos demostraron que es una gigantesca mentira.

Demostraron que es posible curar gratis nada menos que el alcoholismo, demostraron que era una mentira destinada a ganar dinero fácil que fuera verdad universal aquello de “Si es gratis, es porque no vale nada”.

¿Se imaginan un borracho pobre en la sala de espera de uno de los de Sig? ¡Qué horror! ¡Sáquenlo de ahí sin que arme escándalo! ¿No sabe ese desgraciado que es imposible que lo curemos gratis? Y pagando lo más probable es que muera antes de cirrosis, pues si para curar tonterías tardamos años... imagínese con un problema de verdad.

Los de Sig curan a la gente que si se emborracha por lo menos no es con vino barato, a los que se expresan “como la gente”, que tienen dinero, tiempo libre... a los que no tengan muchos problemas, en suma.

Y como “El tiempo cura todas las heridas”, si en cinco o seis años no se cura, pues paciencia: será un caso crónico... mientras pague, claro.

Otro genial invento fue esa jerga pseudo profesional, pseudo científica que manejan con soltura los principales de la secta, jerga que intentan aprender los clientes, los iniciados, y que balbucean torpemente los profanos, los potenciales clientes que las aprenden en los medios de divulgación “científica”.

Un libro que amplía muchísimo lo que estoy afirmando: “La falacia de Freud”, de Martín Gross, editorial Sudamericana. Una vez se lo comenté a uno de los de Sig y me respondió con una sonrisa condescendiente “Hay muchos como ese”. Igual que las jerarquías religiosas, saben que ni cien libros contra ellos con fundados argumentos los obligarán a arar o hilar.

Siempre habrá clientes para triciclos de dos ruedas.

Y tal vez esté bien que así sea.

Y lo gracioso es que algunos de ellos están convencidos de que trabajan, de que las horas, los esfuerzos que dedican a contagiar dolor son un trabajo que justifica sus honorarios.

Años después de escribir todo lo anterior, leo en El País del 2 de febrero de 2002 la crítica (escrita por Isidoro Reguera) de un libro sobre el asunto: “Freud, el genio y sus sombras”, Louis Breger, editorial Vergara. No tengo ganas de comprar el libro, de modo que me limitaré a transcribir a modo de reseña algunos párrafos del artículo que me parecen pertinentes: dice que Breger, como otros, señala “la por demás evidente autocracia y despotismo de Freud; su auténtica vocación, que fue sobre todo la de hacerse famoso; su búsqueda de una teoría excepcional, con el fin primordial de conseguir la gloria, y su dedicación a este empeño por encima de familia, amigos, pacientes y honradez científica cuando hizo

falta. (...)Freud tuvo gentes concretas que pidieron su ayuda: en su afán de que las cosas encajaran teóricamente, abusó de de la precariedad síquica de sus pacientes, exageró su mejoría, despreció ideas y métodos de de maestros, discípulos y amigos... (...) ¿Causas de todo ello? La tesis fundamental de Breger, sicoanalítica también, es que detrás de la vida y de la obra del gran Freud señorea la sombra de su oscura infancia... hacinamiento, pérdidas... el deseo sexual que le inspiraba su madre y el temor a su padre por tal causa... había que salir del agujero de la insignificancia, en compensación, hasta lo más alto de la fama. Costara lo que costara. (...) Las ideas básicas del sicoanálisis (edipo, castración, envidia del pene, sexualidad, represión, etc.), consideradas al modelo de la ciencia decimonónica como verdades universales y únicas, serían **invenciones** surgidas de la necesidad de Freud de racionalizar sus miserias y de sublimar heroicamente los puntos débiles de su personalidad”.

O sea: aquello de “Cree el ladrón que todos son de su condición”.

Vaya, vaya con esa ciencia... Bueno: cada cual se divierte como puede.

Y ya veremos cómo, con qué, se divertía Sig.

El bonito jarrón de flores

Nos cuenta Sig como recibe a una cliente que le agradece por haberla curado de sus pesadilla, como por fin ha tenido un sueño bonito del que ha despertado plena de paz: soñó con un simple jarrón de bonitas flores que estaba sobre una mesa con mantel.

Estupefacto, a duras penas consigue Sig contener su ira ¡¿Cómo se atreve una profana, una persona común, a autodiagnosticarse?! ¡Y nada menos que para darse de alta! ¿Adónde iríamos a parar los profesionales, los científicos, si todos los profanos hicieran lo mismo? ¿De qué comeríamos? Ya se encargará él, el único poseedor de la verdad científica, de enseñarle quién manda aquí: **“Pude demostrarle lo lejos que estaba de su curación, que el ramo de flores era el pene de su padre, el jarrón su vagina, la mesa la cama y el mantel la sábana de la cama de sus padres.”**

Es imposible para cualquier ser humano medianamente cuerdo y aún para la mayoría de los dementes ver algo tan repugnante en algo tan inocente, tan remoto y bonito como un simple ramo de flores. Puedo imaginar la torva, siniestra, sonrisa (contenida, “reprimida”) de Freud al escribir inflado de vanidad como un Zepelín, su cocainonímico diagnóstico. Y es fácil imaginar el tremendo dolor emocional que le provocó a esa pobre mujer. Y las nuevas espantosas pesadillas que ese enano le contagió. Podemos estar seguros de que Sig mantuvo su poder sobre esa infeliz durante años.

Cobrando todos los meses.

Las asquerosas matemáticas

¿Quién es capaz de ver alusiones sexuales en algo tan remoto como unos postulados matemáticos? Aunque hay que reconocer que algo asquerosos, bien mirados, sí que hay algunos: “Dos cuerpos chocan el uno contra el otro a una velocidad de...” o “En un cilindro dado inscribese un cono...” ¿Quién? ¿Quién descubrió que hay perversas, enfermas asociaciones sexuales en esto?

Usted tiene datos sólidos para suponer que el enfermo que sacó esas conclusiones fue Freud. Si lo hubiera descubierto él, hubiera ido corriendo a su camello y luego escrito un libro que hoy sería luz del mundo y oprobio de los matemáticos. Pero no fue él. Fue un pobre cliente que cayó en sus manos. Y él, Sigmund Freud, el que veía penes en ramos de flores, llaves, armas, trenes, lápices, cucharitas, bombones de anís, postes de teléfono, buitres, bujías de automóvil, zanahorias, apio y perejil... él, que era raro que no viera un pene volando mirara donde fuese, él, que vivía el sueño de la loca más desmelenada, Rey Midas que convertía en pene lo que miraba... afirma sin ningún rubor que eso de ver alusiones sexuales en “algo tan remoto es prueba clara de la gravedad de su enfermedad” (... ?? !)

Toma ya.

Señores: si esto no es ver el pene en ojo ajeno, no sé qué otra cosa puede ser.

Profanos

Tengo aquí su “Psicoanálisis del arte”.

Empieza el libro. Renglón quinto: “profanos”... eso es lo que somos para él y los suyos. Igual que somos “gente común, dormidos” para esos magos que se envanecen por dominar cuatro trucos.

“Profano” es un adjetivo despectivo, señala a quien no pertenece a lo sagrado, a quien no tiene autoridad para decir algo por puro ignorante. Esto es lo que somos para ellos, ignorantes irrespetuosos

Y por eso, porque somos profanos, nos equivocamos “tanto en la investigación psicoterapéutica” (¡Toma palabro, Pepe!).

O sea: todo lo que digo yo no vale porque soy profano. Mi oficio es el de pintor, artista. Y según él, no puedo hablar con autoridad del suyo. Pero él, ellos, sí pueden hablar “científicamente” del mío. Todos los órdenes y circunstancias de la vida les son propios. Pueden hablar científicamente de un accidente, del color de mis medias, de una obra de arte... nada les es ajeno. Ellos saben más que el profano perito de la compañía de seguros, que el juez profano, que el profano dueño de la fábrica de medias, que el profano artista. De todo reclaman la última palabra... aunque no haya dos que coincidan.

Y si alguien habla de ellos, reprimen una sonrisa de superioridad ante nuestra ignorancia de profanos, ante nuestra falta de respeto a su sagrada ciencia psiconosequé.

¿Qué otra profesión tacha despectivamente de “profanos” a quienes no pertenecen a ella? ¿la de los zapateros? ¿los arquitectos? Claro que no: “la de los religiosos” es la respuesta correcta, premio para el caballero.

Sí señor. Sig y los suyos se presentan como los modernos sacerdotes... utilizando los antiguos efectivos métodos: sembrar dolor, confusión... para medrar en el río revuelto. Ensuciar todo lo que huele a alegría, ensuciar y luego cobrar por limpiar un poco, no mucho, lo menos posible pues viven de la suciedad que potencian. Rebajar kantianamente todo lo que huele a belleza, misterio. El amor es un simple instinto basado en medibles productos químicos, con utilidad práctica, seria, racional, en la lucha por la vida. Lo suyo, el viejo truco de muchas religiones, es crear el mayor sentimiento de culpa posible para después pasar su tarjeta de visita. Alguien que se siente culpable, es materia dócil de quien lo librará de tal circunstancia. Los clientes, por su dinero, verán el producto ofrecido después de unos años... o en la otra vida. Maravilloso negocio.

Leonardo

En el mismo libro intenta ensuciar lo más posible a Leonardo da Vinci.

Sig nos demostrará que el único genio de la humanidad es él mismo. Que si los profanos creemos que fue una maravilla de ser humano Leonardo es por nuestra ignorancia. Pero no debemos preocuparnos: para sacarnos de nuestra imbecilidad ha nacido el gran Sigmundito. Inclinémonos respetuosamente ante su impresionante sabiduría y luego pasemos por caja. Rindámosle tributo en efectivo, gracias.

(Tengo que confesar una cosa... me da un poco de vergüenza pero bueno... intento disimularlo, que nadie se dé cuenta, pero la verdad, la verdad, es que Sig no me cae del todo bien... no sé... será por algún trauma infantil, algo que me pasó, vaya uno a saber... ya sacaré un crédito para psicoanalizarme. Que me esperen en la consulta. Mientras tanto, en un esfuerzo por ser objetivo, reconoceré como un caballero lo que de bueno tenía Freud: dicen que, por lo menos una vez a la semana, se lavaba bien atrás de las orejas.)

Va la demostración científica de que Leonardo fue un saco de mierda:

empieza constatando que era un ser maravilloso, no sólo intelectual y artísticamente sino “en belleza y fuerza física, encantador en su trato, elocuente, alegre y afable...” y así por el estilo sigue reconociendo lo que sabemos de Leonardo.

Un hueso duro de roer. ¿Por dónde meterle el diente a un hombre así? ¿Cómo demostrar que un hombre con esas cualidades y que tales prodigios realizó (entre otros muchos: fue el primero en afirmar

que América era un continente no conocido antes por los europeos) fue en realidad un asqueroso indigno de lamerle los zapatos?

Arranca su ataque con maniobras de distracción, pequeños sabotajes... así como quien no quiere la cosa, sin especificar mucho porqué, lo tacha de indiferente e inconstante en la página diez. En la doce lo absuelve totalmente de esos delitos... y en la trece, sin aportar nuevos datos, da por probadas las acusaciones de la diez.

Luego recoge un testimonio de la época: “No probaba la carne porque creía que era injusto despojar de la vida a los animales”. ¿Qué deduce de esto? ¡Que era un sádico reprimido! De este modo, para Sig la humanidad se divide en tres: los “malos”, que son sádicos... los “buenos”... que son sádicos reprimidos... y él mismo, que es un caso aparte.

¿Llega usted temprano a la consulta con su siconosequé? Es usted un ansioso. ¿Puntual? Un maniático compulsivo. ¿Tarde? Se resiste al análisis. Hagamos o dejemos de hacer lo que sea, todos los seres humanos estamos enfermos, todos necesitamos pagar a estos gurús.

Otro testimonio que cita: “Uno de los mayores placeres de Leonardo era dar libertad a los pajaritos que compraba en el mercado”... A ver, usted, saque una conclusión negativa de esta actitud...

Conclusión científica: “Esta femenina delicadeza...”

En la página quince (atenti que es importante) admite plenamente, sin reservas, adhiriéndose al testimonio unánime de la época que Leonardo **era casto**. “Nos parece (Sigmundito también habla en plural mayestático, como el Papa. No quiere ser menos, quién se habrá creído el Papa ese.) lo más verosímil que las cariñosas relaciones con los jóvenes **no llegaron JAMÁS a tener un carácter sexual**”. (Obviamente, los subrayados son míos).

Buitres hermafroditas.

Siguen varias páginas disparatadas y por fin llega al meollo, al busilis, al nudo de la cuestión, al queso, al lugar donde encajará por fin su diente podrido y no soltará hasta ver sangre, hasta ver aniquilado a Leonardo por los siglos de los siglos. Llega por fin a dónde quería, a donde se demostrará que en el mundo sólo hay lugar para un genio que es él mismo: al relato escrito en cuatro líneas por Leonardo en el que recuerda que siendo muy pequeño un “buitre” (Leonardo escribió “Nibbio”) le dio varios golpes en la boca con la plumas de la cola... ¡Para qué! ¡Para qué lo habrá escrito! Y menos mal que no agregó que se pasó la tarde chupando una pluma.

Estás frito, pajarito. Ríndete, Leo. Estás reventado, muerto, cocinado. Si con un ramo de flores el Gran Perspicaz fue capaz de destrozar a una persona, imagínate lo que puede hacer con un buitre hermafrodita.

A partir de esas tres o cuatro líneas de Leonardo y asociando “buitre” con los dioses buitres del antiguo Egipto, hermafroditas ellos y sin aclararnos como pudo Leonardo conocer estos datos cuando aún no había nacido Champollion, cuando aún no habían sido traducidos los jeroglíficos egipcios, el tira-mierda Freud “comprueba inequívocamente” (frase que no se cansa de repetir... sospecho que la tiene en un sello) que esa “es la fantasía inequívocamente confesada por Leonardo a tomar el miembro en la boca y chuparlo”.

Ya está. Listo. Cocinado Leonardo. No sólo era un mariconazo, con lo malo que eso es, sino que además era un mariconazo reprimido.

Lo peor que hay.

Un buitre hermafrodita fue su perdición. Que pase el siguiente.

Como la madre, genio hay uno sólo.

La conclusión implícita es muy clara: si el maravilloso Leonardo, pintor genial, asombroso inventor; bello, alto y fuerte como un semidiós, afable, alegre, sencillo, casto, bondadoso, respetuoso, orgullo y cumbre de la humanidad fue un mierda... ¿qué somos nosotros? ¡Salvo quien comprobó esto “inequívocamente”, claro!

El Gran Sigmundito fue quien descubrió que son inequívocas representaciones sexuales los aviones, las flores (“¿Qué son sino los órganos genitales de las plantas?” ¡Que gran poeta pudo ser!) y el caño de la bicicleta y el asiento y el inflador... vamos, que veía una bicicleta y salía corriendo dando grititos y tirándose de las mechas. Pero no admite que es el único que tiene esa visión deforme de la realidad. Afirma ser el único que la ve tal cual es. Y que nosotros la vemos tal cual es pero “a nivel subconsciente” y no somos capaces, como él, de reconocerlo. Si le digo que ni hablar, que hasta que él lo dijo jamás vería algo sexual en algo tan remoto como un avión o un ramo de flores, reprimirá una sonrisa por mi ignorancia de profano, por mi desconocimiento de mi propio subconsciente, del que sabe más él que yo. Y agregaré que mi actitud ya la tiene catalogada en su manual como “se resiste al análisis” y que no progresaré hasta que admita que él tiene razón. Y si lo mando a la puta que lo parió dirá que ahora es evidente inequívocamente mi gran complejo de Edipo. Y si le pego una patada en el culo gritará rodando por la escalera que mi caso es muy grave, que soy un sádico al que le convendría pasar por su consulta los próximos cinco años... pagando, porque si no pago no progresaré.

En Rusia tenían un nombre para esta historia: “Lavado de cerebro”.

Pataditas al cadáver de Leo.

Habiendo ya demostrado para siempre qué clase de asqueroso teníamos por genio, rebaja el tono y vuelve a su displicencia de las primeras páginas... sí, pintó a Santa Ana como una bella joven, de acuerdo, pero seguro que no fue por el gusto de crear belleza: “No creemos (dice el Papa Sigmundito) que esta explicación pueda satisfacer a nadie”... ¡No cree que alguien pueda hacer algo bello por el gusto de hacerlo! ¡Y no sólo no cree sino que da por supuesto que es imposible que alguien crea tal cosa! ¿Cual es el límite de la demencia, cuánto dolor inútil hay que provocar para que a uno no se lo lleven con un chaleco de fuerza?

Si Leonardo “Creaba ingeniosísimos juguetes mecánicos por puro gusto” según testimonio que recoge, no admite que sea “por puro gusto”, por la alegría de la creación, por alegrar a los demás, por curtición, sino porque “permaneció infantil durante toda su vida y perdía su tiempo en semejantes futilidades”. Nada que hacer, haga lo que haga, será motivado por una mierda, Y si no hace nada, peor. Conque ya lo sabéis, niños ¡Debéis ser serios cual Sig! Nada de perder el tiempo creando juguetes preciosos. Para un adulto hay divertimentos más serios, más útiles.

Divertimentos.

Sigmund Freud, cuando quiere divertimentos, no pierde el tiempo con futilidades infantiles como hace Leonardo. El, como buen científico, como sabio, como culto, como genio serio que es, se esmera en tirar su propia mierda contra los ventiladores.

(Me pregunto si no estaré escribiendo influido por mi enano Envidioso de su sabiduría... en fin, estoy dispuesto a rectificar: juro que si alguien me muestra un párrafo donde Sig hable del sexo en una ocasión sana, fresca, alegre, positiva, sin asociarlo con enfermedades, con algo que nos produzca rechazo... le pediré públicamente perdón. Y en una sencilla pero emotiva ceremonia dejaré un ramo de flores así de grande en su tumba.)

Cuando tiempo después de publicado su “Psicoanálisis del arte” alguien le dijo al mierda-tira-mierda que la traducción al alemán en que leyó el relato de Leonardo no era buena, que Leonardo había escrito “Nibbio”, y que eso quiere decir “Milano”, que de buitres, nada, monada; y que dioses milanos hermafroditas no tenían ni los egipcios ni los comanches ni los hinchas de Boca Junior ¿saben qué respondió? ¿Qué creen ustedes, que pidió perdón?

Claro que no. Muy tranquilo se sorbió los mocos y dijo (lo dijo de verdad, es histórico) “Oh... eso... fue solo un divertimento”.

La verdad, ese amargado, ese adulto que no perdía tiempo con futilidades, no me divirtió nada. Leonardo, el infantil, repetía: “Es bueno hacer reír, si es posible, hasta a los muertos”.

Masoquista

Defina usted lo que entiende por “masoquista”. A ver, escriba aquí sinónimos de masoquista, explíquenos:.....

.... Bueno. A ver si coincide con “la ciencia” del psicoanálisis o cómo se diga ese invento: (en la pág. 125, o.c.) “Masoquista, ésto es, un hombre benigno, bondadoso y auxiliador”.

Tomá. Ahí tenés, salame. Cacho de profano. Esto es ciencia.

Como Nerón, aquel poeta

¡Que gran poeta perdió el mundo!

El liberador de las represiones sexuales, el que se ha auto promocionado como feliz rompe tabúes, el Rabelais contemporáneo, el que nos dicen que nos devolvió la alegría de poder hablar sin falso pudor de un sexo positivo, sin las torturadas connotaciones que durante siglos establecieron las religiones bíblicas, el que nos dicen que va contra esa visión siniestra del sexo, resume (o.c.) un cuento, “Gradiva”, en el que después de mil historias una pareja de enamorados se da el primer beso. En palabras del liberador: (se besan) “...poniendo en práctica la **agresión sexual, obligado deber** del hombre en los juegos del amor”.

Sin comentarios.

Este tema, el de Freud y los suyos, no lo vuelvo a tocar ni con una caña. Un día descubrirán que en mi infancia tuve un avioncito y me harán polvo.

VIII

CASOS PRACTICOS

Visualizar

Nuestra voluntad determina matices (y a veces algo más) de la realidad. En parte y sin garantías, es así. Los productos placebo, los amuletos, los talismanes de los charlatanes de feria, pueden a veces curar tanto como un antibiótico, ayudando a la mente a concentrarse en un objetivo. Diga la ciencia presuntuosa, incapaz de curar un resfrío, lo que diga : un experimento clásico consiste en infringir dos minúsculas heridas a cierto número de personas anotando el tiempo, echando sobre una de ellas unas gotitas de agua asegurando que se trata de un poderoso antibiótico, capaz de ayudar a la mejor y más rápida cicatrización: los resultados son aproximados a un veinte por ciento mejores en este caso. “Simple efecto placebo”, dicen los kantianos

Para relacionarnos con nuestro interior, con el subconsciente que estudió Leibniz y patentó Freud, es conveniente usar palabras muy precisas, como si fuera un poco tonto. Y con el objetivo lo más claro posible. Al rey Midas le pasó lo que le pasó por pedir confusamente la concesión de su deseo. En otra escala, puede pasarnos lo mismo.

Y visualizar, imaginarnos, con la mayor nitidez posible nuestros objetivos es una forma útil, muy útil, de aportar algo a la posibilidad de que se configuren, de que se hagan realidad. También es posible (y conveniente) entrenarse en imaginar nítidamente lo que queremos. Como fotografías o películas proyectadas interiormente. Y aún sin entrenamiento es efectivo. Las imágenes modificarán el subconsciente, el comportamiento, los hábitos, el futuro... la realidad.

Supongamos un caso duro de verdad, no un trastorno, no unos dedos perdidos... supongamos que una familia tiene en el hospital a un miembro de ella gravemente herido. Y que hoy es el cumpleaños de otro miembro.

Ya está hecho todo lo que debía hacerse: se le ha visitado, se ha constatado que los médicos lo atienden convenientemente. Nada más puede hacerse hoy.

Al herido le conviene (lo sepa, lo admita o no) que su familia tenga el mejor buen humor posible, que sufra por él lo menos posible. Si él es una consciente buena persona, no disfrutará sabiendo que todos lloran sin cesar por él. Se sentirá mejor sabiendo que le ofrecen todo su amor y cuidados con la mayor buena voluntad... y la mayor alegría posible. Un cuidado ofrecido desde la ofuscación del dolor emocional sería menos eficaz... y más inútilmente triste.

Propongo a cualquier miembro de esa familia que se auto condicione para tener la fiesta de cumpleaños en paz, sin llantos ni discusiones, con el menor dolor emocional posible, con un truco tan eficaz como divertido: visualizar sus enanos.

Con un bosquejo escrito de lo que hará (por aquello de tener el objetivo lo más claro posible) y relajado, como si estuviera a punto de dormir una siesta, imagine tan claramente como le salga, sin preocuparse por la calidad de las imágenes, que está en una pista de circo vestida de domador. Está en la pista de su circo. Solo. Es el dueño del circo y de los enanos. En la soledad de la pista, saboree la consciencia de ser el (o “la”) que manda. Sabiendo que los enanitos pequeños son útiles. Y que en un circo es una ruina que crezcan.

Dé una orden, seguro de que será cumplida “¡Que se presente inmediatamente el enano Angustioso!”

El enano Angustioso debería ser el enanito Simpático, el que se interesa por el dolor de los demás procurando aliviarlo... pero ha crecido, usted sabe que sin su permiso se ha permitido crecer. Y no es conveniente ni para usted ni para él.

Y aparecerá, de mala gana (pues conoce los pensamientos de usted y no le gustan) intentará dar excusas, jurará que es un enanito positivo... pero no tiene más remedio que obedecer pues la orden ha sido muy clara. Y se pondrá respetuosamente frente a usted. Obsérvelo desapasionadamente, serenamente. Con curiosidad pero sin odio (el odio es ¡otro enano!). Observe su cara tensa y deformada por el dolor, como retuerce sus manos una contra otra, como mira sin ver ennegrecido por su dolor. Observe que sus ropas de enanito ahora le quedan pequeñas. Observe como le caen lágrimas sin parar, como se sorbe los mocos, como procura mantenerse en posición de “firme”conteniendo sus sollozos. Es una figura ridícula, que no sirve para nada. Pregúntese cómo tan poca cosa a sus órdenes ha sido capaz de imponerle a usted, dueño del circo, esas actitudes. Cómo es que ese fante ha conseguido dejarlo sin dormir noches y noches. Ríase de usted mismo por haber sido tan descuidado.

Después de un minuto de observación y reflexión, dele una orden cómica destinada a desconcertarlo: “Enano Angustioso, estás muy triste hoy... yo te alegraré: cuando diga tres, darás una voltereta en el aire... uno... dos... ¡tres!” Y verá a Angustioso, con más lágrimas que nunca por la falta de respeto, dando una desmañada ridícula voltereta... y al caer constate usted que ya es más pequeño... y menos llorón. Déjelo en posición de “firmes” y ordene que aparezca el segundo, según su plan de trabajo bosquejado previamente.

Al final, estarán los que usted quiera firmes, ridículamente firmes, en la pista esperando sus órdenes. El de la ira que barniza momias, ese que se alimenta con las discusiones; el que retuerce argumentos y recuerdos, con su carota de ceño fruncido. El de la inútil preocupación, agarrándose la cabeza por si se cae la carpa del circo. El Culpable, con más cara de bobo que los demás. Si tiene usted tendencia a “sacrificarse”, a suspirar por los sacrificios que hace y que piensa que no le agradecen como es debido... convoque al enano Sacrificado, ese con cara de santo suspirante.

Ordéneles que traigan “**el armario**”. A regañadientes obedecerán y traerán un desvencijado armario, con huecos por donde podría salir un pequeño enanito... pero dificultosamente uno mayor. Y ordene “Muy bien, panda de payasos... lo sepan o no, les conviene ser más pequeños. Mientras se lo piensan, los quiero ver ahí dentro ¡Hop!” (obsérvelos obedecer y finalice...) “Hoy es mi cumpleaños... el que quiera achicarse para salir, será bienvenido, está invitado a la fiesta. El que no, que se quede encerrado mientras nos divertimos.”

Contemple unos segundos la escena, sepa lo que está haciendo, sea consciente, parpadee, desperécese, abra los ojos y ya está. Total de la cosa, uno o dos minutos. Y si en la fiesta se descubre a usted mismo discutiendo, en un segundo sabrá que sin su permiso se ha escapado el enano de la ira.. y en el mismo segundo que ha sido descubierto, irá corriendo al armario o se achicará.

No puede usted, ni le conviene ni debe, encerrarlos para siempre en una jaula. Y ni se le ocurra la canallada de matarlos. Son suyos, son usted. En escala bajo control son necesarios y es necesaria su tendencia a crecer, nos guste o no.

Confórmese con pequeños tiempos de paz, de tregua. Ya con la práctica serán períodos más largos y efectivos. El claro objetivo es el menor dolor razonablemente posible. Ningún dolor es imposible... y tal vez nos convenga que así sea, no lo sabemos.

El menor dolor... razonablemente posible.

Actuar, moverse, ser, crecer sin causar algún dolor, a nosotros mismos o a los demás, es imposible. Se trata de asumir eso y con buena voluntad vigilar las fronteras, nada más.

En la India hay unos santones que barren el suelo que pisarán para no pisar insectos, para no causarles dolor. Me caen bien, me parecen unos muchachos excelentes y les deseo larga vida y que se saquen la lotería... pero porque afortunadamente son pocos. Porque si toda la humanidad procediera así (según el ridículo Imperativo Categórico kantiano) ya nos hubieran comido los ratones o algo por el estilo. Por eso digo: razonablemente. Y me parece que no es mucho pedir.

Digo yo.

Si no comemos un kilo de carne, deberemos comer varios kilos de vegetales. Cambiamos el dolor de un ser muy sensible (el animal comido) por el de varios seres (vegetales) menos sensibles. Pero el balance de dolor es poco más o menos igual. Con el agravante de que a los vegetales los mordemos cuando aún están vivos. Una opción sería comer chicles nutritivos con gusto a sardina, a cebolla, etc... pero tendríamos nosotros el dolor de perdernos una buena cena. Y tal vez las fábricas de chicles aumentarían la polución.

Divorciarse por no ahorcarse o no tirar al cónyuge por el balcón también causará dolor. Menos que la cuerda en el cuello, menos que el porrazo contra el pavimento, pero dolor al fin. Alguien llorará, alguien sentirá rencor o tal vez envidia. Si damos una fiesta, lo pasarán bien nuestros amigos... pero algún vecino se quedará sin dormir... por el ruido o por la envidia.

Asumiendo que más de una vez nos equivocaremos por muy buena voluntad que tengamos (hay un enano Maniático Perfeccionista) se trata, digo yo, de que midamos en lo posible el dolor que provocamos procurando que sea el menor posible, que sea más el que ahorramos al mundo que el que agregamos.

Y sabiendo que las fronteras son subjetivas, imprecisas. Que lo que para uno es una acción del lado bueno será del malo para otra persona. Y no se trata de que cada uno intente imponer sus límites a otros ni con la fuerza ni con argumentos discutibles sino que cada uno asuma su responsabilidad.

Responsabilidad

El general vive mejor que el cabo... pero tiene proporcionalmente más responsabilidad. Le guste o no, la asuma o no. Es así, es como una ley física. A más poder, más responsabilidad. A más consciencia, más responsabilidad.

Un inconsciente, un loco, no es responsable del dolor que causa.

Y siendo más conscientes... lo lamento, pero somos más responsables del dolor inútil que generemos. En nosotros o en los demás, tanto da... pues si es en nosotros inevitablemente lo contagiaremos. Y para bien o para mal también somos, proporcionalmente a nuestro nivel de consciencia, responsables del dolor que nos hayamos dejado contagiar. Esto es así no porque lo diga yo sino porque es lógicamente inevitable.

Y usted, por haber leído hasta aquí, tiene como mínimo un mayor entendimiento literario, y seguro que es un poco más consciente. O sea que a partir de este renglón estará de acuerdo conmigo en que es un poco más responsable del dolor que genere. Ya no puede decir como los nazis en Nuremberg o los militares y capellanes de Videla "Yo no sabía que eso estaba mal... yo cumplía órdenes." Usted ahora sabe que puede no cumplir muchas órdenes de enanos, propios o ajenos. Y que le conviene no cumplirlas.

Supongamos que es usted un obispo que de buena fe, bastante convencido de que estaba haciendo lo conveniente, ha dedicado muchos esfuerzos a generar dolor... supongamos que se ha especializado en enseñar a los niños que el horrible infierno les espera si faltan a misa o se la cascan... y que en este momento, después de leer esto, se da cuenta, es consciente de que añadió un estúpido dolor al mundo. Bueno, lo que digo es que si a partir del momento en que es consciente usted insiste con su espantosa prédica... es proporcionalmente más responsable según su nuevo nivel de consciencia.

O tal vez usted sea un señor que ahora se da cuenta, ahora es más consciente, de que todas las discusiones con que le amarga la vida a su mujer están basadas en su propia pereza, en su poca voluntad para hacer un esfuerzo por cambiar... ahora sabe que su pereza ofusca la chispa de intuición que le dice que no es verdad que todo está bien...

sabe ahora que sufre y hace sufrir por creer que es más cómodo seguir sufriendo y haciendo sufrir sin hacer nada por cambiar, que el movimiento hacia la autonomía, como escribe Rachel Pollack en "Laberinto abierto", no es una elección natural, que sucede sin más, sino que nos exige un esfuerzo, un riesgo, un aceptar que se ha fracasado, que es preciso en su caso renunciar a la cómoda y mentirosa presunción de que todo va bien por no admitir que se han desperdiciado años. Puede ser usted más consciente ahora de que su "yo soy así, no puedo cambiar" es un refugiarse cómodamente en la debilidad

tentadora... y siendo más consciente, le guste o no, será ahora más responsable del dolor que con sus discusiones estúpidas le provoca a su mujer.

O tal vez sea usted un juez católico, (incongruente, pues Jesús prohibió pleitear y juzgar, pero en fin... usted sabrá. Seguro que ya encontró excusas lógicas) juez al que hasta ahora, inconscientemente, le pareció correcto tratar como pervertidos a los homosexuales o a los divorciados... y ahora es consciente de que ha añadido al mundo dolor estúpido. Por inconsciente, si es que de verdad lo era, si es que no se esforzó por ahogar su intuición, no es responsable del dolor que causó... hasta ahora. Lo siento, pero dese cuenta de que es inevitable que sea responsable en el futuro si teniéndolo más claro sigue actuando más o menos como antes.

Pero ¡no se angustie con esa mayor responsabilidad! Simplemente, en lo posible, razonablemente, úsela, si le parece bien, para restar dolor y curtir.

Como dice don Antón Pirulero, que cada cual atienda a su juego.

Y cuidado con la paja en el ojo ajeno.

La paja en el ojo ajeno

Cada profesión tiene sus enanos característicos. Ya vimos la cita de Papini con respecto a los artistas, ya dije algo de los malos magos.

Y en los que nos entrenamos en ser más conscientes, en los que tenemos la consciencia como profesión o como hobby, también.

Nuestro enanito Reflexivo Consciente puede crecer y ser El Gran Cuentista, que nos engañe a nosotros y con el que podemos engañar a los demás. El Gran Cuentista encontrará magníficos argumentos lógicos llenos de imágenes de enanos para enloquecer a los demás, para provocar dolor con finas reflexiones. Y puede, como los malos magos, dejar crecer a Manipulador disfrazado de Buen Consejero. (El gran arma - no la única- de manipulador es hacer sentir culpables a los demás. Solamente por ese rasgo, ya podemos distinguirlo... en los demás o en nosotros.) Los “espirituales” corren el riesgo de considerarse privilegiados y despreciar a los demás, con un desprecio a veces teñido de compasión, tipo “Pobres, no irán nunca al Paraíso”. Por eso aconsejaba Lao Tsé huir de ellos. El común denominador de todos estos casos es el desequilibrio (y ya escribí referente a los peligros del equilibrio “perfecto”).

O sea, ojo ojo ojo ojo... ojo es la palabra mágica.

No hay garantías.

El botón de las excusas

Releyendo lo escrito resuena un pensamiento en mi cabezota: “Aquí estoy, escribiendo ésto como un Papa su encíclica... ¿no me impulsará la vanidad, el enano Vanidoso? Tal vez escribo para que otros digan “Oh, que pibe tan inteligente”.

Reviso el pensamiento y concluyo que es un intento de sabotaje de mi enano Falsa Humildad. Porque me consta que lo que escribo puede restar aunque sea una milésima parte del dolor a quien esté viviendo una tragedia. Y un pequeño porcentaje de una cifra grande no es algo despreciable. Por poco dolor que reste, ya será algo positivo. Y estoy curtiendo mientras escribo. Y si hay algo de estúpida vanidad de por medio... muy bien, no pasa nada. Si no hubiera esa pizca mayor o menor de vanidad, pocas obras veríamos. Es hasta positiva, es un aliciente. Bienvenida sea.

Si, a veces mi enanito del Alegre Merecido Orgullo crece y es el Vanidoso, el Fanfeta. Si me doy cuenta (no siempre, claro) si soy consciente, lo mando al armario vigilado por mi demasiado pequeño enanito Humilde... que a veces, pobrecito, intenta crecer aprovechando la oportunidad, pero de eso nada, monada.

Y el objetivo es peronista. Todo en su medida y armoniosamente.

Pero claro está que antes de rechazar una crítica debo ser consciente y reflexionar. Puede haber algo de cierto aún en una malintencionada. Mis enanos, como los de todos, saltan como un resorte ante las críticas encontrando a mayor velocidad que la luz un montón de excusas lógicas. **Criticar a alguien, criticarme, es apretar el botón de las excusas.**

Si alguien me ve muy tranquilo en una situación adversa puede acusarme de conformista, de negativamente pasivo. Y antes de responder que no es así, que bla bla bla, debo tomar las imaginarias pero no por imaginarias menos útiles píldoras de la reflexión, pues puede ser verdad que de tanto entrenarme en la serenidad me haya pasado de rosca. Y aumentar con mi actitud el dolor superfluo.

Si una consciencia no resta dolor, es puro cuento.

Y una buena persona, aún inconsciente, restará más dolor que una no tan buena plena de consciencia.

Porque el objetivo no es la consciencia por ser más consciente sino para ponerla en mayor medida al servicio de ser mejores personas.

Una historia muy gráfica de Tolstoy: “El padre Sergio”. Un oficial del ejército del zar que por su vanidad herida se hace monje ermitaño. Cuarenta años después es un santo vivo, venerado. Hace milagros, ayuna, reza, vence tentaciones, se sacrifica, desarrolla su consciencia, es muy espiritual, medita, etc. Pero en su venerada vejez empieza a soñar con una amiga de su lejana juventud. Intuye que ella tiene una respuesta para una pregunta que ni sabe formular pero que ahí está. Se afeita la larga barba blanca para no ser reconocido, cambia sus ropas y mendigando, tras un largo camino y muchas vicisitudes la encuentra. Ella ahora es una abuela normal. Cuando por fin lo reconoce, intenta arrodillarse pero él la detiene y le pide que le cuente qué ha hecho con su vida. Ella dice que nada del otro mundo, que hace tiempo que ni siquiera va a misa, que se pasa la vida ayudando en la casa, remendando medias de los nietos, regando con amor sus plantas, cuidando de que el yerno borracho no le pegue a la hija y cosas así. Y el padre Sergio se da cuenta, ya casi en las puertas de su muerte, que él ha desperdiciado su vida por su vanidad, por su ambición de ser un santo... y que ha restado al mundo menos dolor que una abuela normal. Se da cuenta de que todos sus esfuerzos, sus sacrificios, su espiritualidad, valen menos que el quehacer de una buena y normal persona que ha dado mucho sin reclamar ni siquiera pagos en el Más Allá. Se da cuenta que pudo, y porque le convenía debió, restar más dolor y curtir más. Aunque sea regando unas plantas con amor.

Antiguos emperadores se hicieron enterrar con fabulosos tesoros... y pronto, creo, se enteraron de que lo único que valía era... lo que habían dado.

El Sacrificado

Hay un enanito útil como todos: el Voluntarioso Responsable, el de la buena disposición para hacer lo que sea preciso. Disfruta haciendo lo que haga falta por los demás. No precisa que le den las gracias pues hacer lo que hace es para él un placer. Acepta las “gracias” como un regalo simpático, como una flor o una sonrisa, algo que nos hace la vida un poco más amable, pero no como pago. A veces, es verdad, es preciso apretar los dientes y hacer un sobreesfuerzo, pero lo hará sin quejas porque sabe que no hay otra opción que hacerlo y que las quejas en nada ayudarán.

Este enanito creciendo será el Sacrificado, el que se hará cargo, sin que nadie se lo exija, de más obligaciones que las que le corresponden y procurará llevarlas a cabo sin placer, sin curtir.

Supongamos que una persona más o menos dueña de su circo trabaja ayudando a los miserables. Por ser dueña de su circo se entiende que lo hace restando dolor y curtiendo. Si debe elegir entre irse de vacaciones en un crucero o seguir haciendo lo que hace, elegirá lo último, pues lo hace con gusto. En un crucero, por lo menos en este momento, sentiría que está perdiendo tiempo. Y cuando decida irse de vacaciones, se irá sin remordimientos para pasarlas tan bien como el mejor.

Y perder tiempo, el tiempo que pasa sin dar fruto, es fuente de dolor. Y ella, esa persona, no nació para sufrir. Entonces ¿dónde está

la “bondad” de esa persona que resta dolor haciendo lo que más le gusta, sin ningún sacrificio? No está muy claro. Lo que es seguro es que resta dolor, que es una persona positiva.

Ahora veamos otra que trabaja a la par que esa, sólo que “con espíritu de sacrificio”, suspirando por sus vacaciones sacrificadas. Una persona con su enanito Bueno crecido más allá del enano Boludo (el del panadero que fía a todo el mundo y después no puede pagar la harina, por ejemplo) aliado con Sacrificado. Sacrificado suspirará pensando (exageraré por ser más gráfico) “Que buena persona soy... ahora podría estar tan a gusto en un crucero... pero no, aquí estoy, sufriendo por ayudar a esta pobre gente que me necesita... y que salvo unos pocos, ni me lo agradecen... pero ya me recompensará el Señor.” Y hará lo que nadie le pidió o no es preciso que haga o lo que no tiene más remedio que hacer con ojos llorosos de autocompasión, salando la comida con la sal indigesta de sus lágrimas y reproches. Y suspirará más sonoramente, para que los demás se den cuenta de que sufre pero aguanta de puro buena... pero también procurando que los demás sufran un poco como sufre ella. Y a la menor oportunidad, inevitablemente, reprochará a los demás lo poco agradecidos que son; procurará contagiar su dolor proclamando los sacrificios hechos, reales o supuestos, arruinando momentos hechos para el disfrute.

Si hay una obligación, esta es hacer las cosas no tan bien como deseamos sino como podemos, con buena voluntad... y con gusto y alegría (aunque a veces haya que apretar los dientes) y no por penosa obligación.

Pero Sacrificado, aunque sea su trabajo anestesiar heridos, aumentará con sus quejas el dolor emocional en el mundo. ¿Es o no una buena persona? No está muy claro. Pero seguro que es negativa.

Otro caso: para los criterios “clásicos” propagados por los enanos de muchos con poder, una puta es mala sólo por serlo. Habrá un margen de un poco hipócrita piedad si lo hace impelida por la necesidad. Pero si lo hace disfrutando con su trabajo, curtiendo, ya no tendrá perdón social: se hablará de infierno, de cárcel, de aislar el mal ejemplo. Hay una buenísima película de Shirley Mac Laine (no sé cómo se escribe) y Jack Lemmon, “Irma la dulce”, en la que se cuenta la historia de una puta dueña de su circo, que resta dolor y curte inclusive su profesión y que deberá ocuparse de achicar los enanos de un señor muy “clásico” repleto de etiquetas “Esto es bueno” “Esto es malo”... que resultan inútiles.

Está dicho que de vez en cuando una puta es una señora que por dinero hace un momento de felicidad en la vida de muchos señores y que una respetable señora es de vez en cuando una que por dinero hace la infelicidad permanente con la vida de un solo señor.

Viendo películas, teatro, leyendo novelas, viendo las noticias por la tele, podemos ver muchos ejemplos que nos harán mas conscientes.

Para que paguemos la entrada, para atraer nuestra atención, los guionistas usualmente plantean casos extremos, donde vemos gente que pudiendo ser feliz se busca la ruina total o se la busca a otros con asesinatos y cosas así. Afortunadamente no es lo más frecuente que se arruine una vida entera con un gran dolor superfluo... lo normal es que muchas veces nos la arruinemos momento a momento.

Aunque... no sé qué es peor.

Antiley

Si hay algo de verdad en aquello eternamente discutible del libre albedrío, está precisamente en que si nos autoconvencemos de que “Hemos nacido para sufrir”... no lo dude: sufriremos.

Cualquiera apostaría a que es capaz de caminar sin caerse y sin pisar fuera de un sendero de diez centímetros de ancho por cien metros de largo... pero si este estrecho camino estuviera elevado unos metros sobre el suelo... todos nos lo pensaríamos antes de apostar, pues sabemos que nuestros enanos gritarán “¡Te vas a caer!” hasta que, si nos descuidamos, nos lo creamos... y nos hagamos moco.

Lo malo del asunto es que si usted, en uso de su probable libre albedrío ha decidido sufrir, tampoco lo dude, hará sufrir a otros. Aunque no logre contagiarme a mí, contagiará con sus quejas y suspiros a amigos míos, a amigos de mis amigos.

Entonces me conviene hacer lo razonablemente posible, curtir intentando que usted sufra un poco menos. Claro que no lo hago porque yo sea bueno. Ni sacrificado. No hay aquí ni bondad ni maldad, ni egoísmo ni generosidad en su acepción “clásica”. Simplemente hago uso de mi libertad eligiendo una actividad restadora de dolor y promotora del curtir. **Una libertad total, una libertad que no se limita a**

sí misma, es una libertad potencial. Es realidad cuando se usa para algo... cuando se auto limita. Usar nuestra voluntad para un fin consciente que no nos impone nadie, ni siquiera los enanos propios. Si hago esto es porque puedo hacerlo curtiendo y creo que debo hacerlo porque me conviene. Algo así como lo contrario de una ley. Como si acatara libremente una antiley:

Puedo y, porque me conviene, debo, restar dolor en lo posible... curtiendo en lo posible.

El plumazo de Kant escribió, como no, su ley... y la llamó de una forma un poco nazi “Imperativo Categórico” ¡qué bárbaro! ¿Se imaginan a toda la humanidad marcando el paso de la oca atrás de Kant? Dice en tono de orden inapelable “Obra de manera que puedas querer que el motivo que te ha llevado a obrar sea una ley universal”. Y digo yo: primero, me repatea el hígado eso de “imperativo”. Ya bastante tenemos con diez “mandamientos” y la mitad medio raros más el código civil, el penal, el de tráfico y el “prohibido fumar” por todos lados. Tercero, obsérvese lo confuso de su ley, como se enreda en sus propias palabras; cómo se aleja esa ley de las cortas y precisas leyes físicas. Cuarto, creyendo acatarla, San Pablo pretendía que todos fuéramos castos como él mismo. Eso sí, seguro que no tendríamos hoy el problema de la superpoblación. Y último “¿Y qué si no la acato?”

Wittgenstein escribió “El primer pensamiento (para él no es el último) que surge cuando se propone una ley ética en forma imperativa es “¿Y qué si no lo hago?” Pero es claro que la ética no se refiere al castigo ni al premio en el sentido común de los términos. Así pues, la cuestión acerca de las consecuencias debe ser irrelevante. Al menos estas consecuencias no pueden ser acontecimientos. Pues debe haber algo justamente en la formulación, una especie de castigo o premio que se encuentre en la acción misma.”

Y en la antiley que propongo sin reclamar patente de inventor pues está dicha por aquí y por allá desde hace milenios, hay un premio en el mismo momento que se cumple: se sufre menos al restar dolor ¡obvio! Y se sufre al añadirlo. Idem. Y no es obligación acatarla ni mucho menos... sólo, me parece, digo yo, es conveniente.

Y si habiéndome tomado el trabajo de escribir todo esto no conseguí avivar lo suficiente a su intuición, por lo menos espero alertar a otros para que usted no consiga contagiarle tan fácilmente su inútil dolor.

Supongamos que un chino o un alemán estudia el idioma español en su país (en China o en Alemania). Si en clase dice correctamente, como se le pide, “Por favor, sírvame pollo con patatas fritas y dos huevos fritos”, recibirá días después una nota “excelente”. Esa nota lo motivará poco o mucho. Pero si viaja a un país de habla hispana y se sienta en un restaurante con hambre y ganas de comer eso, se sentirá gratificado mucho más precisamente si lo recibe tal como lo pidió. Si lo dice mal y le traen una sopa de ajo, se sentirá más castigado que con una abstracta calificación colegial. Dicen (y no sé si es cierto, pero no es eso aquí determinante) que un torero, el Guerra, entonces en su apogeo, fue con una señorita a un carísimo restaurante en Nueva York. Queriendo impresionarla con su recién aprendido inglés, ordena una docena de ostras en ese idioma... en que la palabra “Ostra” es muy similar a la que designa “Langosta”. El camarero, entendiendo “Quiero una docena de langostas”, se alarmó y le preguntó si estaba seguro de que quería esa cifra. Ante la afirmativa respuesta vehemente, se retiró... para volver media hora después con doce camareros trayendo cada uno su langosta en una bandeja de plata. El Guerra, comprendiendo su error de inmediato, se levantó parsimoniosamente, estudió cada una de las langostas antes de sentenciar: “Esta y esta... Las demás, pueden llevárselas, poniéndolas en mi cuenta”.

Así, quien resta dolor y curte se ve gratificado en el acto y proporcionalmente al dolor que reste y a lo que curta. Y castigado en la medida en que siga sufriendo e incapaz de disfrutar, de curtir.

Y también está el factor de cómo se es esencialmente de nacimiento. Así, un niño con “oído musical” aprenderá más música en un año que alguien sin esa facilidad en diez. Esforzarse sin facultades para estudiar música sin alegría durante diez años no es muy gratificante. Pero no habrá desperdiciado ni un segundo quien sin vocación para ser feliz se haya divertido y haya restado a sí mismo y a los demás un poco, lo posible, de dolor. Parta del nivel que parta y llegue al que llegue.

Es bastante lógico, aún sabiendo que hay muchos que, con poca o ninguna conciencia ni consciencia (no es exactamente lo mismo) disfrutan haciendo daño, para los cuales todo este planteo les sirve de poco. Quien no tiene ni siquiera una chispa de intuición de lo que digo, como sería el caso de Clementine, no entenderá nada. Siempre es así.

Cantando bajo la lluvia

Una noche de invierno y lluvia, en un descampado cerca del aeropuerto de Buenos Aires. Yo, con diez o doce años, iba con dos amigos de mi padre (hermanos entre sí) en su viejo Rolls Royce: como gustaba mucho le habían cambiado el motor por uno de camión. “El único Rolls gasolero del mundo”, decían.

¡Plaf! Pinchazo. Descubren que la goma de auxilio está también pinchada o desinflada. Gran discusión sobre quién es el culpable. Yo, muy contento, sintiéndome partícipe de una aventura.

No hay más remedio que caminar bajo la lluvia haciendo rodar una de las gomas desinfladas. Caminan discutiendo. Yo, cantando. Se dan cuenta de que canto, de que no estoy ni enojado ni preocupado. Se producen dos reacciones opuestas: el grandote se ríe. Se ríe de sí mismo, ahora me doy cuenta, al ser súbitamente consciente de lo bobo que había sido al enojarse por semejante pavada, por semejante tontería que hasta podía ser divertida. Y canta conmigo “La cucaracha”.

El otro hermano, el flaco, se enoja más aún. Y nos reprocha, furioso, nuestra tranquilidad, nuestra alegría, como si manteniéndonos angustiados pudiéramos solucionar mejor el problema: “Son dos estúpidos irresponsables. No les importa nada. Así cualquiera vive feliz, todo les parece bien. No les preocupa que nos estén esperando, no respetan a la gente que se va a preocupar porque no llegamos. Son dos insensibles desaprensivos,... bla bla bla”. No había forma de callarlo.

Si seguíamos cantando lo interpretaría como una provocación, de modo que dejamos de hacerlo, fingiendo estar un poco contagiados, doloridos, para tranquilizarlo. Pero sin que él nos viera nos guiñábamos los ojos el grandote y yo. Pero algo de su objetivo había conseguido: la caminata ya no era tan divertida, el frío parecía haber aumentado, la lluvia ya calaba nuestros abrigos, los pies parecían buscar charcos más grandes, los pocos camiones que pasaban nos salpicaban con más energía. En silencio, yo hacía rodar la goma pensando que raro era todo. El flaco seguía con su cantinela.

Al tiempo, el grandote le dice al flaco “Imaginate que ha llegado la gran hora de la justicia... ¿que creés merecer, un premio o un castigo? Acordate de lo que le hiciste a Fulana, y la historia aquella con Fulano... y tal otra...” (Lo dijo así, tal cual, sic, “Fulana, Fulano y tal otra.”, sin nombres propios.) “...Y aquello que sabés vos sólo... ¿No te parece que este pinchazo es poco castigo? ¿No te parece que todavía lo estás sacando de regalo?” y riéndose agregó “Pero quedate tranquilo ¡si nunca hubo una hora de la justicia no creo que llegue justo ahora! Aunque... por si acaso, yo en tu lugar no me quejaría: podría haber por aquí un angelito que te oyera y pensara “Mirá vos el hijo ‘e puta éste... con todo lo que le perdonamos y encima se queja: vamos a darle lo que se merece” .

El flaco dijo “Estupideces”.

Pero se calló por un buen rato.

Otra historia.

Oigo por separado dos versiones de una bronca, de una desavenencia en un matrimonio o entre dos amigos. Dos versiones que difieren en matices... que resultan ser esenciales. Uno de los dos ¡o los dos! se miente a sí mismo. Discernir si alguien miente a sabiendas no es tan difícil, pero saber si alguien se miente a sí mismo es un señor aburrido trabajo. Yo qué sé quién tiene razón. Que le paguen a un siquiatra de los de Sig, preferiblemente caro y durante años y años si quieren averiguarlo. Los siquiatras también tienen que vivir, pobres.

No juzgo, no busco la razón última, el porqué escondido tras otro porqué. Buscando esos porqué surgirán nuevos autoengaños, como pelar una cebolla con lágrimas y todo. Seguro que saldrán nuevas y viejas discusiones, momias barnizadas. Procuero entonces ver qué muebles se pueden salvar dando por definitivamente confuso el asunto. Y que les vaya bien.

Una amiga me cuenta angustiada que se lleva fatal con el marido, que él es así y así y que ella bla bla bla... Lo de siempre desde antes del diluvio que no cambió absolutamente nada. Le digo que, como en todos los casos, le conviene pesar el dolor resultante de seguir casada, estudiar si tiene posibilidades de cambiar lo que cree necesario o, si concluye que no podrá, que se divorcie con el menor trauma posible. Y que con buena voluntad ya reparará algo si se equivoca en la decisión. Que no veo ningún drama especial en el planteo que me hace.

Ella: “Me encantaría tener tu filosofía, pero no es tan fácil: los seres humanos piensan, y pensando, sufren. No somos como los animales.”

Yo: “Primero, no dije que fuera fácil. Hacer lo que se pueda y convenga hacer es indiferente que sea fácil o difícil mientras se pueda. Segundo, esto no es filosofía. Hacer lo que se pueda razonablemente para no sufrir o hacer sufrir pudiendo evitarlo es lo que debés hacer siempre porque te conviene. Es hasta independiente de la lógica, creo, me parece, no sé, digo yo. Creo que está más cerca de las matemáticas, como dos más dos es cuatro, que de la filosofía que para bien y para mal no tengo.

“Tercero, si le pego cuatro gritos a mi perro, es “natural”, es inevitable que se quede una hora angustiado... porque él no puede pensar que esa angustia no le sirve para nada. Si tus pensamientos ni siquiera te sirven para quitarte dolor superfluo, me gustaría saber para qué los usas... Aunque lo sospecho.”

Escribo esto aquí para sacarle fotocopias y a la próxima que me venga con la misma historia se la doy y chau.

Reconozco que soy un mal consejero sentimental, pero es que tengo otras cosas que hacer y hasta algunas que no hacer.

Para sacármelo de la cabeza, incluyo aquí unas reflexiones sobre “la depresión” que escribí a una amiga en una carta:

Composición tema: LA DEPRE

Dicen algunos con bastante fundamento que esto, el planeta entero, se va al santo carajo, que la alegría de alguno es la del que iba ganando al póker en el último viaje del Titanic. No me parece del todo mal aun en el caso de que así fuera: tuvimos nuestra oportunidad, que no es poco. Y creo que la alegría, basada en algo o no, es algo positivo en sí mismo, sin importar mucho los ajustes a la discutible realidad. Que nada hubiera ganado ese jugador si encima de ahogarse lo hiciera con el recuerdo de amarguras. Siempre admiré a los músicos del Titanic que tocaban lo mejor que podían sabiendo su húmedo destino (ya decía Alfonsina Storni que “Lo que mata es la humedad”). Cada cual debe ocuparse, me parece, en hacer las cosas lo mejor posible, con el mayor gusto posible, independientemente del resultado. Por otra parte, puede pensarse con cierta lógica que el ser humano es una enfermedad que le salió al planeta, y no es tan grave que se cure, pobre, dejando a los bichos crecer en paz. Vaya uno a saber. A no quejarse, que digo yo que lo peor que me podría pasar es que hubiera justicia en este mundo y ahí sí que la cagaba. Pero como nunca la hubo, supongo que no la habrá justo en lo poco que falta para saludar al público. Como decía Perón a los ministros que le hinchaban las pelotas con “General, tiene que hacer esto o lo otro”: “Muchaachos... yo ya estoy amortizaaado”. Y quien no lo esté... que le reclame a Gardel. Sinceramente, sin joda, habiéndolo pensado bien, creo que si me hubiera estrellado desde un balcón a los dos o tres años, no me quejaría de lo corta que es la vida. Alcanza y sobra hasta para preocuparse por lo que no debería preocuparse; para seguir la telenovela con publicidad inclusive; para planchar calzoncillos. Si es cierto aquello de Saint Ex de que “El pesar está formado por el tiempo que ha pasado sin dejar frutos”. Si nos lo hubiéramos propuesto, millones podríamos haber aprendido japonés (o corte y confección) a la perfección utilizando el tiempo que usamos en preocuparnos. También podríamos preocuparnos por el tiempo ese que perdemos preocupándonos, ya puestos.

O sea, lo de siempre: “Por si acaso no te preocupes”. Claro está que sé que en muchas ocasiones es más fácil decirlo que practicarlo... pero así son las cosas, como le dijo la araña a la mosca. Yo partí con algunas cartas a favor en este asunto: la primera, básica y esencial, es que me guste o no... nació así. O sea,

así cualquiera, qué vivo. Ya lo sé. Alguien con oído musical aprenderá más piano en un año que en diez quien no lo tenga. Pero no está demás saber en este asunto de la depre el equivalente a tocar Arroz con leche. Pior es nada. Sumale a eso que no vivo en un país más loco que el promedio, pues la locura es contagiosa. Entre otros factores, me fui de allí y no me arrepiento, por eso, por la locura general, por la estafa masiva... Me asombra que muchos, a pesar de todo eso, mantengan el equilibrio. Yo no podría. De todos modos, visiones catastrofistas del destino de la humanidad siempre hubo... y con muy buenos fundamentos. Es difícil saber si la botella está medio llena o medio vacía. Hace más de cien años, decía Schopenhauer que lo esencial, lo que existe, es el mal. Que lo que llamamos “El bien” es un mal menor o un mal al que nos hemos acostumbrado. Y que el polvo dispersado, el triunfo de la entropía, es de todas formas el destino universal... y mucho más próximo el de cada uno de nosotros. Bueno... tal vez tenga razón... pero no se me da la gana amargarme por saber eso, y creo que si no me caliento mucho, salgo ganando yo y los que me pasan cerca. O sea: a llorar a la iglesia. Porque entre otras cosas se me ocurre que no es pensando, no es con la lógica, con lo que se podrá establecer quién tiene razón, si los de la botella medio llena o los de la medio vacía. Es que ni siquiera con los hechos se llega a una conclusión: mirá a Jesús, muriendo crucificado y, según una versión, diciendo algo así como “Muy bien, Papi, excelente” (en otra versión, dice algo así como “La cagamos, Bartolo”). Digo yo que un optimista tiene más posibilidades de equivocarse al apreciar la realidad, por teñirla de rosa... y un pesimista, lo mismo, por teñirla de negro. En lo posible, yo digo “Ya veremos como termina la película”: dicen que cuando Napoleón le dijo a su madre, una campesina corsa “Ya tienes un hijo emperador y otro rey” contestó eso: “Bueno... Ya veremos en qué termina todo esto”. Y constato usualmente que el protagonista sufrió mucho por hacerse problemas, por angustiarse... y si al final lo matan a palos, podemos decir que desperdició parte de los días que le quedaban por vivir preocupándose, instalado en su depresión. Y si termina bien la peli, si se casa con la rubia tetona... igual: se preocupó al pedo. Todo esto no es un planteo filosófico, sino algo más simple, algo parecido a la geografía: “El Tigris es un río de Asia”. Es así porque es así y s’acabá, nos guste o no (la verdad es que no estoy seguro de que esté en Asia. Verifique usted si no está en África. Es lo que digo: revise por su cuenta las afirmaciones tajantes, abra los ojos, no se crea todo lo que está escrito.) En USA la depresión ya no la curan en siete años los caros siquiátras sino los farmacéuticos en tres meses con Prozac, que es barato y no tiene contraindicaciones. Cualquier realidad: dos tipos que mueren comidos por los piojos pueden ver su misma realidad desde diferente ángulo... (cuanto más jodida es la realidad, más pior es enfrentarla con depre. Elvis Presley sufría mucho porque era tan famoso que no podía salir a la calle, etc.) y los resultados del Prozac parecen indicar que los productos químicos que genera el bocho tienen algo que ver con esa forma de percibir y valorar. Yo sospecho que en estos países, aquí, le echan algo parecido al Prozac al agua, porque no entiendo como se toma todo el mundo con tanta calma tantas barbaridades. Pues no se trata de ser indiferente sino de hacer lo que se crea conveniente con la mayor eficacia... que incluye serenidad y, en lo posible, buen humor. Por cierto: cuando me descubro preocupado, “con la depre”, recorro al remedio universal, al bálsamo de Fierabrás, al mejor invento después del mando a distancia y casi tan importante como la rueda: la aspirina. Después de los cuarenta es obligación tomar como mínimo media por día, aunque no te duela nada. Bueno: Depre. Consciencia de que estoy depre o de mala leche. Aspirina disuelta en Coca Cola. Mirar el reloj. Si a los diez minutos no estoy cual tigre, muy fácil: otra. Garantizado. Si no funciona el invento, mirar la fecha de caducidad de las aspirinas. Si aun están en fecha correcta, el que está caducado es uno. Sin más vueltas, dirigirse a la oficina donde entregan certificados de defunción, pagar y retirarlo. El truco de la aspirina es más barato que la cocaína y con efectos más duraderos. Únicas contraindicaciones: quita el sueño (lo que a veces es bueno) y prohibido a los que tienen úlceras en la zapán. (Por cierto: en sus primeros años, la Coca Cola llevaba cocaína de verdad. Ahora la fórmula es secreta, pero no creo que tenga cocaína porque les saldría caro... aunque comprando al por mayor, no sé. O tal vez tengan cosechas propias y además ganen con el excedente. Cualquiera sabe el secreto de la Coca.)

Resumiendo: Por si acaso no te preocupes. Coca Cola con aspirinas. Y, como deberes para casa, veinte veces repetir eso, “Por si acaso no te preocupes”, prolijito y con buena letra. Si lo querés más efectivo, lo escribís una vez y las 19 restantes lo hacés repasando sobre esas letras. Con cuidado de que al final se lea clarito. Al llegar a la última, se cierran los ojos y se revisa el bocho. Si no sirvió para nada, se piensa “Bueno, por lo menos me entretuve un rato sin molestar a nadie y, lo más importante, gastando poco.”

Pero me parece, no sé, digo yo por lo que he leído, que algo simpático tendrá la depre, porque el que la sufre normalmente insiste y encuentra argumentos (“Lo mío es diferente pues bla bla bla ”) para instalarse en ella. Sospecho que es algo parecido a la tentación de repasar con la lengua, una y otra vez, el diente que se nos acaba de romper. Cada loco con su tema, cada cual se divierte como puede, etc. y me parece bien.

Y ahora que lo pienso: no tengo al respecto nada más que decir. No sé nada más.

IX

LA COSA DEL SEXO

Los peores enemigos

A los enanitos de la sexualidad alegre, plena de ética con la libertad ajena, los que procuran curtir sin provocar dolor pudiendo evitarlo, podríamos llamarlos... no sé... con nombres lo menos “médicos” o cursis posibles... ya sé: con un poco de buen humor y si les parece bien, que aquí no se obliga a nada, enanitos Pito Brillante y Chocho (o Concha) Brillante.

Y asumiendo la realidad como es, guste poco o mucho: que existen hombres, mujeres, homosexuales, bisexuales y transexuales. Mirar para otro lado no cambia la realidad. Y en cualquiera de estas posibilidades hay personas positivas y negativas, que añaden y que restan dolor.

No me extenderé sobre los negativos enanos surgidos de éstos enanitos, pues está bastante claro. Lo que permanece confuso es que sean positivos los enanitos, pues los muchos torturados han contagiado su visión del asunto, los han disfrazado de enanos.

Pito y Chocho Brillante nos dan placer e hijos. Y el placer está antes, pues si no hubiera placer ya se habría extinguido no solo la humanidad sino todo lo que está vivo. Como si esto fuera poco y como oferta de la casa, también nos estimulan para vivir más intensamente Y nos dan alicientes, fuerza para crear. Nos impulsan a crecer abandonando el seguro nido de nuestra infancia, nos incitan a salir de la segura semi jaula que nuestros padres, con la mejor voluntad, han construido para nuestra seguridad.

Pero lo más frecuente es que vivan para defenderse del ataque de los enanos retorcidos, propios y ajenos que ven en éstos a sus peores enemigos. El Cobardón ex Prudente; Rutinario ex Hábito Fecundo,... los de la envidia, los de los celos, del ansia de poder, los manipuladores, los del ansia de posesión... todos en feroz alianza.

Quien entienda que estoy predicando la reinstauración de Sodoma City, es, creo yo, porque ha permitido a sus enanos que piensen por él. Hablo de lo coherente con todo lo expresado hasta aquí, y no puede ser la sexualidad una excepción. Digo que podemos (y porque nos conviene debemos) actuar en este aspecto como en todos: procurando restar dolor y curtir.

Si usted lo consigue siendo casto, muy bien, felicitaciones, se ahorrará encima el gasto de las zapatillas de los niños, que ahora las quieren de marca. Nada pero nada que objetar. No solo hay gente pa’ tó sino que tiene que haberla. Si el mundo fuera algo parecido a un gigantesco cuartel militar, lleno de gente muy parecida entre sí, sería mucho más triste. Pero es lo que decía de los hindúes que barren el suelo por no pisar insectos, por no causar dolor a los insectos: me alegro de que existan... y de que sean pocos y que el mundo no haya hecho caso, atendiendo a la sana intuición, al absurdo argumento del enano de San Pablo, que pretendía que todos fuéramos castos.

Quien curta siendo monógamo... también mis más sinceras felicitaciones, si le valen de algo. Que no se autoengañe y finja ser feliz sólo por rendirse ante los argumentos de su enano Cobardón, o el del Alma de Sacrificado o cualquier otro, provocando discusiones con cualquier excusa.

Las iglesias, como enanos gigantescos, temen y odian a estos enanitos. Para ellas son la encarnación del Demonio... ¡como si al Demonio le interesara que lo pasáramos bien sin hacer daño a nadie! Pero es

que así como el sexo nos incita a alejarnos de la casa de nuestros padres, más nos incita a alejarnos de la casa de los que se hacen llamar padres (desobedeciendo la expresa orden de Jesús, esa de que llamemos Padre sólo al que está en los cielos). Y la solución ha sido pintar a Pito y Chocho Brillantes con los más sórdidos colores que su sórdida imaginación les permitió. Luego bastó con promover lo más posible a Culpable... y ya está... a recoger limosnas y herencias que esta vida es muy corta. Algo tal vez llegará a manos de algún pobre.

Cuentan con toda una sociedad machista que teme a Concha Brillante, al impulso de alejamiento del harén y a la garantía de que sus herederos serán hijos de ellos y no del cartero, de que sus mujeres no compararán el tamaño de su pito ni su incompetencia sexual con otros. Esos enanos machos han logrado instituir sus retorcidos argumentos por los cuales una infidelidad de él es una travesura y la de ella un escándalo. El simpático Julio Iglesias, cuyas canciones detesto (casi prefiero a Luisito Aguilé, y con eso les digo todo) puede jactarse de haber “hecho el amor” (eufemismo cursi por “follar”, “coger”) con más de tres mil mujeres. (El tonto de Luisito se jacta del diez por ciento, de 300.) Supongo (si no es mi Envidioso el que supone) que su Vanidoso (muy crecido entre los artistas, según Papini) les habrá inducido a exagerar. Supongamos que las historias de Julito han sido mil, el mismo número de mujeres que tenía encerradas en su harén el santo Salomón. Bien. Estoy convencido de que a unas más y a otras menos, las de Julito han sido por un momento más felices que cualquiera de las del tontito Salomón en toda su vida: si Salomón me dijera que tiene a su disposición, encerradas, a mil mujeres, me tentaría preguntarle “¿Y a cuántas de ellas dejas contentas, cuantas viven contigo una vida sexual satisfactoria?” Porque una mujer puede dejar satisfechos a un montón de hombres, pero es muy difícil –aún con Viagra- lo contrario, por lo poco que sé al respecto ¿no?

Escribe Soledad Gallego-Díaz en El País: “*Las doctrinas o costumbres conservadas en un pueblo por transmisión de padres a hijos –según definición de la Real Academia- suelen acarrear sumisión, maltrato e ignorancia. Para los hombres, en parte. Para las mujeres, en todo.*” Muchísimos padres creen tener el precioso derecho a educar a sus hijos como se les de la gana, inclusive aunque se equivoquen, por el mero hecho de ser sus padres; así, hay padres musulmanes que exigen que sus hijas no hagan gimnasia en el cole, o los Testigos de Jehová que se niegan a las transfusiones de sangre para sus hijos, pues ellos lo consideran pecaminoso. Ya sé que muchos padres dirán que “lo mío es diferente”, aunque lo que entiendo es que de ninguna manera los padres tienen el derecho absoluto a hacer lo que se les de la gana con sus hijos, que no tienen, como James Bond, la placa 007, licencia para matar. Y que sí tenemos derecho los que queremos algo mejor para ellos es derecho a juzgar esos errores, condenarlos, y procurar un cambio a mejor, les guste o no a los padres.

Que no les alabe el gusto a las que follaron con Julito es otra historia. Sobre gustos, salvo en la Biblia, no hay nada escrito. Cada loco con su tema. Vivir y dejar vivir. Además, estoy seguro de que fueron a él sin engaños, que hubo poco más o menos un mutuo respeto por la voluntad de ambos. Con su música, tal vez haya aumentado el dolor en el mundo (por lo menos a mí, cada vez que lo oigo, me duele algo) pero en este asunto afirmo que restó dolor, curtió y permitió curtir. Que sea un bocazas, es también otra cosa, pobre.

Y Julito, por mil o tres mil, es un pillín. Madonna, por diez o treinta, es una puta.

El 20 de setiembre de 1996, casi siglo XXI, se publica en la prensa que una sentencia judicial en Italia (no en Irán o por ahí) declara que pegarle “esporádicamente” a la mujer no es delito si hay celos de por medio.

Pasajeros al tren

Supongamos que por lo que sea todo lo referente al tren sea tabú, prohibido mencionar. Que no se pronuncie la palabra “tren” delante de los niños. Que estén prohibidas las fotos de los trenes. Que cuando sea preciso utilizarlos se lo haga a escondidas, procurando que nuestros vecinos no lo sepan. Que se utilicen eufemismos como “el extraño vehículo” para evitar la horrorosa palabra “tren”. Que si es preciso que viajen los niños en él se les venden los ojos y se les mienta. Que si un niño de cinco o seis años

encuentra un trencito de juguete en un armario y juegue inocentemente con él se encuentre con una reacción de horror y de castigos de parte de sus padres y maestros... ¿Alguien cree que los niños crecidos en estas circunstancias pueden tener alguna vez una relación normal con los trenes? Hay una sola respuesta lógica: absolutamente no. Algunos niños crecerán enfermizamente obsesionados con el gran misterio, unos acobardados, otros procurando subir y bajar de todos los trenes, y aún los que dentro de su familia hayan oído hablar naturalmente de los trenes se cuestionarán si no estarán locos sus padres pues “todo el mundo” está de acuerdo en una actitud de rechazo menos ellos... y aún los niños que oyendo a su familia tratar el tema con normalidad, pronto aprenderán que les conviene disimular su actitud para no provocar el escándalo y el rechazo social.

Creciendo, de estos niños unos asumirán efectivamente que hay algo efectivamente terrible y rechazable en todo lo relacionado a los extraños vehículos; otros se sentirán mal por sentirse enfermizamente atraídos por los trenes; otros disimularán más o menos que el tema “tren” no les parece nada terrible; alguno se preguntará si es verdad eso, si es verdad lo que muchos afirman, si no será que toda la sociedad no estará loca... y no es nada gracioso sentirse cuerdo en una sociedad demente: es difícil tratar con dementes que no están encerrados sino que tienen poder para encerrar, que tienen leyes y policías y medios de comunicación suficientes para encerrar a algún que otro cuerdo que no sepa disimular su cordura.

En una sociedad con el tabú del tren, ninguna persona tendrá con el tren una relación normal, simple, simpática. Por muy cuerdo que sea un individuo, el tabú influirá negativamente... siempre deberá topar con lo retorcido que se ha creado al respecto.

Y el caso es que podemos vivir sin trenes, alejados de ellos... pero no del sexo.

Por citar casos extremos, en Afganistán (tras un conflicto alimentado por los ejecutores de las compañías, con las armas entregadas por la CIA para debilitar a la Unión Soviética competidora) las niñas tienen prohibido mostrar su cara a partir de los diez años... y en U.S.A., la sociedad con más poder en manos de los religiosos bíblicos y con más siquiátras por metro cuadrado, un niño que le de un beso a otro o a una niña, puede ser expulsado del colegio y puesto en la picota. No veo una diferencia esencial entre una y otra actitud. Si la hay, es que U.S.A. tiene mucho más poder, más capacidad de contagiar su demencia a través de sus películas.

Los niños siempre se han pegado en el colegio: eso no es motivo de expulsión. Un beso, en ese país más demente que otros, sí. En U.S.A. está permitido comprar un revólver por correo, pero no que una mujer tome sol en la playa sin bañador ¡sin la parte superior del bañador! Los niños podrían ver tetas, horror. Como si no se hubieran criado viendo tetas. La violencia está más aceptada socialmente que un beso, que cualquier cosa que huelga a sexo.

Está hecho el estudio: en una maternidad en que los bebés sean acariciados, besados, mimados apenas nacen, por el personal, por los médicos y enfermeras, tiene un porcentaje mayor de bebés vivos. Los niños precisan afecto y demostraciones de afecto, les guste a los escandalizados o no. Si entre los que miman a los niños se infiltra algún pobre degenerado (con frecuencia producto de la sociedad demente) debe ser aislado y curado, claro está. Pero por reducir el riesgo a cero se están fabricando muchos más degenerados... Los fabrican los puritanos enfermizos exigentes.

¿Quién curará hoy a los enfermos obsesionados con el sexo en una sociedad enfermizamente obsesionada por reprimirlo? ¿Cuándo se lo considerará “curado”? ¿Cuando se logre que tenga la misma enferma actitud que tiene la mayoría? En realidad no es posible en estas condiciones. Por eso la mayoría enferma pide mayores penas de cárcel, la castración y la muerte de los monstruos que ella misma genera. La mayoría que se siente “buena” encerrando, castrando y matando a sus prójimos enfermos por ella. Creyendo que de esta forma estará claro quien es el normal y quien el enfermo. Cuando estamos todos involucrados en el mismo juego atroz. Aunque nuestros enanos mentales nos den argumentos lógicos para no reconocer la evidencia.

Y los niños que crecerán comentando el aterrador caso del compañerito que ha osado besar a una amiguita causando escándalo, provocando que los mayores griten y se mesen los cabellos y arrojen ceniza sobre sus cabezas y llamen a la prensa, a la policía, a los jueces haciendo llorar a las madres, indignando a los padres... ¿alguien cree que podrán ser seres humanos normales? ¿No es lógico suponer que surgirán de entre ellos muchos enfermizamente obsesionados con el tema? Uno de esos niños será un

día juez, otro siquiatra, otro presidente del país, otro director de la CIA... En sus manos de enfermos estará la seguridad del planeta... la seguridad aún de los que vivimos más alejados de los casos de extrema demencia. Se está buscando (y es posible que se consiga) la posibilidad de obtener energía fusionando átomos, no dividiéndolos como ahora: la fusión es el modo que tienen las estrellas, el sol, de producir inmensas cantidades de energía sin desgaste perceptible. Un gramo de cualquier cosa (de agua, de pelusa del ombligo) es la energía condensada equivalente a la que genera la explosión de unos treinta millones de litros de gasolina.

Y por supuesto que un mes después de encontrada la forma, se hará un arma.

Ahora imaginen ese arma en manos de esos políticos enfermos.

Y los políticos no son “ellos” sino nosotros.

Estamos, como decía Gurdjieff, y estaremos, gobernados no por seres humanos sino por los enanos enfermos que habitan en las mentes de esos seres humanos. Si no nos curamos nosotros a nosotros mismos, sálvese quien pueda.

Pero la verdad es que ya lo estamos. No hay que esperar que crezca esta generación de niños expulsados por dar un beso para que los enanos enfermos nos gobiernen. Los que han hecho leyes para que esos niños sean expulsados nacieron hace muchos años. **Ya están aquí y ya tienen mucho poder.**

Y los que en otros países no tienen tanto poder aún, lo envidian y lo ambicionan... y no están de brazos cruzados.

Para bien y para mal, el hecho es que en este mundo cada vez más intercomunicado no hay un “lejos” y un “cerca”. Estamos todos en el mismo barco cada vez más estrecho.

Un grado por ahora menor de demencia (creciente y tal vez ya sin solución) no nos autoriza a quienes no vivimos en Afganistán ni en U.S.A. a pensar con argumentos lógicos de nuestros enanos que estamos a salvo, que no es un problema nuestro, que aquí somos todos más o menos “normales”. Como mucho viajamos en un furgón más alejado de ellos... pero compartimos su destino.

En este tren creo que viajan pocos pasajeros con “normalidad”. Todos fuimos educados o influidos por los que gritan “pecado, pecado”, por los que se ponen muy serios sino frenéticos cuando huelen sexo.

XI

LA COSA ESOTERICA

¿Hay que pagar entrada?

Supongamos que es usted un señor millonario que ofrece una fiesta de Navidad a su familia... la lógica indica que no cobrará entrada, que disfrutará viendo disfrutar a sus amigos. Y que si alguno de ellos se siente triste por lo que sea procurará aliviar su dolor, y, si no lo consigue, si usted ve que ese insiste en permanecer triste a pesar de todo... pues muy bien... ya se verá lo que pasa: ese tristón es mayor de edad, sabrá lo que hace o aprenderá a saberlo. Se le agradecerá que no contagie su tristeza a los demás participantes. O los demás participantes se ocuparán, sin ser insensibles, en no dejarse contagiar. Y eso es todo.

En una playa hay gente que se divierte en diferentes grados, según infinitas variantes. Hay gente que aprecia la belleza del lugar... y más de uno que, tumbado al sol, piensa en el suicidio o algo por el estilo, ciego a la alegría y ciego a la belleza ensimismado en su dolor.

Es fácil suponer (y no hay garantías sólidas) que si un gran dios o los dioses han dispuesto un Más Allá no serán tan ratas como para cobrar entrada.... y menos cobrando en la divisa más estúpida, en algo tan estúpido como sacrificios evitables, con dolor superfluo.

Y es fácil suponer que si alguien muere habiendo pasado su vida entrenándose en sufrir, cerrando su intuición para todo lo que sea restar dolor y curtir... no encuentre en el Más Allá una varita mágica que le enseñe a vivir de otra forma. Es lógico suponer que allí será insensible a la alegría y a la belleza... hasta que por las buenas o por las malas aprenda.

Para restar dolor y curtir es indiferente que usted crea o no en un Más Allá. Puede procurar ser más consciente creyendo en Jehová o en Tutatis o en nada. Y después de morir (sí hay bastantes garantías de que usted morirá por aquel "siempre fue así" de la razón pura, no se preocupe) sabrá si hay un Más Allá o no. Pero si usted en este mundo restó dolor y curtió, ya tuvo su premio proporcionalmente al dolor restado y a lo curtido, aquí y ahora. No perdió nada probando. Si usted insiste en creer que los dioses son tan malos y estúpidos para cobrarle entrada con dolor evitable, que cuanto más haya sufrido innecesariamente más medallas le pondrán sus dioses, siga flagelándose. Mis colegas de club jamás haremos una iglesia para condenarlo. Y menos pidiéndole que contribuya para nuestros gastos.

Yo estoy seguro, por algunas cosas, por irracional fe y por intuición fundada en algunos argumento discutibles, que hay un Más Allá. Pero no me preocupa en lo más mínimo que usted crea o no. No cambia eso nada esencial. No intento convencerlo de nada en este aspecto.

Todos los horrores del mundo han sido y son promovidos por creyentes y no creyentes a la par. Y la lucha contra el horror ha sido y es asumida por gente de los dos campos a la par.

Tal vez la pequeña diferencia es que los creyentes que provocan dolor sean un poco más hipócritas. Pero es su problema, su responsabilidad asumida o no. Y es una muy pequeña diferencia.

Los creyentes pueden creer a su intuición o no al oír que les conviene restar dolor y curtir. Es su responsabilidad.

Y si les digo que su dolor que pudieron y no quisieron evitar y que no sirvió para restarle dolor a otros no vale un carajo ni aquí ni Allá, pueden creerme o no.

Simplemente digo para que lo entienda quien tenga similar intuición o experiencias que yo, que cuando en el Más Allá aterriza un alma de Sacrificado reclamando sus medallas por todo lo que ha sufrido voluntariamente sin que ese dolor le haya servido a otros... oirá una gran carcajada y recibirá un pase para un nuevo curso.

Los dioses no tienen piedad. ¿O es que no se lo han demostrado con suficiente claridad? Si es así, no se preocupe: todo llega.

La función de quitar nuestro dolor inútil es nuestra, no de los dioses. Si encima tuvieran que ocuparse de nuestras cabezonerías estúpidas, las cosas creo que estarían peor aún.

Un vegetariano que lo es porque le gusta la verdura y no le gusta la carne... ¿Qué sacrificio hace? Y si curte restando dolor, igual: no hace ningún sacrificio. Y si a alguien le gusta la carne y piensa que por hacer el sacrificio de no comerla se va a pasar miles de millones de años panza arriba riéndose de los que fueron condenados por comer hamburguesas, es que cree que los dioses son unos imbéciles a los que es posible engañar con baratijas, que es posible sacarles oro a cambio de vidrio. Si usted cree esas cosas me pregunto en qué clase de dioses cree, me pregunto si no es usted un hereje, un blasfemo de verdad. Tómese su tiempo, siga sufriendo si insiste.

Ni yo ni los dioses lo castigaremos: usted se castiga sólo, al contado, aquí y ahora. Y algún día seremos amigos y nos reiremos juntos de estas anécdotas. Si es verdad que hay un Más Allá, hay tiempo de sobra.

Si usted se va de viaje, elegirá en su armario la ropa que llevará y la que dejará... pero créame que vaya donde vaya llevará hasta su último enano. Aunque vaya al mismísimo Paraíso.

Si más modestamente viaja a Río de Janeiro con sus enanos Sacrificado y Culpable a cuestas, mirará sin ver esos bellísimos paisajes, como una vaca frente a los girasoles que pintó Van Gogh. Y dejará que un mosquito le arruine una noche, y desayunando frutas tropicales deliciosas estará de mal humor. Y

pasará el día sufriendo por lo que sea y pensando cuánta verdad hay en aquello de “Hemos nacido para sufrir”. Y con ese pensamiento grabado en su interior se dormirá para tener feos sueños y al otro día intentar otra vez arruinarle el viaje a su acompañante.

¿Y sabe hasta cuando seguirá usted sufriendo emocionalmente? Prometí alguna respuesta. Aquí va. Respuesta: **HASTA QUE USTED QUIERA**, amigo, usted sufrirá superfluamente hasta que usted quiera y se decida a tirar a la basura su infecto refrán de enano. Nadie lo obliga a sufrir porque sí. Y menos los dioses. La responsabilidad es sólo suya. La fecha la decide usted. Y no me negará que hay un respeto para su famoso libre albedrío. Puede sufrir eternamente si quiere.

Ni siquiera es preciso fabricar un injusto infierno en el que todos sean maltratados por igual: usted se tomará el trabajo de hacerlo a su medida. Como sufre cuanto quiere en la playa hecha por los dioses para ser curtida.

Esta tierra no es el Paraíso, pero el sol es verdad que sale para todos, ricos y pobres, buenos y malos. En Brasil hay millones de empobrecidos, de estafados, de miserables con poca o ninguna comida y muchos dolores reales, palpables. Pero la mayoría de ellos saben curtir en medio de su desesperación las cosas buenas que los dioses han puesto gratis a su alcance, los dones que los dioses reparten a puñados sin fijarse tal vez a quien les tocan.

“Curtir” es una palabra que inventó alguno de esos empobrecidos y que fue entendida por muchos. Encontró, como una precisa llave, huecos de intuición a millones.

Aquel pescador que me enseñó lo de los enanos era archipobre. Y no se reía de su pobreza, no era ningún inconsciente bobalicón. Simplemente no le agregaba a ella un dolor que podía evitar. Creo que entre factores diversos, uno no despreciable es que las iglesias bíblicas no lograron imponer todo el dolor, todo el sentimiento de culpabilidad, todo el “espíritu de sacrificio” que pretendieron imponer. Creo que los viejos dioses africanos los defendieron, que siguen defendiéndolos.

Los negros traídos a palos por los esclavistas adoradores del esclavista Jehová los trajeron engrillados y desnudos... pero de contrabando trajeron esos capturados sus enanitos y sus dioses. Con tambores nuevos los convocaron. Y esos dioses no pudieron o no quisieron impedir el látigo y el hambre... pero les mantuvieron viva la intuición, la clara intuición que les dice que son imbéciles los blancos que teniendo tanta comida se empeñan en sufrir por imbecilidades.

Y los del dios único sufren predicando entre ellos que hemos nacido para sufrir sin convencerlos mucho, apenas lo suficiente para que los dejen tocar sus tambores en paz tras un bautismo con un agua que, a los dioses gracias, les resbala y se evapora en el calor del baile con que lo festejan, que el festejo es lo verdaderamente esencial.

Y no le dan mucha importancia a eso de si hay un sólo dios o mil pues tienen cosas más urgentes importantes de qué ocuparse: ¿cambia algo su vida el hecho de que haya uno o mil? Tal vez sea uno y sean sus dioses diversos aspectos de ese único, como es una la luna que se refleja en un millón de charcos. O tal vez no. ¿Qué cambia en el mar si es algo emanado de un único dios o si es una única Iemanjá separada de él? ¿Es que hay algo separado del gran Todo? Pero lo que importa hoy es buscar flores blancas para Iemanjá y dejar estas discusiones interminables para los blancos, que no teniendo problemas se los inventan.

Ellos no concebirían ir a la guerra tratando de imponer absurdamente sus dioses degollando. Se limitan a vivir y dejar vivir, a restar en lo posible dolor y a curtir en lo posible.

El camino esotérico

El camino esotérico es muy muy peligroso. No pretendo ni debo desanimar a nadie, pero sí advertir en lo que coincida con otra intuición.

Quien tiene oído musical, aprenderá en un apasionado año lo que quien carece de él no aprenderá en diez aburridos y desilusionantes años. Y hay quien tiene y quien no tiene “oído esotérico”, por mucho que le interese el tema. Y quien no lo tiene puede sufrir y hacer sufrir en su empeño sin más fruto que algún autoengaño tras muchos esfuerzos. Hay quienes se empeñan y sufren procurando levitar, viajar

astralmente o ver algo del futuro, cuando una elemental sensatez debiera advertirles que eso no es para ellos, que ya se hartarán de levitar apenas mueran y que no vale la pena, a su edad y con sus kilos, intentar adelantar acontecimientos. Y les digo a esos, y pueden creerme o no que levitarán mejor si utilizan ahora esa energía en algo que les dé placer y que reste dolor, aunque sea ayudando a sus hijos a hacer las tareas escolares o regando sus plantas con amor. Conozco más de un “espiritual” que medita y todo eso... sólo para estar muy orgulloso de su nivel y para despreciar a quienes él considera “mundanos”, sin gastar un centavo ni un minuto en ayudar a nadie. Que se coman su espiritualidad o su magia con su pan.

Cierto es que cada cual se divierte como puede.

Otro es el caso de los que sí tienen “oído esotérico”. A los que lo tengan y rondan por ese camino les digo (y mi palabra valdrá lo que compartamos de intuición, ni poco ni mucho y menos porque yo lo diga) que lo recorran con muchísimo cuidado, controlando sus enanos, su circo, muy minuciosamente; curtiendo más que muchos... y restando más dolor que muchos.

Y en lo posible, hablando del tema lo imprescindible.

Y es fundamental el reírse de sí mismo, no tomarse del todo en serio.

¡Todo en su medida y armoniosamente!

Más Allá

Dicen algunos que dicen saber ¡y no es ninguna obligación creerles!

-Que el Más Allá es una maravilla a la que van todos los espíritus, de buena y de mala gente. Y es disfrutado, es curtido, según la capacidad de restar dolor y curtir de cada uno.

-Que obviamente, cuanto más dolor emocional tenga un espíritu, menos curtirá lo que tiene a su alcance. Igual que en el Más Aquí.

-Que Allí se tiene la oportunidad de restar dolor y curtir. Que algunos la aprovechan mejor y otros peor. Y que algunos se niegan a aprovecharla.

-Que el “lugar” y el tiempo tienen otras leyes, aunque tan firmes como las físicas... y aún relacionadas con las físicas. Que se afectan unas a otras. Intentar explicarlo sin experiencia compartida es como intentar explicar a un ciego de nacimiento qué color es el fucsia.

-Que por esas particulares leyes ven lógico, no como un milagro, que un espíritu grande pueda estar en más de un lugar a la vez y plenamente consciente en todos los que esté. Un espíritu muy muy grande, en miles de millones de lugares a la vez.

-Que a esos gigantes unos los llaman arcángeles y otros los llaman dioses. Y si son los que se niegan a restar dolor y curtir, grandes demonios. Algunos espíritus humanos pueden estar en más de un lugar a la vez.

-Que hay espíritus gigantes, no humanos, que no son ni buenos ni malos sino positivos o negativos. La Muerte es uno de los positivos y no es algo abstracto sino que tiene personalidad propia. Que en ocasiones, como otros, se encarna como ser humano por algo parecido a la curiosidad, por compartir experiencias, permitiéndose el olvido de su condición, que irá comprendiendo lenta y oscuramente a lo largo de su vida.

-Que nacen nuevos espíritus que antes de encarnar serán aleccionados por otros espíritus humanos sobre lo que les espera y lo que se pretende de ellos. Y que son peor o mejor aleccionados y que aprenden mejor o peor. Y que viviendo lo harán mejor o peor.

-Que los espíritus deciden libremente el momento en que se incorporarán al humano por nacer: a veces apenas formado el cigoto, a veces al tercer mes o un instante después del parto.

-Que el cerebro es una especie de aparato de radio de muy mala calidad, que recibe imperfectamente la emisora que es la mente. Que un poco más o menos de estrógenos o de litio o cualquier factor, altera la calidad de la recepción. Que salvo los muy ofuscados por un gran dolor emocional todos, aún los que

Aquí fueron tarados o dementes (papeles que desempeñan siempre espíritus experimentados) ven todo con mucha mayor claridad, tanto en percepción como intelectualmente.

-Que sin el lastre del cerebro, ven simultáneamente hacia adelante, hacia atrás, arriba y abajo. Y con tanto detalle como quieran con solo enfocar la atención.

-Que los espíritus que encarnan sabiendo que su función es morir o sufrir un gravísimo accidente siendo niños para provocar una crisis necesaria (que a veces resulta positiva según sus planes y a veces no o no tanto) siempre son espíritus con mucha experiencia.

-Que el Diablo es un concreto espíritu gigante con personalidad propia. Que es tan enorme que su poder abarca no sólo la Tierra sino todo el universo. Que quiere y puede, por ejemplo, convertir en plomo gris y frío todos los océanos del universo. Si no lo hace, es porque un Poder Superior se lo impide. Y el Diablo obedece disciplinadamente, consciente de hasta dónde le está permitido actuar.

-Que hay espíritus, humanos y no humanos, que eligen colaborar con el Diablo, llenos de soberbia, de ira, envidia y rencor. Cada tanto, alguno, humano o no, “deserta”, habiendo conseguido librarse de esos sentimientos negativos.

-Que el objetivo de “los de la luz” es restar dolor y curtir, Allí y Aquí. El límite del curtir es... el infinito. Saben que van en esa dirección creciendo, a veces dificultosamente, a veces con retrocesos, en esa grata tarea.

-Que el objetivo de “los de la oscuridad” es sabotear a aquellos. Lo harán mientras la ofuscación de su dolor emocional les impida ver que no tendrán éxito... y que tenerlo sería suicida.

-Que unos y otros planifican y realizan nuevas encarnaciones estableciendo las líneas maestras de sus futuras vidas y colaborando o recibiendo colaboración Aquí para que se cumpla lo previsto. Que unos y otros a veces lo logran y otras no, pues son espíritus humanos y se equivocan. Que en casos excepcionales intervienen en ésto los gigantes no humanos. Que ni unos ni otros controlan el destino.

-Que no hay tal “destino” sino líneas maestras, posibilidades, objetivos mejor o peor cumplidos.

-Que toda la gama de espíritus influyen en la realidad del Más Aquí inspirando pensamientos, sueños, deseos, y jugando con los márgenes de lo que es posible casualmente. Los “milagros” son un recurso extremo. Lo que parece milagro Aquí no lo es según sus leyes “físicas”... vinculadas en un continuo a las nuestras.

-Que procuran, unos y otros, atender con “casualidades” a las voluntades nuestras mientras no interfieran en las líneas maestras previstas. Importa el grado de voluntad o el fervor de las plegarias; no al dios que estén destinadas, ni si están acompañadas por campanas o tambores.

-Que, como Aquí, el único dios o los grandes dioses no se muestran directamente sino a través del esplendor de su creación. Que hay Allí quienes no viéndolo, no apreciando esa maravilla tal como es por la ofuscación de su dolor emocional, por su poca capacidad de curtir, no creen que existan esos dioses. Esto se da frecuentemente entre los que han sido sacrificados creyentes, que se sienten traicionados. Su desilusión en ocasiones los lleva no a ver el Más Allá como es sino tan oscuro como su dolor.

-Que “los de la luz” creen que tras crecer muchísimo su consciencia es probable que atisben directamente al dios único o a los grandes dioses.

-Que esos mismos suponen que sus consciencias se fundirán en una conservando la riqueza de sus recuerdos múltiples. Que se unirán inclusive a las de seres de otros planetas y luego a las de otros universos. Y que ya todos unidos tendrán como tarea crear universos mejores sin mostrarse directamente a sus criaturas, que pensarán al principio haber sido creadas por el máximo dios o por los máximos dioses.

...Bueno: esto es parte de lo que dicen algunos que dicen saber. ¿Qué pruebas ofrecen de sus audaces afirmaciones? Que yo sepa, ninguna indiscutible. No tienen llaveritos ni postales de los arcángeles. Podemos creerles o no según nuestra intuición, según nuestra fe o según nuestras experiencias. No está escrito que sea obligación creer. Quien afirma algo muy raro, como que vio extraterrestres, o que es vidente, o que el Tarot funciona... no puede exigirnos que le creamos porque él lo dice: si quiere ser creído, tendrá que correr con el gasto de las pruebas. Normalmente, quienes han tenido alguna experiencia “rara”, están más dispuestos a aceptar que otra cosa rara sea posible y, a la inversa, quienes nunca vivieron un suceso “raro”... les cuesta más admitir su posibilidad; y digo yo que está bastante bien que así sea, que suena lógico.

Vaya uno a saber.

No cambia nada esencial creer o no.

De todas formas, por si alguien quiere seguirlo, un consejo: mentirosos hay en todas las profesiones: abogados, siquiátras, electricistas... pero más en los que tocan los temas raros, y ¡atención! cuanto más caro pretendan cobrar por sus servicios... más debemos sospechar.

Por si acaso haya algo de cierto, como en esos concursos de la tele en el que los participantes aprovechan para saludar a sus familiares, me saludaré a mí mismo desde este libro, pues me han dicho con pruebas que sólo a mí me valen y hasta cierto punto, que lo leeré en mi próxima vida, antes del año 2100 y que su lectura me ayudará en mis nuevos propósitos (nada demasiado importante, un paso más y ya está bien). Y como nunca se sabe y tal vez sea cierto...

¡Hola, yo mismo! ¿Sabes que me digo? “¡A beber!”

Y de paso...

Más Aquí

Y gente con gran inteligencia, honestidad y buena voluntad, afirma con buenos y muy buenos argumentos

-Que no existe el Más Allá ni dios ni dioses ni ángeles ni demonios ni espíritus ni reencarnación ni nada monada.

-Que el yo, el subconsciente, la consciencia, la mente, etc. son meras palabras que no designan ninguna realidad salvo autoengaños y meros fenómenos químico-eléctricos.

-Que la paz mental, la iluminación, la Gran Meta, el Camino, la meditación, son cuentos chinos, utopías, espejismos promovidos por alucinados y farsantes que solo dejan desilusión y dolor tras de sí.

-Que Buda, Jesús y otros por el estilo han sido ciegos que arrastraron al precipicio a otros ciegos.

-Que la vida simplemente Es, sin ningún propósito ni especial sentido salvo el de seguir siendo.

-Que la moral, la bondad, la ética, es algo que precisan como límite los poderosos para que no les hagamos competencia: que son cuentos inventados e impuestos por ellos según sus cambiantes objetivos.

-Que el egoísmo es el gran motor de la naturaleza.

-Que las religiones, la cosa esotérica, la policía y las armas atómicas son parte de la misma herramienta de dominio.

Y, sin la experiencia de morirnos, vaya uno a saber sin ninguna duda si tienen éstos razón en todo o en parte.

Pero a los efectos prácticos, a aquellos “espirituales” o a estos “materialistas” les conviene restar dolor y curtir aquí y ahora.

Que tengan más o menos razón unos u otros, no cambia que nos convenga a todos adoptar un hábito de más consciente control sobre nuestras emociones negativas. Que entendamos que el egoísmo es posible, sí, utilizarlo como motor... pero con la orientación de nuestra voluntad consciente hacia lo que de verdad de verdad nos conviene.

Que unos y otros no perdemos nada restando dolor y curtiendo.

Los que no creen, habrán tenido Aquí su premio, al contado y justo.

Los que creen en un Más Allá , habiéndose entrenado Aquí en restar dolor y curtir, habrán tenido Aquí su premio, al contado y justo... y encima disfrutarán mejor, curtirán más, en aquel lugar, al que llegarán con menos sentimientos de injustificada culpabilidad, con menos envidia mal disimulada, con menos angustia... y con más

alegría, más entrenados en alegrarse y en crear momentos de alegría.

Es incongruente que los “espirituales” desprecien la materia que según ellos es espíritu fraguado (“Somos tiempo coagulado”, escribió G. Meyrink); materia que según ellos, los mismos “espirituales”, es parte de una misma realidad, tan valiosa y necesaria una como otra. No hay un abismo entre una y otra faceta de la realidad sino una fuerte inter dependencia, una fuerte y fluida mutua incidencia.

Deberían saber que servir con alegría una taza de café vale más que tocar distraído una campana. Que es más positivo sacar con gusto al perro para que haga pis que meditar una hora con espíritu sacrificado o con gesto hosco o despreciando la materia, el mundo hecho por los dioses en que cree.

Deberían saber que lo esencial es el amor... y que éste debe necesariamente expresarse en algo hecho con ganas de hacerlo, con gusto, con sabor... con sabor a amor, a amor concretado en una obra o una acción material, la que sea: algo por el prójimo, o una cena o una piedra labrada, una madera bien pulida.

El amor en abstracto es un algo potencial, un castillo en el aire que puede o no transformarse en piedra labrada. El picapedrero que trabaja con gusto, recreándose hasta con un poco de vanidad en sus piedras, sabe del amor más que algún poeta o que algún “espiritual”.

Aunque ese picapedrero no sepa hablar de amor, aunque se emborrache en sus días libres, cada piedra bien encajada en el castillo será una realidad espiritual más sólida que muchas horas dedicadas a lo espiritual con suspiros de sacrificio.

Cada comida hecha con el punto exacto de sal, con el perejil cortadito con cuidado, servida con alegría y hasta con vanidad que lleva a decir “me parece que le puse demasiada sal” para oír con satisfacción “no, no, está perfecta, riquísima” es un acto mil veces más espiritual que la actividad puramente espiritual de un amargado... y espiritualmente vale más que mil millones de dólares entregados para los pobres con un amargado espíritu de sacrificio.

Digo yo, no sé... me parece.

Si usted me cree, es responsabilidad suya.

Yo me lavo las manos, ni me mire.

Si no está muy seguro, haga como yo, si le parece: siga el sabio consejo del sabio don Juan Heguibehe “Por si acaso no se preocupe”. Cuando se descubra preocupado, piense en las miles de veces que se preocupó inútilmente.

Y piense que el hombre es el único ser tan estúpido como para matar en nombre de certezas. Piense que las dudas pocas veces matan. Que podemos vivir perfectamente con una montaña de dudas... y tal vez mejor que quienes desfilan al paso de la oca con sus banderas de verdades absolutas. Que los que se sienten en poder de una verdad absoluta creen muchas veces estar por ello legitimados a condenar, a amenazar, a censurar, a sufrir y a hacer sufrir por esas certezas.

Que con su pan se coman sus verdades absolutas, su presuntuosa seguridad.

Virtudes del perejil

¿Cómo vivir?

La respuesta precisa la tiene hasta el último manojito de perejil.

De verdad, no es ningún chiste; busque uno y pregúntele. Oirá esa voz de perejil diciendo “Como todo el mundo: lo mejor posible”. Si está usted aburrido y quiere complicar las cosas para entretenerse, pregúntele entonces qué es lo mejor posible... y verificará la pasmosa sabiduría del perejil, que no por nada seguirá en la tierra riéndose cuando nos hayamos extinguido ahogados, como pronosticó aquel jefe indio, por nuestra propia basura... constatará usted que el perejil se negará sabiamente a contestarle, creando así el necesario silencio para que se exprese la intuición de usted.

Porque con dos o tres factores de elemental sensatez, sin necesidad de ser comidos por los mosquitos en la India, sin más sabiduría que la precisa para ir a la panadería sin perderse, en todos nosotros hay una particular respuesta, necesariamente particular por aquello de que en la variedad está el gusto, por la variedad con que se expresa la naturaleza, pues hay un particular “mejor” diseñado expresamente para cada uno de nosotros según las cartas que nos han tocado, según el momento del juego y según la carta que hayan jugado o que puedan jugar quienes juegan en nuestra misma mesa. Y asumiendo el riesgo del error, de la equivocación y ¿porqué no? de la mala suerte en más de una jugada. Lo mejor para cada uno de nosotros no es jugar maravillosamente ni ganarles a todos sino curtir el juego con alegría, con pasión, con amor al momento que hemos creado, base de futuros momentos tan buenos... como sea posible restando dolor.

Ahora bien: ¿qué cree usted que le contestará un vendedor de seguros si le pregunta eso, “cómo vivir”? ¡A buen puerto fue usted por leña! Obviamente, le contestará que lo más seguro posible que a mi cuñado le cayó un rayo en la cabeza y mis sobrinos están en la miseria y firme aquí y aquí.

¿Y qué cree usted que le responderá un señor que vive de administrar herencias y el dinero que se entrega a los pobres?

Le sugiero que le pregunte al perejil: es más imparcial, menos complicado, más sensato y, sobre todo, más barato.

Además, si usted corta en pedacitos a un vendedor de seguros, a un obispo o a un gurú, seguro que no queda tan bien con el arroz. Y tienen ellos menos vitamina C y más colesterol.

La terraza tentadora

Alguien (entre muchos siempre hay “alguien”. Dicho con las palabras del Guerra, aquel torero sabio, “Hay gente pa’ tó.”) puede sacar la siguiente conclusión, leyendo lo del Más Allá... “Suena razonable, me lo creo. Y me pregunto qué hago pasando penurias Aquí habiendo un maravilloso Más Allá esperándome... con solo dar un saltito desde esta terraza”.

Muy lógico su argumento, señor, muy inteligente. Lo felicito. Se ve que no entendió un carajo, que me mato escribiendo con dos dedos lo más claro posible para darle argumentos a sus enanos de la autocompasión. ¿O es que se paró un instante, como le dije veinte veces y con ésta veintiuna, para revisar, para ser consciente del origen de sus pensamientos? Imagine aquella balanza y fíjese si con su acción aumentará o restará dolor. Después, sólo después, haga lo que de verdad, conscientemente, esté seguro que resta dolor... y considere que esos espíritus en los que usted cree porque quiere o por lo que sea y no porque yo diga ésto o aquello, tal vez cuenten con usted para... yo qué sé... tal vez para que dentro de dos años usted tome un taxi y sólo con eso, jugando con los márgenes de la casualidad, cambie la vida del taxista, evitándole o provocándole un necesario accidente. Yo qué sé, un millón de posibilidades. Y su deserción los obligará a revisar todos los planes, a trabajar como desgraciados para reparar los planes.

¿Restará dolor o no? Unos pocos bonzos budistas que se autoinmolaron en Vietnam ayudaron un poco a terminar con esa guerra absurda... restaron dolor. Y un cáncer terminal no es una simple penuria... Usted sabrá. Es su responsabilidad.

Si usted elige matarse por sus penurias no pretenderá que lo reciban con sonrisas.

Pero... ¿por penurias? Piense que tal vez usted nació para aprender a superar su autocompasión... y que si se mata tal vez deberá a volver a pasarlas tantas veces como sea necesario hasta aprender de verdad. No es seguro. Yo qué sé. Sólo digo que puede ser.

Todos tuvimos, tenemos y tendremos, más de una vez, ganas de desertar. Creamos o no en el Más Allá.

Si tuviéramos un botón en el pecho con el que, apretándole, tuviéramos garantizada una muerte instantánea e indolora y evaporándonos sin dejar un antiestético cadáver en el suelo... no existiría la humanidad.

Porque hubiéramos apretado ese botón a los seis años, cuando papá nos retó por romper su pipa favorita. Y lo peor, asumámoslo, es que nos hubiéramos matado para crearle dolor emocional, para que se retorciera llorando sintiéndose culpable por habernos retado.

Y lo hubiéramos apretado a los ocho años, cuando la maestra nos puso nuestro primer cero.

Y a los once, cuando vimos de la mano con nuestro mejor amigo a la vecinita de enfrente que nos tenía locos de amor. (De paso ¿hubiéramos preferido que lo hiciera con nuestro peor enemigo? Piénselo si no tiene nada urgente que hacer, si no dan nada en la tele. Piense, si quiere, cuánto hay de ridícula vanidad herida en sus celos, cuánto de miedo al ridículo por el “qué dirán”...)

Y a los veinticinco, cuando perdimos un juicio y nos embargaron hasta el cepillo de dientes.

Y a veces por nada en particular o por todo en general.

A veces, faltándonos unos miligramos de algún producto químico específico, de estrógeno, de litio o de cualquier cosa rara, vemos todo sin sentido, negro, trágico, sin esperanza.... Y bastó que al otro día

comiéramos ese producto en un chocolate o en una sardina para que viéramos las cosas mucho más simpáticamente y pensáramos “menos mal que ayer no tuve ese botón en el pecho cuando me parecían lógicos, muy bien argumentados, todos los desesperados pensamientos.”

Por eso digo y repito: ojo con la inteligencia, ojo con la lógica.

Si la inteligencia y la lógica nos llevan al carajo, es preferible, nos conviene, enviar al carajo la inteligencia y la lógica. Aunque sea estúpido e ilógico.

Muchos intuimos que el dolor de la cuerda en el cuello, la falta de aire en los pulmones, nuestro cadáver despachurrado, el dolor de alguno que nos quiere, son un horror superior al que estamos viviendo. Y esa intuición nos salva a casi todos.

A quien entiende todo al revés, no sé.

Es que tampoco van a estar los espíritus en los que usted cree explicándole cada paso que debe dar. Tienen otras cosas que hacer, tan inteligentes no son, y usted sólo tiene que restar dolor y curtir... si le parece bien.

Me parece que de lo único que podemos arrepentirnos legítimamente (aparte de las acciones malas que hayamos hecho conscientemente... matar a la abuela por la herencia, esas cosas) es por no haber intentado hacer lo mejor posible algo que restaba dolor y que podíamos curtir; **por haber dejado pasar de largo una oportunidad de restar dolor y curtir**. Usemos ese dolor en nuestro provecho, no desperdiciemos la próxima oportunidad. Y mejor aún: fabriquemos la próxima oportunidad.

Una antigua receta

Le daré una antigua receta para curtir restando dolor: **ayude un poco a otros más jodidos que usted**.

Supongamos que usted ha perdido un brazo: ninguna pavada, toco madera. Bueno, puede llorar por su brazo perdido y ahorcarse, usted sabrá. Pero también puede, de vez en cuando, ayudar un poco a los que han perdido los dos. Fíjese: tendrá un punto de referencia para evaluar sus daños propios. Se sentirá como un pulpo al lado de ellos. Y restando el dolor de ellos restará un poco del suyo.

Y no será “bueno” ni “generoso” usted al ayudar un poco, pues lo hará para sacarse dolor emocional de encima. Y tampoco será por eso “malo” o “egoísta”... será “positivo”. Que no es poco habiendo perdido un brazo.

Y supongo que no pretenderá que esa gente a la que usted ayuda se lo agradezca con lágrimas en los ojos. Usted debería darle las gracias a ellos por ayudarle a restar su dolor, por permitirle curtir. Después de todo usted ha aportado su esfuerzo pero ellos los dos brazos.

Si usted curte ayudando a los palestinos de los campos de refugiados a buscar agua, maravilloso, bien por usted, positivo cien por cien. Agradézcales, pues ellos aportan su sed para que usted curta este Más Aquí y tal vez un mejor Más Allá.

Si alguien le dice “Muchas gracias” o “Por favor”, acéptelo como un regalo simpático que es como echar aceite en una máquina. Que resta dolor cuando es dicho conscientemente. Es un gesto equivalente a una sonrisa, algo curtible y gratis: ¿por qué rechazarlo, por qué ahorrarlo?

Otra receta casera

Después del primer impacto de una crisis (un accidente, una pérdida importante, una gran discusión) apenas un poco superada pregúntese **qué aprendió con esa crisis**, que saldo positivo le ha dejado. Con sólo buscar algo positivo, lo creará. Aquello de “No hay mal que por bien no venga”... Ese “bien” no se debe esperar que surja de la casualidad sino que podemos y porque nos conviene debemos ponerle voluntad para provocarlo.

Flash

“Haced lo que yo digo y no lo que yo hago”

Muchísimas veces la pereza, la inercia, los hábitos, nos impiden hacer algo que nos gustaría y que nos conviene. Buscamos en nosotros mismos una voluntad que precisamos... y sólo encontramos un almacén vacío y polvoriento.

Autoimponernos molestias **positivas** puede sernos útil para entrenar nuestra desmayada voluntad. Pero siempre **siempre** deben ser claramente positivas, en favor de la salud y la alegría, aunque nos cuesten. Y con un objetivo clarísimo: potenciar nuestra fuerza de voluntad, nuestra percepción, nuestra consciencia, nuestra capacidad de controlar más eficazmente el entorno, **nuestra capacidad de ser más independientes de lo que sea.**

-Estamos haciendo tumbing despatarrados en el sofá, viendo en la tele una película psss... regular. No es nada malo. Estamos cómodos, tranquilos, en una especie de yoga ibérico. Pero si tenemos una pequeña intuición de que el tiempo está pasando sin dejar fruto, podemos aprovechar la oportunidad para ejercer el mando real sobre nuestra mente y cuerpo dándonos, con implacable simpatía (“A la una, a las dos y a las tres ¡Hop! ¡Arriba, gordito simpático!”) la orden de ponernos en marcha hacia algo positivo: dar un paseo, cocinar algo especial, escribir esa carta tanto tiempo postergada... y si no es mucho pedir, elegir **entre las buenas opciones**, la que más pereza nos da.

-Quedan cuatro bombones en la caja o cuatro papas fritas en el plato... extendemos maquinalmente la mano o el tenedor... y con un flash de consciencia los dejamos ahí... saboreando nuestro humilde triunfo. Podemos imaginarnos un aplauso interior. El apoyo de la afición nunca sobra.

-Estamos haciendo algo nerviosos, de mal humor, atropelladamente... flash... nos vemos a nosotros mismos como nos ven desde fuera, **como si estuviéramos en un escenario**: cuáles son nuestros gestos, el tono de voz... y además lo que podamos, en un instante, ser conscientes de nuestro interior: que estamos inútilmente de mal humor, que somos conscientes de estarlo y de que somos los dueños de nuestro humor... es cosa de un instante, de curtir un flash, no de una larga reflexión... y el objetivo a más largo plazo es que sean varios instantes de consciencia al día, cada vez más efectivos... hasta que la consciencia sea permanente y creciente. Hasta que asumamos un mayor mando de nosotros mismos.

-Caminamos un poco maquinalmente hacia el correo, hacia donde sea... Y conscientemente elegimos un camino un poco más largo. En esos doscientos, trescientos metros que hacemos de más, entrenamos de paso una mayor consciencia: nos vemos a nosotros mismos como si nos filmaran, vemos en el mismo momento nuestro interior... y prestamos mucha atención a lo que vemos, como si al llegar al correo alguien nos diera **un premio por cada cosa minuciosamente recordada**. No analice, no cuestione, simplemente pasee observando y observándose. No se olvide de curtir ese paseo consciente. Es divertido... Si no lo es, no vale. Y tal vez llegue a ser consciente durante algo más que el tiempo de un paseo. Si quiere, póngase metas.

-**Recuérdese** de vez en cuando: por uno o dos minutos, sienta que está vivo, sea consciente de ello, de usted, de usted formando parte de un aquí y un ahora. Luego ponga el despertador para una o dos horas más adelante. Al oírlo, repita el ejercicio, sea consciente de qué estaba haciendo en el momento en que sonó el despertador; qué estaba pensando, sintiendo, cuáles eran sus sentimientos y cual su postura y estime qué grado de consciencia tuvo en el intervalo.

-**No busque gurús ni a quién creer**: oiga lo que digan otros con interés, mantenga su mente abierta a ideas y sugerencias... pero revise lo oído con su propio criterio, revise los datos y las conclusiones que le ofrecen ... y entréñese en creer a su intuición. Seguro que se equivocará más de una vez... pero no acertará más por creer ciegamente a alguien en particular.

Schopenhauer dijo que poquísima gente cuestionaba lo que oía o leía, que sólo uno de cada diez mil era capaz de preguntar “¿Es verdad eso?”.

-No por ser “bueno” sino por ser más consciente, esté atento a la posibilidad de hacer por lo menos una vez a la semana la clásica “buena acción”. Si usted es malísimo, de esos que le pegan a la madre, y no quiere cambiar pues está muy contento siendo malo... pues muy bien: no conozco a su madre pero he visto cada uuunaa... Piense que siendo más consciente controlará mejor las circunstancias que inciden en su vida, de modo que también es la consciencia una ayuda para ser un más efectivo malo. Si le da vergüenza que lo vean ayudando a una señora con las bolsas del supermercado, pruebe... no sé... a regalarle una rayita a un drogadicto pobre o algo así, en su línea. Lo que importa, se haga lo que se haga, es ser consciente de la mayor cantidad de detalles de su interior, de la acción y de lo que percibe en el momento de la acción. Como si supiera que luego irá a testificar en un juicio y que de sus respuestas precisas y no sabe qué le preguntarán) depende algo que a usted le interesa. En el momento de hacer su buena acción, **grabe todos los detalles**: abra sus ojos, su mente. Olfatee, toque consciente del tacto, registre lo que oye y lo que dice... sin analizar, sin cuestionar... solo percibiendo.

Todos recordamos muy nítidamente todo lo que pasó, por fuera y en nuestro interior, en ocasión de algún accidente que tuvimos: recordamos que estábamos conduciendo sentados de tal forma, con una mano en el volante y la otra en la perilla de la radio, que estábamos pensando en buscar otra emisora por tal y tal motivo, la velocidad a la que íbamos, si era de día o de noche y si llovía o no... y mil detalles percibidos en un instante. Fue ese un flash de consciencia impuesto por las circunstancias, impuesto “por las malas”. Y si nos divierte, podemos entrenarnos en tener al día al principio por lo menos **un flash voluntario**, impuesto por nuestra voluntad. Será un grado mayor de consciencia porque seremos conscientes aún de que somos conscientes.

Y de aquel accidente recordamos también nítidamente sucesos posteriores: la conversación o discusión con el otro conductor, la cara de él, su actitud y la nuestra... algo más que un instantáneo flash... fue un flash extendido en el tiempo. Como una película que podemos repasar **cuando queramos**: muchas veces un suceso antipático se nos presenta como una película que nos sentimos obligados a ver una y otra vez sin ningún provecho... y somos los dueños del cine. **Si la película no sirve, si causa dolor inútil, ordenemos suspenderla** o cambiarla por otra de nuestro gusto. Esa película del horror puede ser útil al principio para analizar si hemos cometido algún error que podamos reparar en lo posible o para no volver a cometerlo. Si persiste, si permitimos que vuelva ya inútilmente, una y otra vez, es como si nos negáramos a quitarnos una piedra del zapato.

Repasando cosas que hicimos o dijimos, querríamos muchas veces volver atrás y cambiar algo, pues nuestra inconsciencia, nuestra consciencia ofuscada por las emociones negativas que no supimos controlar, nos hizo equivocar: todos somos muy lúcidos con respecto al pasado. Se trata de serlo, tanto como nos sea posible, en el presente.

Muchas veces estamos dándole vueltas al pasado o al futuro sin provecho, repasando películas de un pasado que no volverá o imaginando películas de un futuro que será diferente. Instalados en un pasado y en un futuro irreal, dejamos escurrir los ladrillos con que se construye una vida: el presente, el aquí y el ahora. Quienes nos dicen que lo despreciemos en aras de un Más Allá, nos inducen a despreciar, si es que existe ese tal Más Allá, una extraordinaria oportunidad que los dioses nos han dado. Para vivir como fantasmas nos sobrará tiempo. Pero cuando seamos fantasmas lamentaremos haber despreciado millones de presentes que no volverán. Lamentaremos haber pasado distraídos esa hora con un amigo; no haber curtido aquel momento que dejamos escurrir entre nuestros dedos como si no valiera nada. Y tantos y tantos otros... prácticamente nuestra vida. Y si existe ese Más Allá llegaremos a él como expertos en perder tiempo, en desaprovechar oportunidades de curtir y siendo incapaces de crearlas, siendo incapaces de crear para nosotros y para los demás esos momentos mágicos de alegre consciencia. ¿Con qué base construiremos en ese hipotético Paraíso nuestra felicidad y la ajena si nunca lo hicimos? ¿Esperaremos que una varita mágica nos regale lo que estuvo en nuestras manos y despreciamos? Tal vez de fantasmas podamos levitar, lo que tendrá mucha gracia. Pero aquí y ahora es seguro que podemos curtir (y “curtir” implica consciencia, ojo) infinidad de cosas y muchísimas de ellas gratis... como es gratis un entrenamiento en la consciencia... el curtir ese entrenamiento.

Y repase la película del paseo-consciente o de el momento mágico creado y pasado. Relajado, a gusto, repásela y observe si hay momentos en blanco, cosas que se ha olvidado o que no percibió por estar distraído. Dese una puntuación según lo que recuerde o no nítidamente.

-**Sepa diferenciar entre “ser espontáneo” y “perder el control”**: ser espontáneo es permitirse todo lo que no nos haga daño ni lo haga a los demás... aunque siempre habrá más de un no-espontáneo que se escandalice por verlo a usted descalzo, por ejemplo. Problema de él.

-**Entrenarse en restar dolor y curtir es más un no-hacer que un hacer**. Dejar de sufrir tontamente es dejar de persistir en una actitud que nos provoca dolor. Se gastan más energías sufriendo que ahorrando sufrimiento. Aquello de los monos que se dejan atrapar por no soltar una banana.

Es más fácil, divertido y efectivo bajar en un tobogán (aunque debamos aprender a no marearnos) que por una larga y tortuosa escalera.

Si sufre insomnio o quiere relajarse, no debe esforzarse por lograr ese objetivo pues creará una nueva tensión, una ansiedad innecesaria consumidora de energías, una nueva frustrante ofuscación. Es preferible dejar de hacer, dejar de darle importancia a los pensamientos que sin ser invitados se atropellan en su cabeza. Reconozca que no pasará nada grave por ignorarlos, que es muy difícil que surja de esa barahúnda ansiosa algo útil. Dese una orden: “Si hay en mi mente algún pensamiento útil, que se presente mañana (o más tarde) mejor elaborado y cuando esté yo dispuesto a analizarlo. Ahora mismo me molestaría y no lo quiero.” Con esta actitud, dejará, en parte, de estar pensando tonterías. Y no preste atención a las divagaciones, déjelas pasar con indiferencia, sin estar ansioso porque se extingan.

-**No desprecie los sentidos que ha recibido**. Es divertido entrenarse en usarlos conscientemente tanto como sea posible. No se limite a leer: huela el libro, sienta su peso, aprecie la textura de sus hojas, pálpelas... y disfrute más de él, cúrtalo. Así, con lo que tenga oportunidad. Con su pareja inclusive. Hasta crearse un hábito que enriquecerá su percepción del entorno (y con ello su capacidad de modificarlo según sus auténticos intereses) su consciencia (ídem) y su gusto de vivir... que es mejor que sobre y no que falte.

-**Entréñese en el silencio**. Algo de verdad hay en aquello de que uno es dueño de sus secretos y esclavo de sus palabras. Elija sucesos, triviales o no, de los que no hará ningún comentario jamás. Sabrá callarse cuando le convenga. Cuando diga algo, será con mayor consciencia de lo que dice y de por qué lo dice. Será menos máquina de hablar. No se trata de hacerse el misterioso sino simplemente de ser dueño de sus palabras.

-**Ríase interior y exteriormente de usted mismo**. No se tome con mucha seriedad a usted mismo, ríase de sus equivocaciones, de sus errores... y sea consciente de que se ríe para subrayarlos y así reducirlos un poco en el futuro. Ni siquiera es preciso que se tome con seriedad de esforzado samurai este entrenamiento. Si no se divierte con él, si no lo curte, si le resulta un duro trabajo... abandónelo sin dudar y sin sensación de fracaso, sin sentimiento de culpa. No es imprescindible ni mucho menos. Es algo que si es simpático le creará hábitos positivos, eso es todo.

El sabio perejil no se entrena y no vive mal.

-**Aprenda a reconocer los “momentos mágicos”** cuando están sucediendo: así como tenemos un especial recuerdo de las circunstancias que rodean a un accidente en el que estuvimos involucrados, también recordamos especialmente cosas buenas, simpáticas o divertidas... Por ejemplo la historia, la anécdota aquella de “Cantando bajo la lluvia”: en el momento de los sucesos, yo no era plenamente consciente de que estaba viviendo algo que valía la pena recordar aún muchos años después. Lo viví “naturalmente”, y sí, me acuerdo de muchos detalles... pero si hubiera tenido entonces el pequeño grado de mayor consciencia que tengo ahora, hubiera prestado mayor atención... hubiera puesto al máximo mi capacidad de percibir... como si hubiera estado filmando todo, grabando todo, olores, tacto, sentimientos... y conscientemente. Consciente inclusive de que era un momento mágico que valía la pena vivir lo más intensamente posible y consciente también de que era un momento fugaz.

Es lo que dije antes y vale la pena repetir: analizando un suceso pasado, nos gustaría haber sido más conscientes pues así habríamos respondido a lo que se nos dijo de otra forma, de una forma más conveniente para nuestros intereses auténticos; o haber sido más conscientes para actuar de otra forma...

así como somos muy conscientes de un pasado, nos conviene intentar serlo del presente, del ahora, de cada “este momento”.

-Por pasarlo mejor, procure de vez en cuando **crear momentos mágicos**... sucesos gratamente memorables: romper la rutina con algo especialmente simpático. Si usted tiene hijos pequeños, puede por ejemplo decirles “Hoy faltan al colegio y vienen conmigo de excursión”... y una vez en el campo señalarles la carne que se está asando, o un árbol especial y proponerles que lo “filmen” con los ojos, con la mente, proponerles “jugar a filmar”, a mirar, oír, oler, tocar, con especial atención; luego a cerrar los ojos y “reparar la película”. Cuando entiendan el juego, bastará indicarles “filmen” para que vivan con más intensidad y consciencia un buen momento. Y serán muchas veces ellos los que lo despierten a usted con la sugerencia “filma”. Y de paso, aunque no es el objetivo primordial, esa capacidad de filmar con la mente y recordar con detalles, aprendida como juego, les será muy útil en sus estudios. En algunos cursos de espionaje se enseña algo así, a entrar en una habitación y “filmar” y luego a cerrar los ojos y “ver la película”. Es un buen juego.

-Relativice. Pasamos años y años en el colegio obedeciendo órdenes estúpidas y con horarios que no nos gustaban, con miedo de un examen y de tal profesor. Ya adultos recordamos hasta con nostalgia esos tiempos que, visto **con la perspectiva de los años**, sabemos que no eran tan malos, ni tan terrible el profesor, ni tan dramático desaprobar un examen. Si tuviéramos en esa época una consciencia más clara de que aprender un idioma no era solo por aprobar un examen, hubiéramos puesto un poco más de interés. Si hubiéramos oído de alguien que eso lo veríamos así, hasta con simpatía... lo entenderíamos siendo niños según nuestra intuición y acudiríamos al cole con más consciencia, con menos miedo y más dispuestos a no perder tiempo estúpidamente, a aprovechar un poco más.

Aquel juicio que perdimos nos pareció terrible, nos pareció en ese momento que el mundo se derrumbaba. Hoy, con la perspectiva de los años transcurridos desde entonces, sonreímos al recordar cuan tontamente nos preocupamos por algo que al final no resultó tan grave.

Y lo “malo” que nos pasa en este momento, ahora mismo... ¿qué? Todos somos bastante conscientes con respecto al pasado y menos al presente... como aquel general chino, nos conviene usar al parecer poco útil capacidad... y ver el presente con una perspectiva de tiempo, como si ya fuera pasado: perder un tren, unas llaves, una noche en la villa alquilada... ¿lo sentiremos como algo terrible dentro de cinco años, de dos, de uno... la semana que viene? De ese modo podremos evaluar con bastante objetividad el daño: “ésto es un problema de un año”, “de tres o cuatro”, “de un día”. Perder los dedos de una mano... es un problema de toda la vida... que exige más serenidad y buen humor que el promedio de los problemas.

Y un momento “bueno”... ¿Cuántos buenos momentos dejamos correr sin apreciar, pensando oscuramente que eran triviales para enterarnos después que fueron únicos y muy valiosos? En este momento escribo en el ordenador... con la ventana abierta a un día magnífico... se oyen las risas de los chicos en los jardines... tengo oídos para oírlas... no hay garantías de dónde ni cómo estaré mañana... si me mandan preso o me accidento, puede ser que me arrepienta de no haber curtido este momento, de haberlo despreciado... y si mañana estoy mejor, si me saco la lotería... no perdí nada curtiéndolo... me visualizo a mí mismo dentro de unos años curtiendo este momento y, esté entonces “mejor” o “peor”, y lo valoro en lo que vale, mucho más que si estuviera distraído o dándole inútiles vueltas a un problema del que ya tengo encaminada la solución posible.

Relativizando, viendo algo con la perspectiva del tiempo, usando nuestra capacidad de valorar el pasado, somos más realistas, ni optimistas ni pesimistas. Y más conscientes. Y curtimos más “lo bueno” y nos duele menos “lo malo”. Y nos equivocamos un poco menos.

-Cada tanto, sea consciente de que usted es también el Universo. No hay un universo allí y un usted aquí. Usted forma parte del universo tanto como la constelación de Pegaso. Eso es así crea usted en un Más Allá o no. Y si cree en ese Más Allá, sepa que cuando esa constelación se haya disgregado, usted seguirá siendo... algo más de lo que es ahora... como es más un roble que la semilla que fue.

Usted vive en el universo y es el universo. Su casa es un refugio temporal para guarecerse de una lluvia pasajera... lo que no quiere decir que no curtamos el hacer ese refugio tan simpático o bello como nos interesa. Una cosa es estar interesado y otra estar atado. Su verdadero refugio es usted mismo.

-Sea consciente que ese miserable ladronzuelo que está en la cárcel, analfabeto, sin dientes, con sida y drogadicto, puede ser semilla de algo enorme, magnífico y necesario... y, si usted cree en un Más Allá, piense que el espíritu de esa persona existirá cuando se enfríe el Universo. Y piense que por esta dura experiencia que está pasando, por las duras pruebas que está teniendo en esta vida, tal vez se encamine hacia ser superior a usted... si no lo es ya en algunos importantes aunque ocultos aspectos. Si usted hubiera nacido en las mismas circunstancias de este hombre, no tiene garantías de cómo sería su propia vida, su propio ser. Lo mismo vale para cualquier persona, sea quien sea. **No ponga etiquetas “bueno” “malo” mecánicamente.** Ni a la gente ni a los sucesos.

-Ojo al dato: dese órdenes **indudablemente positivas.**

Pasear, cocinar, escribir una carta, olfatear, palpar, mirar con especial atención, abstenerse de un exceso de dulces, curtir un momento, dejar de fumar (cuando esté más entrenado) son acciones indudablemente positivas. Van a favor de la vida, de la alegría, de la salud, de lo que es indudablemente positivo. Restan dolor.

Claro que se puede desarrollar la consciencia sentándose sobre clavos o flagelándose o pegándole muy conscientemente a la madre, pero el gran peligro es que esa consciencia desarrollada en el dolor evitable, superfluo, genere luego dolor evitable.

No admita ni órdenes ni sugerencias que lo inclinen hacia un desarrollo de consciencia dolorida. El propósito que a usted le conviene (me parece, digo yo y usted sabrá lo que hace) es ser más dueño de sus actos, es desarrollar su independencia de las circunstancias y de las influencias ajenas o de sus propias emociones negativas. Obedeciendo órdenes o sugerencias de esta naturaleza, por más que le digan que es por tal y tal cosa buena, usted lo más probable es que desarrolle su capacidad... de ser un dolorido esclavo. De una secta, de un gurú, de los jefes de una iglesia o de quien sea.

-**Visualizar.** Imaginar tan nítidamente como sea posible un suceso que nos sea razonablemente favorable, como una foto o una película mental, contribuirá, sin garantías claro, a que suceda así. Podemos entrenarnos en aumentar las “casualidades” a nuestro favor. Básicamente se trata de que, estando relajados, imaginemos un suceso por un minuto.

Y rechazar o (cambiar por las que elijamos) las películas mentales antipáticas e inútiles.

De este tema habría mucho que decir y no es este un libro específico de él. Hay muy buenos libros y mejores cursos.

-Conviene llevar un **resumido diario** de este entrenamiento: unas seis o siete líneas diarias deben ser suficientes. Llevar ese diario es también parte del entrenamiento y conviene que se haga según los requisitos genéricos: **curtirlo, en primer lugar.** Si no, no vale. Ser consciente cuando se escribe de cual es nuestra actitud, de cómo es nuestro entorno, de cual es su olor, etc. Y que sea secreto. Hablar del tema lo menos posible, pues en cuanto nos descuidemos podemos transformarnos en esos magos plomos obsesivos. Y que nos creamos más listos que los vecinos, transformando nuestro amable trabajo en una farsa que será alimento de nuestra estúpida vanidad.

También servirá este diario para clarificar objetivos por eso de escribirlos con pocas y precisas palabras. Escribir objetivos razonables y simpáticos, constatar el nivel de cumplimiento, ponerse metas más ambiciosas, compararlas con las del año pasado.

Sano o no, rico o pobre, preso o libre, con mayor o menor vocación, con mayor o menor fuerza de voluntad, se parta del nivel que se parta y se llegue al nivel que se llegue, si hemos curtido este entrenamiento, habremos vivido más intensamente y sabremos vivir más intensamente cada presente... restando dolor y curtiendo.

Que no es poca cosa.

Digo yo.

XII

TAL VEZ...

Del dolor individual debemos ocuparnos individualmente. Del que resulta de la sociedad, debemos ocuparnos vinculándonos... todos los que de verdad sentimos entusiasmo por ocuparnos de solucionar lo posible y cada cual desde el lugar en el que se sienta con más vocación. Muchas veces dije “tal vez” en este libro, pero de que es inútil y aún contraproducente la labor de los “sacrificados” estoy seguro. Digo yo, y usted sabrá, que nosotros, cada uno de nosotros, individualmente, también somos la gente, el mundo, el universo. No existe un mundo, un universo allí y nosotros aquí... somos parte constituyente y esencial de un todo, y tan importante es restar el dolor de un huerfanito hambriento como restar nuestro propio dolor. Adóptese a usted mismo si ve que es conveniente. El egoísmo puede ser positivo. Si no tiene vocación, no intente “salvar” a nadie. Y no se sienta culpable por ello. Ya con que no agregue dolor evitable estará haciendo algo que todos precisamos: usted estará bien, aumentará con ello la alegría de sus relaciones y a su vez ellos difundirán esa alegría necesaria. Uno por aquí y otro por allí de los que hayan recibido su parte, contribuirán, si curten con ello, a mejorar un poco las circunstancias sociales... y usted, sin saberlo, habrá tenido algo que ver con esa cosa buena.

No hay soluciones simples para problemas complejos. Pero este hecho no debe ser entendido como una renuncia a la consecución de soluciones aunque sean parciales. Procurar que sean perfectas es o rendirse o equivocarse.

Hace años, los chinos creyeron tener soluciones simples para algunos problemas: por ejemplo... los pájaros se comían, según cálculos, el diez por ciento de las imprescindibles cosechas. Solución: elemental, Watson, matar a los pájaros. Consecuencia no prevista: plagas de gusanos que prosperaron por falta de sus enemigos los pájaros. Gusanos que se comieron el veinte por ciento de las cosechas. Solución al problema creado por la solución anterior: criar pájaros a toda pastilla. Pero el saldo de los chinos es favorable a pesar de los errores. Hace treinta años China estaba peor que África hoy, y el destino de esos más de mil millones de personas (que se dice rápido) era la miseria... y lo han cambiado. Falta por saber si es posible combinar un desarrollo de esa magnitud, a esa escala, respetando los derechos humanos importantes; distinguiendo como importante el humano derecho a informarse e informar, por ejemplo, del derecho humano urgente que es comer, vestir, recibir cuidados médicos y educación, un medio ecológico sostenible. Una cosa es evidente: todos los antiguos imperios han caído: el persa, el romano, el español... pero China –no entiendo cómo- en cinco mil años no ha perdido un milímetro de territorio (y ojalá los latinoamericanos hubieran podido mantener esa unidad que tenían hace siglos). Esta etapa comunista o lo que sea es percibida por muchos chinos como una nueva modalidad de emperadores, con sus cosas buenas y sus cosas malas. Se espera que en 2020 sea la primera potencia económica mundial. Al respecto hay un buen artículo en El país del 9 11 2003, bajo el titular “China rompe los esquemas a Occidente” y subtítulo “El espectacular desarrollo de su comercio y los bajos costes de producción la convierten en la fábrica del mundo”. Allí nos dicen que egresan de sus universidades 400.000 ingenieros anualmente. Que las multinacionales se están adaptando a la nueva situación levantando fábricas de Europa y de EEUU para instalarlas allí, que el 22% por ciento del déficit entre lo que compra y vende EEUU es con Chia (125.000 millones de dólares en contra de EEUU)... Es todo muy raro.

Y claro está que no tengo ninguna propuesta, ningún mensaje nuevo salvador de la humanidad. Ni siquiera estoy seguro de que convenga salvarla... tal vez lo mejor sería que desapareciéramos discretamente dejando lugar a los delfines y a las lombrices: viendo ciertas cosas, me daría vergüenza decirle a un delfín o a una lombriz que yo soy un ser humano. Entiendo vivencialmente el verso aquel de Neruda “A veces me canso de ser hombre”. Claro está que después escucho la música de Beetho o de Santana y cambio de idea. Mi única pretensión a lo largo de este libro ha sido dejar claro que no nos conviene complicar lo que podemos simplificar ni persistir en el error estúpido, en las escaleras ineficientes, teniendo soluciones más fáciles de aplicar que las complicadas estructuras generadoras de dolor. Algo bastante sensato, que debería ser hasta obvio y que no lo es por interés de muchos que medran en la confusión aliados con nuestra particular e individual pereza.

Digo yo, no sé, sugiero... que teniendo presente cómo unos pocos filósofos griegos ahorraron dolor al mundo modificando algunas pautas de la época, creando un poco de consciencia, sembrando algunas dudas razonables en los que en nombre de las certezas absolutas de la época generaban dolor superfluo... y teniendo presente la consciencia que hoy, poca o mucha (y un pequeño porcentaje de una cifra grande no es algo despreciable) han logrado crear unos pocos ecologistas y otras organizaciones por el estilo, ya sabemos que es posible y válido el intento de crear consciencia también en otros aspectos: el de vivir y dejar vivir, por ejemplo. Algo que parece hasta estúpido reclamar de tan elemental que es. Que debería hasta dar vergüenza tener que reclamar.

No soy más inteligente que el promedio, solo escribo algo elemental. Una vez leí en la barra de un bar un cartelito que decía “Si usted es tan inteligente ¿por qué no tiene un millón de dólares?”

Y no lo tengo, créanme.

Sospecho que parte, aunque sea una parte pequeña, del triunfo (siempre insuficiente) de Green Peace se basa en que las acciones que proponen y que llevan a cabo tienen más que ver -aún dentro de lo extremadamente serio de sus objetivos y negociaciones- con la aventura, con algo que implica curtir. Otras necesarias organizaciones pretenden crecer recurriendo a nuestra culpabilidad o proponiéndonos tareas rutinarias que terminan por aburrirnos... y si no se curte lo que se hace, poco se alcanza.

Y de estas necesarias organizaciones, todo lo que se haga en función de la claridad de sus cuentas siempre será poco. Un reglamento interno estilo ley Publio Cayo nos haría confiar un poco más.

Sea como sea, es cada vez más necesario que muchos más seamos conscientes de que así es, de que esa estupidez, de que esa obviedad que es vivir y dejar vivir, esa obviedad de no complicar lo que es simple a nivel individual o social, o no complicar más aún lo que ya está bastante complicado... que aunque de vergüenza tener que decir, casi en el siglo XXI, esa tan obvia elemental y básica verdad de que no nos conviene matarnos, condenarnos por tales inconsecuencias... no nos queda más remedio que repetirlas: no nos conviene seguir discutiendo sobre si dios o Jesús o los dioses son galgos o podencos. No nos conviene seguir provocando o provocándonos dolor, como si no hubiera ya suficiente inevitable.

Pero por lo visto, los que vemos con claridad que es estúpido el camino que se está recorriendo... o somos pocos o estamos demasiado callados, dejando así espacio para los condenantes que cada vez tienen más medios de difusión para su prédica genera-dolor, que cada vez tienen más diputados divisores, más leyes a su favor, a favor de las piedras y los cuchillos, a favor de la concentración del dinero en menos manos...

Tal vez no sea inevitable seguir este camino de espanto estúpido y suicida.

Tal vez podamos hacer algo más de lo que estamos haciendo. Empezando por ser un poco más conscientes.

Yo qué sé.

Salud.

.....
.....

